

TIERRA SALVAJE

BOOKS

MENTES MORBOSAS



Copyright.

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Asimismo, queda prohibida su incorporación a cualquier sistema informático, ya sea por copia, transcripción o donación.

Todos los derechos reservados.

©Tierra Salvaje.

Índice:

Capítulo 1	5
Capítulo 2	23
Capítulo 3	53
Capítulo 4	123
Capítulo 5	162
Epílogo	226

Capítulo 1

Paula trabajaba como freelance desde casa para varias empresas y yo era profesor en un instituto. Vivíamos en un pueblo de la sierra de Madrid.

Todo comenzó una tarde. Yo estaba en el salón, que es donde solía corregir y preparar mis clases, cuando el tiempo no me permitía

hacerlo en el jardín. Paula estaba en su estudio. Cuando la vi bajaren braguitas y camiseta de algodón se me disparó la alarma.

—Uy, ¿dónde vas así? ¿qué quieres?

—Nada...—sonrió—. Que ya he terminado de trabajar y me he puesto cómoda...

No la creí. Ella sabía que no la creía, pero siguió con el teatro. Entró en la cocina y volvió al salón con una cerveza. Yo estaba en la mesadel comedor, ella se sentó en una butaca frente a mí. Me miraba,yo intentaba concentrarme en mi trabajo.

— ¡Qué fría! Mira, Andrés, mira qué fría está la cerveza.

Se puso la lata de cerveza sobre una de sus tetas. Luego la apartó. El pezón se le notaba durísimo debajo de la camiseta, pero las gotas de agua que bañaban la cerveza empaparon la vieja camiseta blanca, ya de por sí fina, y no solo podía ver el pezón duro como un diamante, sino intuir toda la areola que tan bien conocía y que tantas veces había devorado. Y que en ese momento me estaba llamando. ¡Joder! Cómo me llamaba...

—A ver si la caliento un poco —dijo subiendo una de sus piernas al brazo de la butaca, enseñándome la zona de su coño, tapado por unas braguitas negras que se intuían empapadas—. Colocó ahímismo la cerveza, donde yo deseaba que estuviese mi lengua en esos instantes.

A esas alturas, los trabajos que estaba corrigiendo no podían interesarme menos. Notaba ya mi bragueta a reventar, y me moría de ganas de saber qué había hecho que Paula se pusiera así. Pero yo también tenía mis armas, y en esos momentos tenía que saber cómo usarlas.

—Déjame ver —dije mientras me levantaba—. Paula se fijó en mi paquete. Lo sé porque yo hice todo lo posible para que se fijara: me levanté, me desabroché el botón del vaquero, metí mi mano para colocarme bien la polla, porque realmente estaba empezando a dolerme de lo dura que se me había puesto, y me dirigí a ella. Me quedé de pie justo delante. Mi paquete estaba a la altura de su cara. Lo miró, luego me miró a mí con esa expresión

de «vamos, a qué esperas, fóllame», y yo la miré pensando, «no sabes lo que te queda aún».

En ese momento quería saber algo que Paula no me diría si yo le daba lo que ella quería cuando ella lo quería. Así que cogí la cerveza, y bebí. Me recreé. Eché la cabeza hacia atrás y el paquete hacia delante.

—Joder, sí que has hecho que se caliente —Le volví a dar la cerveza—. Yo ahora quiero algo más frío. Me puse de rodillas y pasé mi lengua por su coño.

Lo hice despacio. Aplastando toda mi lengua contra sus bragas. Sí que estaban fresquitas por haber tenido ahí la cerveza, pero entre su coño y mi lengua, no duraría mucho. Paula gimió. Yo puse sus piernas sobre mis hombros y volví al ataque. Esta vez, intenté penetrarle con mi lengua, todo lo que me permitían sus bragas. Y luego presioné donde más o menos calculaba que estaría su clitoris. Me encantaba comerle el coño con las bragas puestas, sobre todo si las traía empapadas de sus flujos, me parecía más

morboso, más sucio, pero, al final, nadie se come un caramelo sin quitarle el envoltorio. Así que aparté sus bragas y empecé a pasar mi lengua por los labios del coño de Paula. Primero uno, luego otro. Luego me ayudo con los dedos para abrirlo y le di un lametón en su interior. Y empecé a trabajarle el clítoris. Primero se lo chupé, lo llené de babas, hasta que bailaba con mi lengua sin apenas fricción. Luego ponía mi boca sobre él haciendo ventosa, dejándolo seco, y volvía a empezar. Me volvía loco, pero mucho más a ella. La miré. Aún tenía la cerveza en la mano. Con la otra, se pellizcaba los pezones. No era la primera vez que estábamos en esa situación. Si hubiésemos estado en el patio, habría derramado la cerveza sobre sus tetas. Sus pezones se habrían transparentado, la cerveza habría recorrido su cuerpo hasta llegar a su coño, habría empapado su clítoris, refrescándolo, y habría terminado en mi boca, devorando su coño una vez más. Joder, por qué no estaríamos en el patio... ¿tanto frío hacía como para ponerme a corregir en el comedor? A veces soy un capullo.

Seguí así unos minutos más. Cuando sentí que Paula se iba a correr, paré, me levanté y empecé a desnudarme.

— ¿Qué te pasa?, ¿por qué has bajado así? —Me quité la camiseta.

— ¿Así cómo? He bajado normal. Has sido tú que has venido a comerme el coño...

— ¿Normal? —Me desabroché los pantalones y los bajé—. Mis bóxers apenas podían contener mi erección. —Solo te has puesto cómoda, ¿no? Vale, yo también voy a ponerme cómodo...

—Me parece genial, pero ahora no me dejes así...

— ¿Así cómo? Si has bajado normal...

—Sí, pero tú me has puesto así al chuparme.

— ¿Y la cerveza? ¿No la has calentado al pegártela al coño?

—Es que estaba muy fría...—Puso una sonrisa muy pícar.

— ¿Y ahora? ¿Sigues queriendo algo calentito?

—Mmm, ¿qué tienes por ahí?

Sin decir nada me saqué la polla y se la metí en la boca. Me agarró del culo y se la metió hasta la garganta. Empezó a hacerme una mamada de campeonato. Desde luego, Paula estaba muy caliente. Había cruzado su línea. Esa tras la que abandonaba su papel de novia cariñosa y se convertía en una puta salida. Y cuando pasaba esa línea, le encantaba que se lo dijera.

—La chupas como una zorra.

—Mmm —El gemido salió de lo más profundo de su garganta, más o menos donde estaba mi capullo.

—No sé qué habrás hecho ahí arriba, pero has bajado y venías chorreando como una puta, ¿sabes por qué lo sé? —Se sacó mi polla de la boca, cogió una bocanada de aire y preguntó:

— ¿Por qué?

—Porque me la estás comiendo como una puta. —Y volví a metérsela en la boca, ahogando un gemido que empezaba a ser constante.

Paula empezó a babear, cayendo sus babas sobre su camiseta y sobre sus tetas, que con la fiesta estaban prácticamente fuera de su escote. Ella seguía con las manos en mi culo, si las hubiese tenido en su coño se habría corrido ya un par de veces, pero eso es algo que aún no quería que pasara. Y si seguía con esa mamada, yo también me correría y tampoco quería que eso pasara todavía.

Así que se la saqué de la boca, tiré de ella y la levanté. Le di la vuelta y la puse de rodillas en la butaca. Paula entendió lo que pretendía y fue a bajarse las bragas, pero se lo impedí.

—Ni se te ocurra. —Solo las aparté un poco y le clavé la polla de un solo empujón—. Son tus bragas de estar cómoda, ¿no? Y los dos queremos que estés cómoda.

—Uf, estoy comodísima, no pares...

Notaba que se iba a correr y a mí no me quedaba nada tampoco, tenía que aprovechar este momento.

—¿Eres mi putita?

—Sííí...

—¿Quieres que te llene el coño?

—¡Dios, sí!

—Pues dime quién te ha puesto así de cachonda. ¿Quién ha calentado a mi puta así, que me ha obligado a apagarle el calentón a pollazos?

—Sí, y qué pollazos... Mmm...

—¿Quién ha sido, zorrita? No te voy a dar mi leche hasta que me lo digas...

Mi boca estaba pronunciando palabras que mi polla no podía mantener, y en poco más de diez segundos empecé a correrme en el interior del coño de Paula. Ella hizo lo propio y le vino un orgasmo que hizo que le temblaran las piernas mientras gritaba:

—¡Sandra!

Sandra era una chica que estudió en la universidad con Paula. Ha sido la fantasía más recurrente de Paula desde que nos conocemos. Nunca pasó nada, eran compañeras, colegas, pero no

amigas. Se llevaban bien, tenían cierta confianza, pero ni mucho menos tanta. Su trato era muy cordial, Sandra no tenía ni idea de lo golfa que podía llegar a ser Paula, era muy formalita de puertas hacia fuera. Y Paula no sabía cómo era Sandra en la intimidad, pero la imaginación es libre... y a Paula le encantaba imaginar.

Yo había visto a Sandra solo un par de veces. Era guapa, coqueta, castaña casi pelirroja. Poco pecho, pero bien proporcionada, y unas piernas torneadas dignas de sostener aquel culo. Su mejor arma, desde luego. Ella lo sabía y lo explotaba. Al principio, Paula me hablaba de ella en nuestras conversaciones calenturientas. Lo que le haría, lo que le haríamos si la tuviésemos a mano. Luego, era yo el que se la mencionaba cuando quería calentarla. Funcionaba como un reloj. Era nombrar a Sandra, y Paula se mojaba en cuestión de segundos.

— ¿Sandra? —le pregunté mientras recobraba el aliento—. ¿Pero qué has hecho?

—Yo nada, ella se ha puesto en contacto conmigo. Nos teníamos en Facebook, así que supongo que sabe a lo que me dedico. Yo sabía que ella había montado una pequeña empresa hacía unos años, y me ha escrito diciéndome que quería darle una vuelta al diseño de su empresa, y que si me interesaba le pasara presupuesto. Hemos estado hablando un rato. Nada raro, no pienses mal. Recordando anécdotas de los viejos tiempos. Hemos quedado en hablar mañana por teléfono para saber exactamente lo que quiere y poder darle un presupuesto más ajustado. Y ya que estaba, he estado viendo sus fotos en Facebook... Tenía muchas en la playa en biquini y, bueno, creo que ya sabes el resto.

Durante las semanas siguientes, Sandra y Paula hablaron mucho. Se entendieron y Paula rediseñó toda la parte gráfica de la empresa de Sandra. El trabajo de Paula es sagrado para ella, y yo sabía que en sus conversaciones con Sandra era estrictamente profesional. Pero cuando terminaba de trabajar a mí me tenía seco. Estaba más salida que nunca.

Cuando su acuerdo profesional terminó, mantuvieron la relación que habían recuperado, y estoy seguro de que en esos días cogieron más confianza de la que nunca llegaron a tener en la universidad. Si hubieran sido así de amigas en nuestra época más loca quién sabe lo que podría haber pasado.

Un día llegué a casa y me encontré a Paula hablando por teléfono. Enseguida supe que hablaba con Sandra. Cuando colgó se acercó a mí muy melosa.

—He estado hablando con Sandra...—Me acariciaba.

—¿Y qué te ha contado? —preguntaba yo dejándome querer.

—Hemos hablado sobre las vacaciones. Le he contado que nosotros estamos pensando en ir a Roma. Ella dice que con la remodelación de la empresa va algo justa de dinero y que quería mirar con su chico una casa rural en la sierra.

No lo vi venir.

—Pues parece una buena idea, ¿no?

¿Cómo no pude verlo venir?

—Sí, eso la he dicho, que parecía una buena idea... Cualquiera lo habría visto venir.

—¿Y ya saben a qué sierra quieren ir?

—Les daba igual. Por el norte, por el sur... una sierra de Madrid. Y entonces lo vi.

—¿Qué has hecho?

— ¡Nada! Aún nada. No les iba a invitar sin hablarlo contigo. Pero... Venga, están cortos de dinero, quieren una casa rural en la sierra, para desconectar, nosotros tenemos una habitación libre. Hace milaños que no nos vemos y ahora que hemos recuperado la amistad... estaría bien, ¿no?

— ¿Bien? Sería como meter al lobo en el gallinero, o peor, estás metiendo a una gallina en el refugio de la loba.

—No te vengas arriba. Una cosa son nuestras fantasías y otra una simple amistad en la que nunca ha pasado nada, además, viene con su novio.

—¿No has pensado que lo de irse de casa rural para desconectar podría suponer que tú y yo estaríamos de más en sus planes de vacaciones?

—Bueno, eso que lo decidan ellos. Nosotros les invitamos, quedamos bien con ellos y si prefieren gastarse la pasta para estar solos, pues les decimos que nos parece genial.

La conversación quedó ahí. Hasta la noche. Estábamos ya en la cama y Paula se abrazó a mí. La tenía a mi espalda y su mano empezó acariciándome el pecho, pero no duró mucho ahí. Comenzó a bajar, yo ya estaba casi dormido, pero cuando metió su mano por dentro de mis pantalones, una parte de mí despertó.

—¿Qué buscas? —le dije aún medio dormido.

—Nada, ya he encontrado lo que quería —Empezó a hacerme unapaja, despacio.

—¿Crees que siempre vas a conseguir lo que quieres?

—No sé, voy a ver.

Cada vez movía su mano más rápido. Yo no hacía nada, permanecía impasible, tratando de hacerme el dormido. Pero cada vez me costaba más. Paula sabe exactamente cómo usar sus manos. Me giré de frente a ella, que siguió pajeándome. Yo empecé a acariciar sus pechos y donde esperaba encontrarme su camiseta del pijama, me encontré unos pezones duros y erguidos.

—Parece que tenías calor —le dije—. Ella con su mano libre cogió la mía que estaba en su pecho y la bajó hasta su coño. Tampoco tenía pantalón ni bragas. Estaba completamente desnuda.

—Mucho calor...

Acaricié su perfilado y recortado vello, y seguí bajando hasta encontrar su clítoris. Unas caricias y bajé un poco más. Introduje mi dedo. Estaba empapada. Llevé el dedo a mi boca y lo chupé ruidosamente para que ella supiera qué hacía. Luego la besé.

—Qué rico —me dijo—, quiero más.

Metí esta vez dos dedos en su coño y los llevé a su boca. Paula gimió.

—¿Quieres más?

—Sí.

La puse boca arriba. Me coloqué encima y le metí la polla hasta dentro de su coño de un solo golpe. Entró sorprendentemente fácil. La mantuve ahí unos segundos, bien dentro. La saqué despacio, sintiendo cada milímetro de su coño, y subí hasta poner mis rodillas a ambos lados de su cabeza.

—Abre la boca.

Antes de que terminase de decirlo ya estaba comiéndome la polla. Le encantaba saborear su coño. Le vuelve loca hacerlo en mi polla. Pero nada comparado con lo loco que me vuelve a mí que lo haga. Se esmeró como nunca en chupármela. Empezó una de esas mamadas lentas y profundas. Solo sus sonidos guturales se oían por encima de mi agitada respiración. Eso y el chapoteo de su coño castigado por sus dedos.

—Estoy a punto de correrme —le dije.

Paula sacó mi polla de su boca sin dejar de hacerse un dedo.

—Deja que invite a Sandra a pasar aquí sus vacaciones y me lo trago.

—Eres una zorra —le dije.

Y, entonces, me pregunté en qué momento habíamos llegado a esa situación en la que yo me estaba oponiendo a que una tía buenísima, que pone cachonda a mi novia viniera a mi casa... Empecé a correrme en su boca.

—Traga, puta, pero no seas avariciosa, no querrás que no quede nada para cuando Sandra quiera probar mi leche también.

Paula se corrió como una fuente. No sé por qué dije eso. Sandra vendría, si venía, como una amiga, con su novio, ni sabía de nuestras fantasías ni tenía por qué compartirlas. Pero imaginé que esas palabras serían una descarga de excitación para Paula. Y vaya si lo fueron. Tuvimos que cambiar las sábanas antes de poder dormir.

Capítulo 2

Sandra y su novio llegaron un jueves de finales de julio, con intención de quedarse diez días con nosotros. Paula y yo teníamos nuestras vacaciones organizadas en Roma la segunda quincena de agosto, pero a esas alturas de julio yo ya estaba de vacaciones y Paula había decidido no trabajar hasta el lunes. Una de las pocas ventajas de los *freelance*. Dejaron su coche en la puerta, nosotros habíamos salido a recibirlos. Sandra y Paula se fundieron en un abrazo. Pensé que ni cuando estudiaban juntas se habrían abrazado así. Habían cogido mucha confianza con aquellas reuniones virtuales de trabajo. Sandra y yo, sin embargo, nos dimos dos besos con cierta timidez. Es cierto que nos habíamos visto un par de veces, pero estoy seguro de que si nos hubiésemos

cruzado en cualquier lugar fuera de aquella situación no nos habríamos reconocido. Al menos viéndonos las caras. Si le hubiese visto el culo... es un culo difícil de olvidar. Nos presentó a Lucas, su novio. Era un tipo atractivo, pero parecía soso y muy callado. Supuse que debido a llegar a una casa extraña en la que no conocía nadie.

Les enseñamos la casa y les dejamos un rato solos.

—Estaremos en el porche, sentados en el banco, por si necesitáis cualquier cosa. Acomodaos. Deshaced la maleta, duchaos si os apetece, inspeccionad la casa... Sentíos cómodos. Con toda confianza: estáis en vuestra casa. Cuando terminéis salid con nosotros y os enseñamos el pueblo.

—Va a ser incómodo —le dije a Paula cuando estuvimos solos en el banco—. Si les proponemos planes para hacer con nosotros se van a ver comprometidos a aceptar, cuando a lo mejor no les apetece. Si les dejamos a su aire pueden pensar que para qué les

invitamos y luego pasamos de ellos. No tenemos tanta confianza como para llevar esta situación a buen puerto.

—No seas cenizo. Tenemos que hacer que se sientan cómodos y ya está. Les hemos ofrecido nuestra casa para que vengan a la sierra a desconectar. Que hagan lo que quieran. Ni somos sus padres, ni guías turísticos. Somos sus amigos. Vamos a hacer las cosas que haríamos si estuviésemos solos. Si se quieren apuntar, que se apunten, y si no les apetece que no lo hagan.

—Pero se van a ver obligados en cierta manera...

—Tengo una técnica infalible para que eso no pase.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Les diremos: chicos, si no os apetece, no lo hagáis.

Me reí. Me tranquilizó la seguridad que tenía Paula. Ella no solía ser así. Normalmente, se preocuparía mucho más de preparar unas vacaciones minuciosamente organizadas con infinidad de actividades. Me pregunté hasta qué punto el hecho de tener a

Sandra bajo nuestro techo le suponía a Paula actividad suficiente para todas las vacaciones.

— ¿De verdad vamos a hacer todo lo que haríamos si estuviésemos solos?

Paula me miró y me sonrió.

—Claro. ¿Quieres que vayamos al patio de atrás y me follas como me gusta?

— ¿Y si se quieren apuntar, que se apunten? —dije repitiendo palabra por palabra lo que ella había dicho unos minutos antes.

Paula me miró, se mordió el labio inferior y soltó un pequeño gemido, asintiendo con la cabeza. Luego se echó a reír. Yo sabía que Paula lo decía de broma.

Estuvimos allí un buen rato hasta que salió Lucas.

— ¿Qué tal? ¿Ya estáis listos?

—Sí, yo sí, a ver esta...—dijo con un hilo de voz. Y se sentó en el

banco con nosotros.

—Entonces, ¿eres periodista? —le pregunté.

—Sí, trabajo en un periódico.

Hablaba como con el volumen al mínimo, como si le costara.

—¿Y qué haces?

—Pues un poco de todo, ya sabes, lo que puedo.

No, no lo sabía, o era muy tímido o no le apetecía hablar de trabajo. Ya cogerá confianza, pensé. Enseguida salió Sandra. Me resultó imposible no fijarme en ella. Llevaba unos pantaloncitos vaqueros cortos que no medían más que un palmo, y una camiseta de tirantes ajustada que dejaba claro que Sandra no pensaba usarmucho el sujetador estas vacaciones.

—Chicos, tenéis una casa preciosa. Me encanta. Me mudaría aquí.

—Cuando quieras —le contestó Paula.

Dimos un paseo por el pueblo. Se lo enseñamos más o menos todo. La plaza, algún sitio de interés, un camino que llevaba a una ruta de montaña preciosa, el camino para bajar al río, que había

una zona en la que poder bañarte a poco más de diez minutos andando. Los sitios que les interesaría conocer si decidiesen hacersu vida sin nosotros en esas vacaciones.

A Sandra se le veía radiante. Relajada, confiada, feliz. A su novio yo siempre le veía cohibido. Empezaba a pensar que no es que fuese tímido o le diese vergüenza estar con desconocidos, sino que simplemente era muy soso. Sandra reía, conversaba con nosotros, intentaba meter a Lucas en las conversaciones. Le daba la mano, tiraba de él, le empujaba, jugaba... pero él era como un muñeco. Iba a donde le llevaban, contestaba escuetamente a lo que le preguntaban, y nunca entraba en el juego. Paula y yo también intentábamos hacer que se integrase. Pero no había manera. Nossentamos en un banco de la plaza un rato antes de volver a casa.

—Lucas, no te gusta mucho el pueblo, ¿no? —le pregunté.

—Sí, es muy bonito...

— ¿Pero eres más de ciudad? —le preguntó Paula.

—No le hagáis ni caso —Se anticipó Sandra—. A este es que no le gusta nada. Pero nunca se queja de los sitios a los que le llevo, ¿aqué no?

No sé si Lucas habría contestado, pero Sandra no le dio opción, lanzándose a comerle los morros mientras Lucas enrojecía por segundos. Creo que ni siquiera le gustaba que le besaran en público. Desde luego, estaba claro quién llevaba los pantalones en esa relación, unos pantaloncitos vaqueros que provocaban un culito de infarto.

Volvimos a casa y preparamos una cena rápida que tomamos en el patio de atrás. En verano era rara la comida que hacíamos dentro de casa. En la sobremesa, decidí averiguar qué tipo de vacaciones tenían en mente Sandra y Lucas.

—Chicos, si queréis que organicemos algún plan o alguna excursión, decídnoslo que a lo mejor el sitio os ha parecido muy aburrido al verlo hoy. También vamos a daros una llave de casa, por si queréis entrar y salir a vuestro aire.

—La verdad es que no lo hemos pensado —me dijo Sandra—. Yo con levantarme tarde, vagar y algún baño en el río o algún paseo, ya me conformo. Eso es lo que espero de estas vacaciones.

Lo dijo echándose hacia atrás en la silla, con los brazos estirados como si se estuviese relajando en una tumbona. No me pasó desapercibida la mirada que Paula le echó a su pecho, y a los dos bultos que se marcaban en su camiseta. Lucas, como siempre, no tenía nada que decir.

—Lo que no queremos —añadió— es molestar, que Paula sigue trabajando...

—No te preocupes por eso —dijo Paula— de momento estoy libre hasta el lunes, y el lunes ya veré cómo me organizo. Pero es que Andrés está preocupado porque quiere que os sintáis cómodos y no quiere que os agobien nuestras atenciones.

Y Paula empezó a acariciar el brazo y la cara de Sandra mientras decía eso.

—Ay, qué majo...—dijo Sandra ya con cierta guasa, mientras me abrazaba pegando sus tetas en mi hombro. Uf, cuidado con dónde clavas esos pezones, niña, pensaba yo, que no sabes dónde te estás metiendo.

—Pues si queréis mañana vamos al río —propuso Paula—. El agua baja helada, pero con el calor que hace se agradece.

—Vale, podemos ir a hacer compra a primera hora y llevamos comida para pasar el día allí —dijo Sandra.

—No te preocupes por eso —intervine yo—. Ahora mismo tenemos de todo, cuando tengamos que ir al súper ya veremos cómo repartimos los gastos. De momento estáis invitados.

Y surgió la típica e inocente discusión entre amigos por ver quién pagaba. Que si bastante hacéis con dejar que nos quedemos aquí, que si sois nuestros invitados, que si qué menos que nosotros paguemos la comida, que si ya iremos nosotros a vuestra casa... Discusión que llevamos a cabo entre Paula, Sandra y yo. Lucas, como siempre, no dijo nada. Discusión que terminó con una

enigmática frase de Sandra que se quedó en el aire y a la que ninguno supimos qué contestar.
—De algún modo os tendremos que pagar esto...

¿Qué había querido decir? Empecé a pensar que, aunque Sandra no supiese de nuestras fantasías con ella, no era descabellado creer que ella pudiese tener las suyas propias con Paula.

La noche se alargó con unas cuantas cervezas. La temperatura era agradable, la conversación con Sandra era amena y divertida, y Lucas, bueno, al menos era guapo. Pensé que como mínimo sería una bonita estatua que las chicas podrían mirar. Yo no podía quejarme, Paula y Sandra eran dos bellezones, vestidas con ropas de verano ligera. Sandra sin sujetador marcando pezones, Paula con una camisa a la que había desabrochado demasiados botones con la tranquilidad que le daba llevar el biquini. Sorprendí más de una vez a Sandra mirándole las tetas. En una ocasión se dio cuenta de que la caceé mirándoselas. Sonrió, apartó la mirada y vi cómo se

revolvía en su silla, como si una descarga la hubiese sacudido en lo más profundo de su coño.

Poco después dimos la noche por acabada y cada pareja se fue a su habitación. Paula se quedó en bragas para dormir, y yo en calzoncillos. Me di cuenta de que las bragas de Paula estaban bastante mojadas y empecé a empalmarme. No podía decir que me sorprendiese. Sabía que el alcohol siempre la pone cachonda. Sabía que Sandra la ponía aún más. Nos tumbamos en la cama y pasé el dedo por sus braguitas mojadas.

— ¿Te ha puesto caliente, Sandra? —le pregunté.

—Un poco —Me acarició la polla por encima del calzoncillo— ¿Y ati su novio?

—Ya sabes que no. No me van los tíos y los muertos menos. ¿Y a tiqué te ha parecido su novio?

—No está mal.

—Pero prefieres a Sandra.

—Sandra es una cuenta pendiente. Su novio, en otro momento de mi vida, habría sido solo un tío más. Ahora es terreno vedado.

En cierto modo me tranquilizó, pero también me hizo pensar que Sandra, llegado el caso, también sería terreno prohibido para mí.

¿Por qué Paula había hablado como si Sandra no fuese terreno prohibido para ella?, ¿qué significaba cuenta pendiente? Iba a decir algo, pero sus caricias se intensificaron. Metió la mano dentro de mi calzoncillo y me agarró la polla. Empezó a acariciármela y a besarme la boca mientras oía cómo su respiración se aceleraba. Estaba caliente.

— ¿Me vas a follar como a una puta? Estaba muy caliente.

—Depende —le dije—. ¿Eres una puta?

—Sííí. Soy tu putita.

—¿Solo mía?

—Sí.

—¿De nadie más? ¿Ni de Sandra?

—No. Yo soy tu putita y Sandra es la mía.

—Eso te gustaría, ¿eh? Ponte a cuatro patas.

Paula se incorporó, se quitó las bragas y se puso a cuatro patas mirando a la pared que estaba a los pies de la cama. Una de las primeras cosas que compramos cuando nos mudamos a vivir allí fue un gran espejo para esa pared. A Paula le encantaba follar en esa postura. Ella desnuda, de rodillas, con los codos apoyados en la cama, y yo tras ella. Le volvía loca mirarse en el espejo. Su cara, su boca abierta, sus tetas colgando... y yo detrás. Le metía la polla hasta dentro, le agarraba de la cintura y le daba todo lo fuerte que podía. Le encantaba mirarme a través del espejo, mi torso, mis brazos. Mis ojos clavados en el hipnótico vaivén de sus tetas. A veces agachaba la cabeza y pegaba su cara al colchón. Entonces, la cogía del pelo y empujaba hacia atrás, le daba un azote y le decía: Quiero verte las tetas, puta. Juega con ellas.

Ella se incorporaba todo lo que podía y se miraba de frente al espejo. Acariciaba sus pezones, se apretaba las tetas y gemía.

— ¿Te pone que te oiga gemir Sandra? —le susurré al oído—.

¿Quieres que se entere de que te estás corriendo como una guarra porque te has puesto cachonda viendo sus pezones marcados en su camiseta? ¿O te gustaba más su culito ajustado en esos vaqueros?

Paula no paraba de gemir. Intentaba taparse la boca con la mano, realmente le daba vergüenza que Sandra la oyese. Pero entonces empezamos a oír gemidos que venían de la otra habitación.

— ¿Lo oyes? Sandra está follando mientras piensa en ti. Esta noche la he cazado mirándote las tetas.

Y Paula se corrió. No solo se corrió. Casi se deshizo. Quitó su mano de la boca y gimió con todas sus ganas, sin reparos. Empezó a soltar fluidos. Yo seguía bombeando, aunque había bajado el ritmo. Aún no me había corrido y quería que Paula recuperase un poco el aliento para poder seguir follándola. Sandra había dejado

de gemir. Pensamos que quizá se había cortado al oír a Paula y estaban siendo más silenciosos, pero entonces empezamos a oírlos hablar. Como si estuvieran discutiendo. Dejamos de hacerles caso y seguimos a lo nuestro. Estuvimos un buen rato más follando. Cambiando el ritmo y la posición para no correrme aún.

Puse a Paula boca arriba, y yo me senté a horcajadas sobre su tronco, por debajo de las tetas. Me encantaba sentarme ahí, porque si Paula levantaba un poco la cabeza, llegaba a chuparme la polla y yo tenía sus tetas a mi disposición. No solo para acariciárselas y jugar con sus pezones, sino para golpearlas con mi polla, cosa que le encantaba. Además, si quería volverla loca solo tenía que llevar mi mano hacia atrás y acariciarle el coño mientras ella me chupaba la polla.

—Pellízcate los pezones —le decía mientras le daba pollazos en sus tetas—. ¿Te gustaría que viniese Sandra y te comiese el coño mientras te lleno las tetas de leche?

—Sí y luego vendría a limpiarme las tetas con su lengua...

Con una mano empecé a pajearme mientras llevaba la otra hasta su coño. Paula volvió a gemir. Ya no tapaba su boca, aunque sus gemidos no eran tan fuertes como cuando se corrió mientras la follaba. Pero estaba seguro de que si Sandra y Lucas estaban despiertos, nos estaban escuchando. Seguí trabajando su clítoris hasta que noté que me iba a correr.

—Voy a llenarte las tetas de mi leche.

Paula metió una mano por debajo de mis piernas y empezó a masturbarse ella misma. Yo me incorporé un poco y empecé a disparar chorros de semen sobre las tetas de Paula, su cuello y su cara. Ella se corrió por segunda vez en un orgasmo menos intenso que el primero, pero más prolongado. Me pareció oír un gemido por encima del de Paula. ¿Sandra?, pensé. Pero algo me decía que no venía de su habitación. Paula no se dio cuenta y se fue al baño a limpiarse. Estábamos en la habitación con la luz encendida y la ventana abierta, pero estábamos en el primer piso y nuestra ventana daba al patio trasero, nadie podía vernos. Tuve una

intuición. Apagué la luz y me acerqué a la ventana, escondido entre las cortinas. Y allí estaba Sandra sentada en una tumbona, con una mano dentro de su camiseta y la otra dentro de sus bragas. No pudo vernos, pero sí oírnos. Ya no hacía nada, pero estaba seguro de que el gemido que oí fue ella haciéndose un dedo mientras nos oía. Solo esperaba que aunque nos hubiese oído gemir, no hubiese escuchado las cosas que nos decíamos... No parece de buenos anfitriones que nos oiga decir que nuestra huésped se iba a comer mi leche de las tetas de mi novia...

Entonces Sandra entró en la casa y yo decidí no decirle a Paula nada cuando volvió del baño. Lo dejé estar por el momento y nos dormimos.

Al día siguiente preparamos un par de mochilas con algo de comida y unas toallas, y nos fuimos al río a pasar el día. Había una zona bien preparada para bañarse, con una explanada, unas mesas de merendero y unos árboles. Subiendo por el río había zonas más recónditas, con grandes piedras y una especie de charcas que formaba el río entre ellas, de un acceso no demasiado fácil, pero

donde casi nunca había nadie. Nos animamos y subimos hasta llegar a una charca no demasiado grande, pero sí profunda, a la que accedimos entre árboles y piedras. Nos sentamos en una piedra enorme que lindaba con el curso del río, donde cabían holgadas las cuatro toallas y nos sentamos a descansar de la caminata. Lucas y yo nos quitamos la camiseta y nos quedamos con el bañador. Las chicas se quitaron la camiseta y se quedaron con la parte de arriba del bikini. En la parte de abajo, Paula llevaba unos pantalones cortos, y Sandra un pareo. Estuvimos un rato sentados, hablando. Cuando ya empezaba a sudar me tiré al agua.

—¿Qué tal está? —me preguntó Paula.

—Buenísima —Mentí— Estaba helada.

—Ya, seguro, dilo sin tiritar y te creo.

Sandra decidió probar. Se levantó, se quitó el pareo y se tiró. Paula fue más cauta. Bajó por un lateral de la piedra y se metió poco a poco.

—Joder, está helada.

—Venga, Lucas, métete —le dije yo.

Tardó, pero acabó por meterse. No había mucho espacio para nadar, pero estuvimos jugando un rato. Salpicándonos, haciéndonos aguadillas... lo que fuera para no congelarnos.

Cuando salimos, el agua fría había hecho su trabajo, y tanto los pezones de Sandra como los de Paula se notaban a la legua. Intentaban taparse y disimular sin éxito. Tenía que concentrarme para no empalmarme o yo tampoco podría disimular. Lucas no era capaz de controlarse, o no sabía cómo porque una enorme tienda de campaña se formó en su bañador. Todos nos dimos cuenta. Aquello me acomplexaba un poco. Joder con Lucas. A Paula se le pusieron los ojos como platos. Sandra, que se dio cuenta, le dijo:

—No te fíes, no es oro todo lo que reluce.

Paula y yo no entendimos muy bien a qué vino aquello, y nos quedamos callados y un poco cortados. Lucas debía de saber a qué

se refería, porque se puso rojo y se tumbó boca abajo con ganas, supongo, de que se le tragase la tierra.

Dejamos pasar el incómodo momento tumbándonos un rato al sol. La mañana pasó tranquila. La verdad es que era una gozada estar allí relajados disfrutando de dos bellezones en biquini. Después de comer, Paula se tumbó boca abajo a leer un rato y yome senté a su lado. Al otro lado de Paula, Sandra estaba tumbadaboca arriba con los brazos sobre su cara para taparse del sol. Y Lucas a continuación también tumbado boca arriba.

Empecé a masajear la espalda de Paula mientras leía. Paula se puso a ronronear como si fuera un gato. Vi por el rabillo del ojo que Sandra separaba un poco los brazos y nos miraba con disimulo. Eso me hizo recordar la noche anterior, cuando Sandra se tumbó en el patio bajo nuestra ventana a escuchar cómo follábamos. Me envalentoné y continué mi masaje por las piernasy el culo de Paula. La acariciaba por encima de la braguita de su biquini, bajaba por sus muslos y volvía a subir por la cara interior de las piernas, hasta casi rozar la zona del biquini que tapaba su

coño, y volvía a subir a su culo que apretaba con cariño. Paula casi involuntariamente abría las piernas y en cada subida llegaba más cerca de su coño. Sabía que Sandra miraba porque su respiración se iba acelerando y no dejaba de mover las piernas, nerviosa, como si le picara ahí algo. Separó un brazo de su cara y empezó a acariciar la pierna de Lucas. Este, de repente, se tensó pero no se atrevió a hacer nada. Permanecía impasible. Sandra cogió la mano de Lucas y la llevó hasta su vientre. Empezó a manejarla como si fuera una marioneta, subiendo arriba y abajo. Bajaba hasta rozar la braguita de su biquini con la mano de su novio. Y luego la subía cada vez más cerca de su pecho. En un momento en el que Sandra llevó la mano de Lucas hasta tocar su teta, este reaccionó apartándola bruscamente.

— ¡Joder! —gritó Sandra enfadada—. Eres un muermo.

Paula, que hasta entonces y pese a mis caricias seguía enfrascada en su lectura, se incorporó asustada.

— ¿Qué pasa?

—Este —respondió Sandra— que ni a meterme mano se atreve...Paula se incorporó.

—Ven, tonta, que yo te doy cariño.

Y giró a Sandra hasta ponerla boca abajo y le dio un azote, agarrando su culo con ganas. Paula había dado un primer paso, uno que ninguno pensó que daría nunca. Creo que durante una fracción de segundo, Paula se arrepintió de lo que acababa de hacer, solo hasta que oímos como Sandra gemía levemente y dijo:

—Me gusta.

Paula me miró, yo la miré, sonrió y bajando la cabeza le dio un tierno y sensual mordisco en ese culo que la naturaleza le había dado a Sandra. Luego se acercó a su cuello, repitió el mordisco y le dijo:

—Si quieres más, pídemelo.

Entonces, Paula se tiró al agua. Por un lado supuse que para bajarsu calentura y por otro para no permitir que aquello se nos fuese

demasiado pronto de las manos. Sandra se quedó donde estaba, como procesando lo que acababa de pasar. Habría apostado que en ese momento tenía el coño empapado. Yo seguía sentado con las piernas dobladas y agarrándome las rodillas. No quería que viesen lo dura que me la habían puesto. Sandra por fin reaccionó. Miró a Lucas, que se había puesto en la misma posición que yo, supongo que por el mismo problema, y le dijo:
—A ver si aprendes...

Y se levantó y se fue al agua con Paula. Lucas estaba rojo, para variar, con los ojos como platos. No sabía muy bien lo que acababa de pasar. Estaba callado como una tumba, pero eso ya era algo normal. Yo no pensaba decirle nada, nos quedamos mirando los dos cómo se bañaban nuestras novias. Fue un baño inocente. A veces se juntaban y veía cómo hablaban y cuchicheaban al oído. Pero no más azotes ni más mordiscos.

Cuando Sandra salió del agua con la braguita del bikini marcando sus labios, Paula se quedó en el agua, me miró y me hizo un gesto

para que fuera. Yo me lancé al agua y nadé hasta ella. Me abrazó y me dio un beso largo y húmedo. Ver a Sandra salir del agua me había puesto caliente, pero a Paula le bastaba con un beso para ponérmela tan dura que a mi bañador le costaba mantenerla dentro.

—¿Estás cachondo? —me preguntó Paula al oído.

Como respuesta la agarré del culo y la apreté contra mí, para que sintiera en su vientre lo dura que tenía la polla.

—Tócame para que veas cómo estoy yo.

Le di la vuelta y la abracé por la espalda. Encajé mi polla entre su culo y llevé mi mano hasta el interior de su braguita para meterle un dedo en el coño. Estaba encharcado. Estábamos de lado a la piedra donde estaban Sandra y Lucas. Lo bastante lejos para susurrar sin que nos escucharan. Lo bastante profundo para que no vieran con claridad lo que pasaba debajo del agua, pero no tanto como para que no supieran que ahí estaba pasando algo. Miré un segundo a la piedra y Sandra estaba sentada, tapada por

completo con su toalla, mirándonos. Lucas se había tumbado bocabajo, mirando en dirección opuesta al río. Era evidente que algo pasaba entre esos dos.

—Si me haces un dedo, Sandra va a saber que me lo estás haciendo.

— ¿Eso es una advertencia para que no lo haga o estás deseando que tu amiga vea la cara que pones cuando te corres?

—Cuando nos hemos estado bañando le he preguntado que qué le pasaba con Lucas. Dice que es muy tímido, que nunca han hecho nada que salga de lo normal, ni que salga del dormitorio. «¿Nunca lo habéis hecho en un sitio público?» le he dicho yo. «¿Vosotros sí?» me preguntó. «Uf, si tú supieras». Paula me iba narrando su conversación con Sandra al oído mientras yo seguía con mi dedo en su coño. Empecé a moverlo alternando mis acometidas en su interior con caricias en su clítoris. De vez en cuando la veía mirar hacia la piedra, y sentía los ojos de Sandra clavados en nosotros. No le he dado muchos detalles, porque me daba un poco de corte,

aún no tenemos mucha confianza para estos temas, pero sí le he dicho que una vez me masturbaste en los asientos de un tren, solotapados por un abrigo, con el vagón lleno de gente. Veía cómo le brillaban los ojos y estoy segura de que se ha puesto cachondísima hablando conmigo.

—¿Y tú no? —le pregunté.

—Pues claro que sí. ¿Por qué te crees que te he llamado? Me ha dicho que a ella le gustaría probar algo así, que siempre se lo pidea Lucas, pero que no hay manera. «Pero no te quejarás —le he dicho— parece que está bien dotado y es muy guapo», y me ha contestado «sí, es un puto Adonis y sabe satisfacer a una mujer durante tres minutos», y se ha echado a reír. Eso explicaba lo poco que duraron los gemidos de la noche anterior de Sandra, y la discusión posterior. Yo seguía con mi dedo trabajándome a Paula, y ella empezaba a agitarse. Cada vez miraba más a Sandra y disimulaba menos su cara de excitación. Me ha preguntado si alguna vez lo habíamos hecho en este río, y le he dicho que no, pero que era una buena idea... «No os atreveríais», me ha dicho, y

me he echado a reír. Le he dicho de broma, que si nos quedábamosa solas tú y yo en la charca que sospechase, pero creo que no ha entendido que era una broma. Me ha mirado muy seria, luego me ha sonreído y se ha salido del agua. Ha sido entonces cuando te he llamado. Y por cierto, no mires ahora, pero creo que se está haciendo un dedo.

No miré, en ese momento me dio igual Sandra, que se estuviese haciendo un dedo, que estuviese en pelotas, o que se estuviese follando a Lucas allí mismo, me daba igual. Yo solo quería follarme a Paula. Le bajé la braga del biquini, me bajé el bañador y se la metí. Disimulábamos todo lo que podíamos, era evidente que algo pasaba, pero podríamos mantener con cierta dignidad, llegado el caso, que solo nos estábamos bañando.

Sandra seguía tapada con su toalla. Es verdad que se intuían movimientos que podían indicar que se estuviese masturbando, pero también disimulaba haciendo ver que no pasaba nada. Entonces, Lucas se levantó ajeno a todo. Yo creo que ni siquiera nos miró, y se metió en el agua.

— ¿Dónde vas? —le gritó Sandra— No molestes ahora, joder. Vuelve a tumbarte donde estabas.

Y Lucas obedeció, sin decir ni pío. Volvió a tumbarse otra vez rojo como un tomate, pero esta vez sin saber ni siquiera por qué. Cuando vimos que Sandra se tensaba, llevé mi dedo al clítoris de Paula, mientras seguía clavándole la polla. Paula y Sandra semiraban intensamente. Creo que nos corrimos los tres a la vez, pero, pese a todo, yo me sentía el tercero en discordia en aquel polvo. Nos colocamos los bañadores y salimos del agua, haciendo ver que no había pasado nada más que un inocente baño, aunque todos sabíamos que no había sido así. Bueno, todos menos Lucas. El pobre ni siquiera estaba enfadado por cómo le había tratado Sandra. Su timidez le había llevado a asumir el rol de sumiso en la pareja. Hacía lo que le decía Sandra sin rechistar. Pero cuando le proponía algo un poco atrevido o excitante, se ponía rojo y era incapaz de reaccionar. Y por si eso fuera poco, la facilidad que parecía tener para empalmarse era proporcional a lo rápido que

se le pasaba su fogosidad. Vamos, que no daba la talla pese a su talla.

Paula Y Sandra se cruzaron alguna sonrisa cómplice, pero nada más. La tarde no dio para más y el río tampoco. Antes de que empezase a anochecer, volvimos a casa.

Capítulo 3

Tras volver del río, cenamos en el patio como el día anterior y nos quedamos allí. Quedaba algo de vino todavía y la sobremesa era el momento adecuado para apurar su contenido.

—¿Abro otra? —pregunté— ¿o preferís cerveza?

—Estaba bueno, yo prefiero seguir con el vino.

Entré por la puerta del garaje que daba al patio interior, y de ahí a la despensa. Estuve buscando otra botella como la de la cena, pero no teníamos más. Siempre solíamos tener una caja de doce botellas de un vino más barato para el tinto de verano. Así que cogí una jarra grande, unos hielos, una botella de refresco de limón y dos botellas de vino. Eché los hielos en la jarra, un poco de limón y las dos botellas enteras. Tuve la certeza de que tendría que volver a recargar. Cuando salí, Sandra estaba en la tumbona en la que la vi la noche anterior. Eso me provocó un cosquilleo en mi

bajo vientre bastante agradable. Paula se había sentado en el suelo, enfrente de Sandra, y Lucas seguía en la silla, aunque al menos se había acercado donde estaban las chicas. Yo cogí unos vasos y los llené de tinto de verano. Los repartí y me senté en otra tumbona frente a Lucas, haciendo un círculo. Dejé la jarra a mi lado y bebí.

— ¿Queréis jugar a algún juego de beber? —preguntó, de repente Paula.

—Vale, ¿conocéis alguno? —preguntó Sandra.

—Pues no sé, cogemos una baraja y la carta más baja bebe.

—Un poco soso, pero vale. Al fin y al cabo, para beber...

A todos nos pareció bien. Lucas no dijo nada, pero ya habíamos asumido que Sandra tomaba las decisiones por los dos. Fui a por una baraja y repartí una carta a cada uno.

—Reparto la primera, pero luego el que pierda bebe y reparte la siguiente.

Enseñamos las cartas. Y primer conflicto. Yo tenía un cinco, Lucas un tres, Paula un caballo y Sandra un as.

—Lucas, bebe —le dijo Sandra.

Lucas iba a beber, evidentemente, sin rechistar. Pero Paula le detuvo.

—¿Cómo que Lucas? ¡Bebes tú!

—¿Yo? Pero si tengo un as.

—Pues por eso, tienes un uno, es más bajo que el tres...

—Pero el as es lo que más vale.

—Sí, en el póker, pero esto no son Las Vegas, bonita...

Era una discusión inocente. Se palpaba el buen rollo, pero las gatas habían sacado las uñas y eso a mí me encantaba.

—Pues votamos —dijo Sandra.

—Sí, hombre, como tú tienes dos votos —dijo Paula sin pensarlo, haciendo referencia a que Lucas llevaba todas las vacaciones haciendo lo que Sandra le decía, como un corderito.

Hubo un momento de silencio incómodo, yo intenté reconducir las cosas.

—Venga, esta no vale, pero vamos a establecer un criterio. Los ases son unos, que sean lo más bajo. Y para que no nos vuelva a pasar, en caso de empate, los palos siguen este orden: oros, copas, espadas y bastos. Un dos de espadas es más bajo que un dos de copas. ¿Os parece?

Todos estuvieron de acuerdo y volví a repartir. Una sota para Paula, seis para Lucas, rey para Sandra y cuatro para mí. No había duda, bebía yo.

—Yo tengo la más alta, ¿qué gano? —dijo Sandra.

—Pues que no bebas.

—Pero si la más baja tiene castigo, la más alta tendrá que tener premio.

—Eso me gusta —dijo Paula— la carta más alta le pone un reto a la más baja, y solo si no lo cumple bebe.

—O que beba de todos modos, y si no cumple el reto que pague prenda —dijo Sandra mirando desafiante a Paula.

Se nos va a ir de las manos, pensé yo. Pero luego me dio por pensar en las monedas de cambio que teníamos cada uno. Paula se había cambiado al volver del río. Sabía que llevaba unas braguitas y un sujetador debajo de su pantalón corto y su camiseta de tirantes. Sandra estaba en peores condiciones, también se había cambiado, pero se había puesto otro bikini y solo un pareo por encima. Lucas tenía unos pantalones cortos vaqueros y un polo, y supuse que también un calzoncillo. Yo era el que quedaba peor parado. Después de ducharme al llegar a casa, me puse otras bermudas sin ropa interior y una camiseta.

—No os paséis —dijo Lucas abriendo la boca por primera vez sin que nadie le preguntara nada—. Era evidente que no estaba de acuerdo con ese juego.

—Ya está el muermo. Pues si no quieres jugar, no juegues —le respondió su novia.

— ¡Sí, hombre! —Se quejó Paula— Yo quiero que juegue.

Lo dijo sin pensar, pero era evidente que quería saber qué era aquello que escondía ahí Lucas desde que le vio empalmado en el río. Yo le lancé una mirada, medio divertida y medio de reproche. Y por un segundo, Paula se avergonzó de lo que acababa de decir.

—Claro que va a jugar —dijo Sandra dirigiéndose a él—. No seas aguafiestas, majete, que estamos de vacaciones y hemos venido adivertirnos.

—Bueno, vamos a establecer más reglas —Volví a ejercer de juez—. La carta más baja bebe, además, la carta más alta le pone un reto y si no lo cumple, puede elegir pagar prenda o confesar alguna intimidad, así si alguien no quiere desnudarse, no estará obligado a hacerlo.

—Pero no vale contar cualquier chorrada, tiene que ser algo jugoso —apostilló Sandra—. Que el ganador le haga la pregunta.

— ¿Y cómo sabremos que no miente? —preguntó Paula.

—A ver, no estamos juzgando a nadie, si quiere mentir, quemienta. Será menos divertido, pero qué le vamos a hacer —dije yo.

—Yo no pienso mentir —aseguró Sandra.

—Ni yo —Se sumó Paula.

—Yo no tengo nada que esconder —dije yo— Lucas, ¿estás de acuerdo con las reglas?

—Me parece bien lo de contar algo para no pagar prenda, pero no es solo que no quiera desnudarme yo, tampoco quiero que veáis desnuda a Sandra.

—Oye, tío —le dije yo— aquí todos somos mayorcitos para tomar nuestras propias decisiones, y todos nos estamos jugando lo mismo.

—Ni caso —cortó Sandra— solo faltaba que este me dijese lo que puedo y lo que no puedo hacer. De todos modos no te preocupes, cariño, para pagar prenda tengo que echarme atrás en el reto, y yate advierto que no pienso decir que no a muchas cosas.

Vi cómo Paula se relamía con esa declaración de intenciones de Sandra.

—Vale, acepto —dijo Lucas—, pero esto es solo un juego, ¿no? No va a acabar convertido en una orgía... En cuanto uno se quede desnudo lo dejamos.

Sandra iba a volver a la carga contra la mojigatería de su novio, pero, entonces, Paula dijo algo que la convenció para dejarlo estar.

—Para ser solo la segunda noche, a mí me parece bien...

Lucas quería decir que quedarnos en bolas en aquel juego era lo más lejos que estaba dispuesto a llegar; pero, de repente, Paula abrió la puerta a que lo que le quedaban de vacaciones se convirtiesen en las más excitantes de su vida.

Volví a repartir yo, pues había tenido que beber en la única partida que habíamos jugado hasta ahora, pero antes de terminar de repartir, Paula añadió una última norma.

—Y por si hay algún tramposo que estaba pensando en ello, el calzado no cuenta como prenda. Solo la ropa.

Lucas y yo llevábamos unas chancas. Las chicas iban descalzas. Haciendo gala de mi honradez, me las quité y Lucas hizo lo mismo.

Enseñamos las cartas. Paula tenía la más baja y yo la más alta. Memiró, sonrió y bebió.

—Rétame, pero no empieces muy fuerte. Tú y yo estamos en primera y estos son de regional. No les asustes...

Vi que Sandra se sentía herida en su orgullo, pero no dijo nada, porque había visto en el río que Paula tenía razón.

—Te reto —Lo pensé un segundo— a que te des un buen remojón con la manguera.

Una piscina, aunque fuera pequeña, siempre había sido nuestra espinita clavada en nuestra casa de ensueño, pero el grifo y la manguera que teníamos en el patio de atrás nos había salvado demás de un sofocón... y provocado otros cuantos.

Paula sonrió, se levantó y se enchufó la manguera por todo su cuerpo. Se movía simulando un baile sensual, mientras nos salpicaba provocativa. Su camiseta blanca transparentaba un

sujetador azul celeste, que le hacía unas tetas preciosas. Su pantaloncito empapado dejaba ver la puntilla de unas bragas a juego con el sujetador, y tras apagar el grifo solo escurrió su pelo, en un movimiento tan sensual que si nouviésemos invitados en ese momento ya estaría follándome a mi novia. Se volvió a sentaren el suelo, empapándolo. Le acerqué una toalla para que se secara las manos, pues le tocaba repartir, y al coger la toalla de una de las sillas, vi que Lucas ya estaba empalmado. Intentaba disimular, pero «eso» era imposible de disimular.

—Parece que no te molesta tanto cuando es la novia de otro la que se exhibe, Lucas...

Y otra vez se tornó su cara en un rojo tan intenso que pensé que le iba a salir humo por las orejas.

—Disfruta, cariño —dijo Sandra—, que yo también voy a disfrutar cuando tenga ocasión —añadió mientras me miraba de arriba abajo.

Paula repartió y yo volví a sacar la carta más alta. Esta vez fue Lucas el perdedor. Bebió un trago y me miró como un cordero de camino al matadero.

—Mira qué reto tan fácil te voy a poner, Lucas. Te reto a que te pongas de pie y pongas tus brazos atrás.

En cualquier otro momento habría sido un reto bastante absurdo, pero el empalme y la herramienta que tenía Lucas, calentaría a las chicas, si es que se decidía a hacerlo... Lucas se lo estaba pensando demasiado.

—Si no quieres hacerlo, más te vale que pagues prenda, porque la confesión que te voy a hacer decir te va a poner en un aprieto mucho mayor, y si mientes Sandra lo sabrá —Era un farol no tenía pensado nada, pero quería animarle a que aceptara el reto, para que no se echase atrás en todo desde el principio.

Lucas estaba haciendo tiempo para que se le bajara la hinchazón y ponerse de pie como si nada, pero justo cuando se estaba levantando, Paula hizo una de las suyas.

—Joder, estoy empapada —dijo estirándose la camiseta para escurrirla y dejándonos ver su sujetador conteniendo sus turgentes tetas.

Hizo efecto inmediato. A Lucas, que ya estaba de pie, se le empezó a empalmar la polla, formando un bulto enorme hacia un lado en su pantalón vaquero. No me imaginaba lo que le tenía que estar doliendo aquella presión. Si yo fuera él me habría desabrochado el vaquero. Pero al menos a él el pantalón se la sujetaba. Yo la tenía libre en mis bermudas, y a mí también me la había puesto dura el espectáculo de Paula. Fue entonces cuando me di cuenta de que Sandra, que ya tenía muy vista la polla de Lucas, no apartaba los ojos de la mía.

Siguiente jugada. Volvió a perder Paula que dio un trago a su vaso y ganó Sandra.

— ¿Puedo involucrar a terceras personas en los retos? —preguntó.

—Si las terceras personas quieren, sí, pero no puedes obligarlas, se pueden negar —Fue Paula la que contestó—. Yo creo que lo hizo

para salvar al pobre Lucas de alguna perrería que quisiera hacerle su novia. Pero Sandra no iba por ahí.

—Vale, te reto a que le hagas una paja a Andrés, delante de nosotros.

Yo miré a Paula preguntándole si quería que me negase, pero no hizo falta.

—Demasiado pronto, no quiero que se la veas aún —dijo sacándole la lengua—. Prefiero lo de la confesión.

Paula estaba jugando con ella. Y estaba jugando muy bien. Yo sabía que no le habría costado nada hacerme una paja allí mismo, no después de todo lo que habíamos vivido, pero quería controlar la situación y subir la temperatura para calentar a nuestros invitados poco a poco hasta hacerles estallar.

—Vale —dijo Sandra—. ¿Alguna vez has follado en el río en el que hemos estado hoy?

Sandra quería saber con certeza lo que intuía que había pasado en el río, y si Paula le contestaba que sí, sabría que había sido hoy,

pues ya le había confesado que nunca antes lo había hecho. Paulasonrió y respondió.

—Qué zorra. Sí, lo he hecho una vez. ¿Y tú te has masturbado en ese río? —Intentó devolverle la pelota, pero Sandra no se iba a dejar ganar.

—Lo siento, no te toca preguntar.

Siguiente ronda. Pierde Sandra, gana Lucas. Este era el momento que más temía. ¿Qué iba a mandarle hacer ese páñfalo a Sandra? Si jamás en su vida había osado a darle una orden.

—Pues... no sé —Empezó a decir Lucas —Te reto a que hagas diezflexiones.

—Mmm, qué excitante, tú sí que sabes jugar —dijo Sandra sarcástica—. Demasiado fuerte para mí, cariño, prefiero pagar prenda...

Sandra se bebió su vaso de un trago, se levantó, yo daba por hecho que se iba a quitar el pareo, pero entonces metió sus manos por debajo de este y se bajó la braguita del biquini, dejándola en el

suelo. A mí casi me da un ataque. Miré a Paula, que veía con la boca abierta cómo Sandra volvía a sentarse en la tumbona, con las piernas estiradas y cruzadas. Sandra miró a Paula, descruzó las piernas, las separó un poco y volvió a cruzarlas.

El vaso de Sandra estaba vacío y el resto casi vacíos, así que me levanté y los rellené todos. Yo también llevaba ya una buena erección, y encima con las bermudas y sin ropa interior, eso no había quién lo disimulase. Yo no era como Lucas, no me daba vergüenza que me vieran empalmado, pero claro... yo no era como Lucas... no tenía un monstruo ahí metido. No me quejo, estoy bastante contento con lo que la naturaleza me ha dado, aunque fue más generosa con el grosor que con la longitud. Una cosa decente y más que suficiente, en cualquier caso.

—Parece que te está gustando bastante el juego —me dijo Sandra con cierta picardía.

Yo señalé su braga del bikini que estaba en el suelo, con una evidente mancha de humedad.

—No soy el único, creo.

Sandra repartió la siguiente ronda. Ganó ella y perdí yo. Me bebí medio vaso y volví a rellenarlo para acabar la jarra.

—Venga, rétame y voy a rellenar.

—Parecías muy atento a mi braguita del bikini...Sandra la recogió del suelo.

—No me vale, no está tan húmeda como creía —dijo un poco decepcionada.

Entonces la metió bajo su pareo y la pasó por su coño, recogiendo todo su néctar.

—Ahora sí, te reto a que lo chupes —Y me tiró la braguita sonriendo—. *Bon appétit.*

Sandra había dado un paso más. El vino había ido haciendo efecto, pero estábamos subiendo el nivel. Por mí que no quede, pensé. Recogí la braga y mirando a los ojos de su dueña, pasé mi lengua lentamente recogiendo todos sus flujos, recreándome hasta

tenerlos todos en mi boca. Cogí la jarra y de camino a la despensa, me agaché junto a Paula y le di un morreo lento, profundo, dejando que toda la esencia del coño de Sandra pasase a su lengua, para que la degustara ella también.

Tuvieron que esperar a que saliera con la jarra llena de nuevo para poder seguir, me tocaba repartir. Previsor, me subí un cuenco contres o cuatro hielos. ¿Para el vino? No, para el vino no...

—Por si son de utilidad en algún reto —dije dejando los hielos en el centro de nuestro círculo.

En el siguiente turno volví a perder. Ganó Lucas. La que me espera, pensé. Volví a beber. Lucas pensaba sin saber por dónde salir.

—Rétale a que se meta los hielos que ha traído por los pantalones, por pasarse de listo, y así se le baja la hinchazón —Le recomendó Paula. Yo la miré como preguntándole, ¿pero tú en qué equipo estás?

—Venga, sí, te reto a que hagas eso —Lucas acatando las órdenes de cualquiera, qué raro.

—Paso —dije—. Prefiero confesión, pero a ti —me dirigí a Paula—
, esta te la guardo.

Lucas lo pensó un segundo.

— ¿Alguna vez le has sido infiel a Paula?

Creo que Lucas quería saber si estaba dispuesto a tirarme a su novia.

—No, desde que salimos solo he estado con ella. Pero antes de empezar a salir, Paula y yo
follamos muchas veces, y entonces sí lo hacíamos también con otras personas.

Quería que Lucas supiera que si su novia quería caer en nuestras redes, iba a caer en nuestras
redes, incluso con alguna los dos juntos.

— ¡Eh, listillo! —soltó Paula— demasiada información. No te ha preguntado eso.

—Qué interesante —comentó Sandra.

En la siguiente ronda perdió Lucas y ganó Sandra.

—Te reto a que cojas un hielo con la boca y se lo pases a Paula por el cuello, bajes por su escote y lo dejes entre sus tetas.

Sandra quería que su novio entrase en el juego. Quería ponerle caliente para que ella pudiera traspasar los límites sin sentirse culpable.

—Pero eso involucra a una tercera persona —dijo Lucas— ella se puede negar.

—No me niego —dijo Paula que estaba disfrutando con el juego, y ya estaba lo bastante cachonda como para liberar a la zorra que guardaba dentro.

Lucas lo pensó un poco, pero acabó diciendo que no, que pagaba prenda. Iba a quitarse la camiseta, cuando Paula le dijo:

— ¿No prefieres quitarte los pantalones? Te tiene que estar doliendo ahí apretada...

Y ahí estaba, la zorra de Paula. Se moría de ganas de verle la polla a Lucas, y no la culpa. Por un lado, eso debía ser digno de ver, y por otro, yo también me moría por ver a Sandra desnuda.

Lucas se lo pensó un poco. Miró a Sandra, como diciendo, ¿qué hago?

—Venga, quítatelos, que vea por fin una polla de verdad —le dijo Sandra sin poder aguantar la risa.

Eso me dolió. Sabía que lo decía para provocarme, pero me dolió. Otra a la que hacérselo pagar, pensé. Lucas, que aún no había bebido por perder la ronda, cogió su vaso y lo vació de un trago, como para darse valor, y se quitó los pantalones. Llevaba un calzoncillo gris, tipo bóxer, que hacía lo que podía para contener a aquel monstruo dentro. A Paula se le salían los ojos de las órbitas.

—Joder, ¿no te hace daño? —le preguntó a su amiga.

—Menos del que me gustaría...

¿Qué? ¿Qué significaba eso? ¿A Sandra le gustaba el sexo duro? Mal novio se había echado para eso, pensé... Tenía que averiguarmás sobre este tema.

En la siguiente ronda ganó Paula, por fin. Era la única que aún no había ganado. Y perdió Sandra. Bebió un trago de su vaso y miró desafiante a Paula.

—Estás muy subidita —dijo Paula—. A ver si eres tan lanzada como parece, o es solo de boquilla... Mmm, tengo una idea, esperad unsegundo.

Y Paula entró en la casa. Nos quedamos expectantes, yo conocía muy bien a Paula y estaba seguro de que esto ya no era un juego inocente para ella. La zorra que llevaba dentro había salido y ya iba por todas. Volvió al patio con las manos en la espalda, escondiendo algo.

—Espero que no aceptes el reto, porque quiero saber una cosa de ti que quiero que me confieses. Aunque bien pensado, si aceptas el reto mi duda estará resuelta— Paula sacó de su espalda un consolador, uno que nosotros solíamos usar para jugar en su culito, y supe nada más verlo que lo que Paula quería preguntarle

a Sandra es si su maravilloso culo era virgen —Te reto a que te lo metas en tu culito.

A Sandra se le borró la sonrisa de su cara.

—Qué zorra —le dijo— Pues te vas a quedar con las ganas de saberlo. Pago prenda.

Y acto seguido se llevó las manos a la espalda y se desabrochó el sujetador. A mí se me caía la baba. A Paula, pese a su chasco, también. Y Lucas no sabía dónde meterse. No le estaba gustandonada que su novia estuviera en tetas delante de nosotros, pero sabía que si se quejaba iba a ser peor. Sandra estaba dispuesta a ir a por todas. Se quedó de pie, enseñando sus empitonados pezones. Sus tetas eran bonitas, aunque pequeñas. Unos pezones grandes, que contrastaban con las areolas pequeñas, morenas, muy morenas. Eran unas tetas dignas de ser amasadas, chupadas, mordisqueadas, aunque tengo que reconocerlo, no eran rival para las tetas de Paula. El punto fuerte de Sandra era su culo. Haberla visto con ese consolador dentro habría sido apoteósico.

—Cuidado —le dijo Paula— solo te queda el pareo y queda muchanoche. Según las normas, en cuanto lo pierdas se acabó el juego. A ver si la aguafiestas vas a ser tú...

—Es cierto, a ti te queda mucha ropa. Claro que eres la que más ropa tenía al principio, supongo que no todas somos igual de valientes.

Era una burda provocación. Paula lo sabía. Sandra sabía que Paula lo sabía. Pero, solo por un momento, el juego se convirtió en ver quién era más zorra, un juego al que me habría encantado jugar toda la noche. Y un juego al que Paula no solía perder. A estas alturas cualquier excusa le valía para llevar la situación un poco más lejos. Se desabrochó el pantalón y se lo quitó. Unas braguitas azul celeste de encaje casi transparentes, hicieron su aparición. Dejaban entrever el pequeño triangulito de vello perfectamente recortado que Paula llevaba en su monte de venus, y una manchade humedad ya evidente en la parte de su coño.

—¿Mejor? —preguntó Paula.

—Mucho mejor —respondió su amiga.

En la siguiente ronda gané yo y perdió Paula. Bebió un buen tragode su vaso. Le dije:

—A ver, ¿cómo me puedo vengar de la de «mándale meterse los hielos por los pantalones» y de su compinche. Bueno, los he traído para algo, ¿no? Te reto a que te metas dos hielos en el sujetador, uno junto a cada pezón, y frotes tu pecho con el de Lucas hasta que se le pongan los pezones tan duros como a esta —Y señalé los pezones de Sandra.

Paula sabía que no había sido, ni mucho menos, todo lo malo que se merecía que fuese, pero le pareció divertido jugar con Lucas. Cogió un hielo, se lo metió primero en la boca, mirándome con cara de zorra, se separó el escote de la camiseta y lo escupió ahí, colocando el sujetador encima. Repitió la operación con la otra teta y se dirigió a donde estaba Lucas sentado. Se sentó a horcajadas sobre él. Vi que Sandra no se perdía detalle. Cuando oía Paula gemir, supe que su coño estaba en contacto con el pollón

de Lucas. Que disfrute, pensé, pienso cobrármelas todas juntas. Empezó a mover su pecho sobre el pecho de Lucas. No pasó más de un minuto.

Cuando se levantó, Lucas tenía dos grandes manchas de agua en su camiseta, a la altura de sus pezones, que se marcaban ligeramente, y una mancha oscura en su calzoncillo gris, justo en la punta de su polla, que se desinflaba por segundos. Se había corrido.

—Joder —dijo Sandra al darse cuenta—, es que no tienes remedio...

—No te preocupes, Lucas —dijo Paula— yo me siento halagada.

—Ya, me gustaría oírte si te lo hiciera cada día, dejándote amedias.

Lucas se puso rojo, otra vez, y se fue a levantar para irse.

—Ni te muevas —le dijo su novia—. Hasta que alguno se quede desnudo seguimos jugando todos. Es tu regla. Además, a esto

podías haberte negado, que tú no habías perdido, pero parece que cuando interviene Paula sí te gusta el juego.

Era verdad. Un punto de celos emergió en mi interior. Nada preocupante, yo no podía quejarme... Paula se dirigió a mí antes de sentarse en su sitio. Se sentó sobre mí como había estado antes sobre Lucas, y se sacó las tetas ante mi cara. Lo que quedaba de los hielos se cayó al suelo, y yo me lancé a comerle los pezones. Entonces me dijo al oído:

—Gracias por hacer que me frote contra esa polla, no sé cómo lo voy a hacer aún, pero no pienso parar hasta que nos follemos juntos a Sandra estas vacaciones —Se me puso más dura si cabe.

— ¡Eh, eh! —nos llamó la atención Sandra— Eso no vale, respetad las reglas del juego. ¡A tu sitio!

Paula se volvió a guardar las tetas y fue a sentarse.

— ¡Envidiosa! —le dijo antes de irse.

Repartió Paula una nueva ronda. Ganó Sandra y perdió Lucas. Yo iba rellenando los vasos a medida que se vaciaban. Sandra miró a

su novio y sonrió con malicia. Creo que, por un lado, el alcohol sele había subido ya bastante a la cabeza; y por otro, Sandra ya estaba desatada. No solo había perdido la vergüenza, sino que le daba igual la vergüenza que pasara su novio.

—A ver si te niegas ahora como cada vez que te lo pido, mariquita

— le soltó a su novio sin compasión ninguna— ¡Retuérceme los pezones! Y muérdemelos, ¡joder! Hasta que me los arranques.

Cada vez tenía más claro que Sandra tenía una sumisa encerrada dentro, y su novio no solo no sabía complacerla, sino que la había obligado a ejercer a ella de dominante.

Lucas, si hubiese tenido sangre en las venas, se habría enfadado con su novia. Pero ni por esas. Si yo hubiese estado en su piel, le habría arrancado los pezones de un mordisco y le habría metido lapolla en la boca para enseñarle que a mí no se me habla así. Lucas, todo lo que hizo fue decir que prefería pagar prenda, y se quitó lacamiseta.

Él no estaba enfadado, pero sí harto del juego. Puede ser que en realidad no quisiese retorcer los pezones de su novia, pero yo vi venir su jugada. No pagó prenda para librarse del reto o no solo por eso, sino para acabar desnudo cuanto antes y dejar de jugar. Y ya solo le quedaban los calzoncillos. Lo tuve claro: la próxima ronda que perdiera Lucas, se acabó lo que se daba.

—Cobarde —Fue lo único que le dijo Sandra.

Lucas no dijo nada y repartió la siguiente mano. Todos menos yo volvieron sus cartas. Paula, un caballo, Lucas un cuatro, y Sandra un tres. De momento, Sandra perdía. Era mi oportunidad. No tendría muchas más y quería tener a Sandra a mi merced para descubrir de una vez por todas qué clase de mujer teníamos ante nosotros. Necesitaba un rey. Volví mi carta. Era un caballo. Era el caballo de oros. Más alto que el caballo de espadas de Paula. Había ganado. Sandra bebió. Yo decidí ir de cara.

—Quiero que me confieses algo. ¿A qué tengo que retarte para que pases y elijas confesión?

—Mándale meterse esto por el culo —dijo Paula cogiendo el consolador que trajo, que aún andaba por allí— A mí me funcionó.

—No —le dije—. Cuando yo le mande meterse algo por el culo no voy a permitir un no por respuesta.

Había echado mi órdago. Vi cómo Sandra frotaba sus muslos, uno contra el otro, nerviosa. Eso le había gustado. Buena señal.

—Venga, pregunta lo que quieras —me dijo.

—¿Hasta qué punto eres una sumisa reprimida?

No sabía si Lucas iba a levantarse y darme una hostia (poco probable) o largarse de allí. Del patio, de nuestra casa y del país. Pero no hizo nada. Se quedó allí callado. Qué sorpresa.

—A ver —dijo Sandra— no sé si es sumisa la palabra. Me pone mucho pensar en que venga alguien y me dé mucha caña. Que me someta. Que me haga hacer lo que él, o ella —miró fugazmente a Paula— quiera y sea un poco brusco. Estar en sus manos. No sé hasta qué punto, a lo mejor luego lo pruebo y al primer azote meecho atrás.

—¿Cómo al primer azote? —preguntó Paula— ¿Ni un buen azotete ha dado nunca?

— ¿Este? —dijo señalando a Lucas— ¡Qué va! Y mira que le provoco, pero no hay manera, chica. Creo que él sí es un sumiso de manual.

Nada. Ni una palabra. Lucas seguía mirando al suelo. Sandra cogió las cartas y repartió. Volvió a perder ella. Esta vez ganó Paula.

—Bueno, tú tranquila, ya solucionaremos tu problema —le dijo con una sonrisa— Pero ahora... yo he hecho que tu novio se corra. Te reto a que le devuelvas el favor al mío.

—¿Cómo lo hago?

—Como tú quieras. Sandra

se levantó.

— ¡Eh! ¡Espera! —Lucas reaccionó—. No puedes hacerlo aún tienes las bermudas, y no le toca pagar prenda...

—Tiene razón —dijo Paula— tienes que hacerlo sin quitarle las bermudas. Como hice yo con Lucas.

Sandra vino y se sentó sobre mí, de frente. Con sus tetas al aire y su pareo atado a la cintura. Al abrir las piernas para ponerse sobre mí se abrió lo suficiente para ver, por fin, su coño. Completamente depilado. Brillante, por la humedad que de él manaba. Yo no podía estar más empalmado. Desde aquel momento, la palabra contención adquirió un nuevo nivel en mi vocabulario, al no saltar inmediatamente a comerme ese coño. Sus labios se abrían ligeramente al paso de mi polla. Los jugos de su interior empapaban la tela que me cubría, y luego lo arrastraba hasta sentir toda mi dureza contra su clítoris. Solo dejaba de mirar cómo lo frotaba con mi polla para mirar sus tetas, y solo dejaba de mirar sus tetas para mirar a Paula, que no se perdía detalle, disfrutando del espectáculo con su coño, estaba seguro, tan encharcado como el de Sandra.

Cuando pensaba que las cosas no podían ir mejor para mí, Sandra se dio la vuelta y puso su culo sobre mi polla. Su culo. EL culo. Se levantó el pareo y lo vi en todo su esplendor. Redondo, terso, perfecto. Mi polla, encerrada en un bañador que jamás llegué a pensar que pudiese estorbar tanto, se acomodaba como podía entre sus dos majestuosos glúteos, que se separaban ligeramente a su paso, dejándome ver en ocasiones, el perfecto y rosado agujero virgen (estaba seguro) que completaba el mejor culo al que haya tenido acceso.

—Ya estás completamente desnuda —dijo Lucas—. El juego se ha acabado.

—Ni hablar —respondió su novia entre jadeos que martilleaban mi cabeza—. Tengo el pareo puesto —dijo mientras se lo enrollaba en la cintura.

Aquello era el paraíso. Pero si bien yo no tenía el pollón de Lucas, mi aguante sí era bastante envidiable. Sobre todo si se me

estimulaba con un simple refregón. El mejor de mi vida, quizá, pero un refregón al fin y al cabo.

—Esto puede ir para largo —le dije a Sandra.

—No tengas prisa —dijo cogiendo las cartas y empezó a repartir la siguiente ronda, sin dejar de frotar su culo contra mi polla.

Que no pierda Lucas, es lo único que pensaba o se acabaría el juego y me quedaría con las ganas. Y tanto lo deseé, que Lucas sacó la carta más alta, y yo la más baja. A ver por dónde salía.

—Deja de hacerle lo que le estás haciendo a mi novia y házselo a la tuya.

Bien jugado, Lucas, pensé.

—Ni hablar —dijo Paula— como tercera persona me niego a intervenir. Quiero seguir viendo el espectáculo. —Metiendo su mano dentro de las bragas empezó a hacerse un dedo.

— ¡No te niegues! —dijo Sandra y soltó la bomba: qué pague prenda.

Si Paula no se negaba yo tenía que cumplir el reto de Lucas o pagarprenda, y podría quitarme el bañador que tanto me molestaba en esos momentos. Miré a Paula, como preguntándole qué le parecíaa ella.

—Venga —me dijo— enséñasela. No es tan grande como la de Lucas, pero es ella la que va a saber hoy lo que es una polla de verdad.

Lo dijo haciendo referencia al ataque que Sandra lanzó contra mí minutos antes. Amé a Paula más que nunca. Sandra se levantó de encima de mí. Yo me quité las bermudas, bebí el trago que me correspondía como perdedor y volví a sentarme. Creo que Lucas iba a protestar, no sé muy bien con qué argumentos, pero cuando Paula cogió el consolador que había traído, apartó su braguita a un lado y se lo metió gimiendo como un animal en celo, Lucas enmudeció. Enmudeció, y se olvidó de su novia y de mí. Se quedó babeando viendo cómo mi novia se masturbaba. Sandra miró mi polla. Por fin la veía. Llevaba toda la noche imaginándola. Quiero

creer que pensó que no estaba mal, pero claro, estando acostumbrada a lo que estaba acostumbrada... En fin, yo ya había hecho valer mis puntos fuertes: mi aguante y mi perversidad. Aunque de esto último, aún le quedaba mucho por ver. Se puso de rodillas a mi lado, de frente a Paula, y empezó a pajearme mirando cómo su amiga se metía el consolador en el coño. Aún le costó un rato hacer que me corriese, pero la situación me sobrepasaba, y cuando Paula empezó a aullar y a correrse soltando fluidos por su coño, yo me vine como hacía mucho que no lo hacía. Disparé mi leña contra las tetas de Sandra y en su barbilla, cayendo los últimos chorros sobre mi pecho y mi vientre.

Sandra no dejaba de mirar a Paula. Se levantó, cogió su vaso y se acercó a ella. Sacó el consolador del coño de su amiga, rebosante de fluidos, y lo usó para remover el tinto de verano de su propio vaso. Luego recogió con su dedo el semen que tenía en la barbilla, y metió su dedo en el vaso de mi novia, removiendo también su bebida. Ambas bebieron mirándose a los ojos. Sandra me sorprendía, pero en el fondo era normal, era la única que aún no

se había corrido, y por tanto la que más cachonda estaba en esos momentos. Luego miró a Lucas, a su paquete. Se le había vuelto a poner dura. Otra vez el elástico de su calzoncillo desafiaba las leyes de la física.

—Has conseguido lo que nunca antes había conseguido yo —le dijo Sandra a Paula— Has hecho que se le ponga dura dos veces en una sola noche— Y luego miró a su novio. —Eres un cerdo. No me molesta que Paula te ponga cachondo. A mí también me pone. No sabes lo que disfrutaría de que nos ponga a los dos, pero eres incapaz de ponerte cachondo conmigo. Nunca jamás he conseguido que te empalmes después de correrte. Y mira que lo he intentado. Ni siquiera vales para ser la clase de cerdo que me gustaría que fueses.

Fueron palabras muy duras, pero yo entendía a Sandra. Soy un perverso. Me encanta el morbo y hay muy pocas tías, estén buenas o no, que con la predisposición adecuada no me pongan caliente. Pero ninguna en el mundo, ni todas las demás mujeres juntas, me ponen tanto como Paula. Por eso acabamos juntos. Me

pone, me entiende como nadie, es mi mejor amiga y siempre estamos en sintonía. Y por eso me pone tanto. Me pone porque la quiero y no al revés. No lo sé explicar de otra forma.

Sandra volvió a su sitio y yo no sé de dónde saqué las fuerzas, pero volví a repartir. El momento que no quería que llegase, llegó. Lucas sacó la carta más baja. Paula la más alta. Esperaba que el reto de Paula fuese lo suficientemente estimulante para Lucas como para continuar con el juego. Habría aceptado de buen grado que incluso le mandase hacerle algo a ella. Al fin y al cabo, se lo habíaganado. Pero creo que Paula no vio venir las intenciones de Lucas.

—Bueno, Lucas —empezó diciendo— yo he hecho que te corras, y he hecho que tu novia haga correrse a mi novio. Parece que soy la repartidora oficial de placer en esta casa. Y ya solo falta Sandra por correrse. Te reto a que le comas el coño hasta que se arrepienta de lo que te acaba de decir.

No entendía a Lucas. Parecía que las palabras de Sandra le habían resbalado por completo. A saber qué estaría acostumbrado a

soportar. Con la cabeza agachada, alternaba miradas a su novia desumisión, y miradas furtivas a la mía. A sus braguitas transparentes y a su escote de infarto que mantenían su polla en constante erección. Pero entonces, fiel a su plan, dijo que ya estaba bien, que todo se había descontrolado y había llegado demasiado lejos. En cierto modo tenía razón.

—Pago prenda —dijo.

Y se levantó y se quitó el calzoncillo. Era enorme. Paula por fin la vio en todo su esplendor, cosa que sabía que llevaba deseando desde que se empalmó en el río. No pudo reprimirse y se llevó la mano a su coño.

—Uf... lo que haría yo con eso...

Lucas volvió a ponerse rojo y por un segundo pensé que regularíay seguiríamos con el juego, para conseguir algo con Paula. Pero sedio la vuelta y se fue hacia la casa. En la puerta se paró, se giró y se dirigió a su novia.

—¿Vienes?

Sandra iba a seguirle, resignada. Pero Paula se interpuso en su camino. Y echó el resto. O se largaban para siempre y no volvíamos a verlos, o aquello se iba a poner muy, pero que muy interesante. Le agarró un pezón, manchado aún con mi semen y lo pellizcó bastante fuerte. Sandra hizo un gesto entre el dolor y la excitación. Luego Paula metió sus dedos en la boca de su amiga y le preguntó:

— ¿Quieres que haga tus fantasías realidad, zorrita? —le dijo mi novia a su amiga.

Sandra solo atinó a asentir con la cabeza, sin atreverse a decir nada. Tenía los dedos de Paula en la boca y no llevaba más ropa que un pareo enrollado en su cintura.

—Pues te prohíbo que te corras esta noche. Sé que llevas toda la tarde deseándolo, y que la última vez que lo hiciste fue en el río mirándome a los ojos. De momento, no quiero que vuelvas a correrte si no es mirándome—. Miró a Lucas, que estaba junto a la puerta, de pie, desnudo, expectante, con su polla tiesa— Si tu perro se quiere pajar, que se pajee, pero no te pongas celosa

porque le ponga cachondo la dueña de su dueña, no tienes permiso para eso.

Sandra volvió a asentir. Paula se quitó la camiseta. Se sobó las tetas por encima del sujetador. Pasó los dedos por su coño. Primero por encima de las bragas, luego metió la mano por dentro. Y se las bajó. Lucas por fin veía el coño de mi novia sin impedimentos. Luego se llevó las manos a la espalda y se quitó el sujetador. En el momento en el que Paula acarició sus pezones, la polla de Lucas empezó a escupir semen. Sin siquiera tocarse. Yo solo era un espectador más, pero la escena me estaba poniendo a mil.

—Perro malo —dijo Paula—. Y volviéndose a su amiga —Tú no vasa ser mala, ¿a qué no? — Sandra negaba con la cabeza— Tú vas a ser una putita buena. Y prepárate, porque vas a tener que oír cómo Andrés y yo follamos hasta quedarnos sin fuerzas, y tú sin poder correrte...— Paula pasó un dedo por el coño de Sandra, empapado, y se lo llevó a la boca. —Obedéceme y mañana serás mía. Haré que tengas tantos orgasmos que creerás que ninguno de los que has tenido hasta ahora habían sido de verdad. Ahora

vas a castigar a tu perro, por mancharme el suelo, y cada uno a su cama que necesito que me follen bien follada.

Paula y yo les seguimos. Nos metimos en nuestra habitación. Estuvimos follando un buen rato. Yo no le dije nada sobre lo que había pasado. Pero se notaba que Paula estaba muy cachonda. No solo por todo lo que había conseguido con Sandra, su fantasía más recurrente, con la que nunca pensó que conseguiría nada, sino porque descubrió lo que le excitaba dominar a otras personas. Y porque mañana le esperaba más. Mucho más. Gimió más que nunca. Esperando que Sandra lo escuchase todo.

— ¡Joder, cómo me corro! —gritó— Me encanta saber que soy la única puta de esta casa que se está corriendo.

Fue lo último que dijo, lo suficientemente alto como para que Sandra lo oyera, antes de caer rendida y dormirse junto a mí.

A la mañana siguiente me desperté, y me metí en la ducha. Me puse un calzoncillo y un pantalón corto de algodón. Ropa de estar en casa. Y una camisa vieja sin abotonar. Dejé a Paula durmiendo

y bajé a desayunar. Vi a Sandra en el patio, desde la cocina. No sabía cómo habría amanecido después de lo de ayer. Puede que siguiese con ganas de jugar. Puede que pasados los efectos del alcohol, todo lo de ayer le pareciese una locura. Puede que Lucasle hubiese dicho que no podían seguir así. En cualquier caso, quedarme solo con ella no me parecía la mejor idea para empezar el día. Además, si había hecho caso a Paula y no se había corrido, estaría cachonda perdida, y era Paula quien tenía que recoger esos frutos. Así que me hice un café y me subí a tomármelo arriba. A la azotea.

Encima de la primera planta de nuestra casa, había un solárium al que nunca le habíamos sacado mucho partido. El patio de abajo era un mejor recurso. Nos pillaba más a mano y siempre había zonas con sol y zonas con sombra. En la azotea siempre daba el sol. Así que solo la usábamos para tender la ropa. Teníamos allí instalados dos juegos de cuerdas de tender, con dos estructuras metálicas cada uno, que las sostenían. Salí con mi café y allí estaban tendidas las toallas y los bañadores del día anterior en el

río. Casi sin pensar, y por instinto, me acerqué a las braguitas del biquini de Sandra. No había duda, se había masturbado viéndonosfollar.

Me asomé al patio, apoyando mi café en la barandilla de ladrillo. Allí estaba Sandra. En su tumbona. Se notaba que se había duchado. Llevaba una minifalda verde, no de las ceñidas, sino convuelo, ligerita. Y una camiseta de tirantes ajustada. Sin sujetador. Hasta desde ahí arriba podía verle los pezones. Sí, estaba cachonda. Definitivamente, había hecho caso a Paula. Me fijé en que había recogido el estropicio de ayer. Toda la ropa que fuimosdejando por el suelo estaba encima de una silla. Al rato salió Paula. También recién duchada, con un vestido de verano de estar por casa.

—Buenos días —dijo Sandra.

—Buenos días. ¿Has desayunado?

—No.

—¿Has visto a Andrés?

—Me pareció verlo antes en la cocina, pero no estoy segura.

Paula vio la ropa en la silla. La cogió y la llevó toda dentro. A la lavadora, supuse. Sandra la siguió. Volvieron a salir las dos, con café, leche y tostadas. Se pusieron a desayunar.

—Vaya locura ayer, ¿no? —preguntó Paula tanteando el terreno.

—¿Lo fue? —le contestó Sandra.

—Si tú quieres seguir adelante, yo lo estoy deseando, pero no quiero que sea una decisión tomada por culpa de una borrachera.

—La borrachera ya se me había pasado cuando me metí en la cama. La calentura no — reconoció Sandra.

—¿Cumpliste mis órdenes?

—A rajatabla. No me he corrido, pero llevo chorreando desde ayer. Me he duchado no hace ni una hora y ya tengo el tanga empapado.

—¿Y qué quieres? ¿Correrte?

—Ser tuya. Si quieres que me corra, me corro. Si quieres tenerme así todo el día... puede que me deshidrate, pero así seguiré.

—Bien, eso me gusta. Buena putita —sonrió y le guiñó un ojo— De momento aguanta, te prometo que vas a disfrutar mucho.

Y siguieron desayunando como si nada. Como dos amigas, charlando, riendo... Observar esa conversación me puso muchísimo. En un momento dado, Paula miró hacia arriba y me vio. La saludé con mi café. Me sonrió, pero no dijo nada. Un rato después salió Lucas. Saludó y se puso a desayunar con ellas. Sin decir esta boca es mía. En su línea. Él también actuaba como si nada hubiera pasado. Había visto a mi novia desnuda, creo que con eso le valía. Ahora solo quería seguir con sus vacaciones, con su recatada novia, en casa de una amiga de esta y su novio. Sin más juegos de beber. Sin más retos. Sin más pagar prendas ni confesiones. Pobre, no sabía lo que le esperaba. Desconocía que estaba en la casa de dos pervertidos sin remedio, y que era justo ahí, y no en otro sitio, donde más quería su novia estar.

—Lucas —dijo de repente Paula— ¿te gustó verme desnuda ayer?El pobre casi se atraganta.

—¿Qué? No, yo... a mí no...

—Lucas, no me mientas —Paula empezó a acariciarle la pierna. Lucas se empalmó de inmediato —A mí me encantó ver eso que tienes entre las piernas.

Paula estaba jugando con Lucas, pero eso no significa que estuviese mintiendo. Y también estaba jugando conmigo, pues sabía que yo estaba arriba viéndolo todo y escuchando. Lucas seguía balbuceando.

—Sandra —dijo Paula—, dile a tu novio que a mí no se me miente.

—Lucas, como se te ocurra mentirle a Paula te vas a arrepentir toda tu vida. Te ha hecho una pregunta. Respóndela.

—Sí. Me gustó verte desnuda, Paula —acertó a decir.

—Mmm, ya lo sabía. A mí me volvió loca ver a tu serpiente escupiendo leche sin parar, sin tocarte siquiera —Y Paula le agarró la polla a Lucas por encima del pantalón— Ya verás cuando me lameta en la boca.

Y sí, efectivamente, Lucas se volvió a correr.

—Madre mía, qué facilidad. Ha sido más rápido que ayer —dijo Paula.

—Bienvenida a mi mundo —Se resignó Sandra.

—Pero hoy vas a ser un perrito bueno, ¿a qué sí, Lucas? —Paula se levantó, se puso al lado de Lucas y apoyó su cara, roja como un tomate para variar, entre sus tetas— ¿A que hoy vas a hacer todolo que te diga sin rechistar?

Lucas estaba en la gloria, estoy seguro de que jamás soñó tener la cara entre unas tetas como esas, pero no decía nada. No sabía qué tenía que decir. Y miró a Sandra una vez más, como preguntando.

—Joder, Lucas, pareces tonto —le dijo Sandra— cuando te pregunte Paula le respondes, y todo lo que ella diga va a misa, ¿lo has entendido?

—Sí, Paula, voy a hacer todo lo que me digas —Fue su respuesta.

—Así me gusta —dijo Paula separándose de él— Pues ahora, desnúdate.

Lucas la miró un segundo. Pero no se atrevió a desobedecer. Se descalzó, sentado como estaba. Luego se quitó la camiseta. Volvió a mirar a Paula, luego a Sandra, que seguían expectantes, y viendo que ninguna se echaba atrás, se levantó y se quitó los pantalones y los calzoncillos manchados con su semen. Tenía la polla en reposo, después de correrse, pero aun así se apreciaba de un grantamaño. Yo no sabía qué se proponía Paula a esas alturas. Pero se metió hacia dentro con un autoritario «seguidme» dirigido a sus dos nuevos juguetes.

¿Y yo qué hago?, pensé. ¿Bajo? ¿La dejo a su aire? No me hacía mucha gracia dejar a mi novia follándose a un tío y a una tía conmigo al margen... Una cosa era jugar los dos juntos con otras personas, algo que, al margen de lo de ayer, nunca habíamos hecho desde que formalizamos nuestra relación, y otra cosa era que yo no participase, quedándome ahí arriba, con toda la

diversión abajo y solo un par de cuernos por encima. En esas estaba, cuando la puerta de la terraza se abrió, entrando Paula, Sandra y, completamente desnudo, Lucas. Paula cogió un trozo de cuerda de tender la ropa que había por ahí, y llevó a Lucas a una de las estructuras metálicas que sostenían las cuerdas de tender, de unos dos metros de altura. Le hizo subir los brazos y le ató las muñecas a la parte de arriba. Luego cogió otra cuerda y vino hacíamí.

—Desnúdate —me dijo.

—¿Quién crees que soy, otro perro? —dije mirando a Lucas.

—Sé que no lo hemos hablado —me dijo Paula— y si no quieres lo dejamos aquí, pero es Sandra... La de veces que hemos fantaseado con ella...—Sandra nos miró perpleja— Nunca vamos a tener una oportunidad como esta para hacerla nuestra.

—¿Nuestra? Si quieres atarme será tuya.

—Deja que mande yo hoy. Y mañana haremos nosotras todo lo que tú quieras.

Miré a Sandra. Ella me miraba. Creí intuir un deseo irrefrenable en sus ojos. Arrogancia que tiene uno, puede ser.

— ¿Y eso les parece bien a tu puta y a su perro? —le pregunté a Paula sin dejar de mirar a Sandra.

Paula miró a Sandra. No decía nada, pero los pezones los tenía a reventar, era evidente que su nivel de excitación había superado cualquier límite.

—Mi puta y su perro no tienen nada que decir —dijo Paula— Harán lo que les ordene. ¿Verdad que sí, zorrita?

Sandra asintió. Por primera vez me pareció que se ponía roja. A Lucas ni siquiera le preguntó. Miraba hacia el suelo sin decir nada. Después de todo lo que había visto, tampoco me cabía duda de que él, en el fondo, disfrutaba representando su papel. Estaba descubriendo el Lucas que siempre había querido ser.

Cogí a Paula de la nuca y la besé, metiendo mi lengua hasta sus amígdalas. La agarré de una teta sobre su vestido. Observé que, al igual que Sandra, había decidido no usar sujetador. La apreté

fuerte, como un último gesto de poder antes de someterme a ella... de momento.

—Quiero veinticuatro horas. Desde las doce de esta noche hasta las doce de mañana por la noche seréis mías.

—Hecho —dijo Paula.

Empecé a desnudarme. Me quité la camisa y los pantalones. Y antes de que me quitara los calzoncillos, Paula me ató a la otra estructura igual a la de Lucas, separadas las dos por un par de metros.

—Tú no vas a estar atada, putita —le dijo a Sandra—, pero no hará falta, porque si quieres que permita que te corras, vas a hacer todo lo que yo te diga, ¿a qué sí?

Sandra asentía. No se atrevía ni a hablar.

—Pues quítale los calzoncillos a Andrés... sin usar las manos, solo con tu boca. Y tú —dijo dirigiéndose a Lucas— espero que el espectáculo te ponga cachondo, porque quiero esa polla completamente empalmada para mí.

Desde que Paula había tomado el control sobre Sandra, había empezado a ver en esta signos de timidez. Me pareció que incluso se ruborizaba cuando, antes de agacharse a cumplir la orden de Paula, me miró a los ojos fugazmente. Yo le sonreí, como diciendo, lo que te espera mañana, y ella rápidamente se puso en cuclillas. Empezó a mordisquear el elástico de mis bóxer e intentar bajarlo. Luchaba inútilmente con su boca intentando bajar mis calzoncillos. Paula la agarró de la nuca, le apretó su cara contra mi paquete y le dijo:

—Tranquila, zorrita, tú usa la lengua que yo te ayudo.

Y Sandra empezó a lamer mi falo por encima del calzoncillo, mientras Paula se agachó junto a ella y bajó mis calzoncillos. Mi polla saltó como un resorte golpeando en la cara de Sandra. Su primera reacción fue de sorpresa, pero luego sonrió y la miró, expectante. Luego miró a Paula, como pidiéndole permiso. Durante el juego del día anterior, Sandra había llegado a masturbarme, pero era algo que Paula le había retado a hacer, y

en esos momentos no sabía si tenía el permiso de su... ¿dueña? para chuparle la polla a su novio.

— ¿Hace cuánto que no te comes una polla durante más de tres minutos sin que se te corran en la boca? —le preguntó Paula.

—Uf —contestó Sandra mirando a Lucas—. Al principio se la chupaba a veces, pero entre lo rápido que acababa y que despuésde eso era incapaz de follarme, dejé de hacerlo hace años.

—Pues habrás perdido práctica, será mejor que te enseñe —Y Paula apartó a su amiga y empezó a comerme la polla como solo ella saber hacer.

Sandra miraba con ansia. Lo había tenido tan cerca... Y ahora veía solo unos centímetros de distancia cómo su amiga me hacía unamamada a un ritmo frenético.

—Primero —dijo Paula sacando mi polla de su boca— tienes que acostumbrarte a su sabor. Abre la boca.

Sandra la abrió, esperando que Paula la guiara hasta mi polla, pero lo que hizo fue escupirle en la boca la saliva que había generado con la mamada.

—Traga —le ordenó.

Sandra tragó sin rechistar. Estaba seguro de que era la primera vez que hacía algo así, pero cuando después de eso sonrió, y se relamió, supe que Paula iba a hacer de Sandra una puta a su altura. Mi novia volvió a su mamada, otra vez a un ritmo brutal, con la idea de generar más babas. Lo único que quería era emputecer a Sandra. Yo, allí atado, no era más que un instrumento para ese fin. Ninguna de las dos se estaba preocupando por darme placer en ese momento, aunque me lo estaban dando. Y de qué manera. En esta ocasión Paula, cuando soltó mi polla, le dio un morreo a Sandra. Sus labios se frotaban, sus lenguas pugnaban por ocupar el espacio en la boca de la otra. Sus salivas, con esencia de mi polla, fluían de una boca a la otra, acompañadas por gemidos que nacían

en la garganta de una para morir en la de la otra. Y mis manos atadas... Iban a acabar conmigo.

— ¿Te gusta cómo sabe? —Sandra asintió— Bien, pues ahora tienes que adaptar tu boca a su tamaño— Paula miró la polla de Lucas— Bueno, creo que ese capítulo podemos saltárnoslo... No te pases, pensé, que mañana vas a ser mía, zorra.

—Lo que sí vas a tener que hacer —añadió Paula—, es acostumbrarte a estar durante un buen rato con la mandíbula abierta. Pero para eso...—Paula cogió la cabeza de Sandra, que abrió la boca ansiosa y la llevó hasta mi polla— no hay nada mejor que practicar.

Paula empujó la cabeza de Sandra hasta que tuvo la mitad de mi polla en la boca, pero, entonces empezó a toser. Paula la dejó recular, quedándose solo con mi capullo en la boca.

—Eres una ansiosa —dijo Paula, que sabía perfectamente que había sido ella quien había obligado a Sandra a meterse mi polla hasta ahí— Tienes que ir con calma. Primero chupa el capullo—

Sandra ya se había acostumbrado a tener mi polla en la boca y había dejado de toser. Ahora sí parecía que disfrutase—Absórbelo. Saboréalo. Y usa la lengua. Sobre todo, eso, no dejes de mover la lengua. Pásala por el frenillo, por el agujerito, alrededor de todo el capullo. Y cuando hayas sentido toda su dureza en tu lengua, empieza a bajar por el tronco. Así, muy bien —decía Paula mientras Sandra iba haciendo todo lo que le ordenaba— Más dentro, todo lo que puedas.

Sin los empujones bruscos de Paula, Sandra se metió casi toda mi polla en la boca. Dos grandes lágrimas caían por sus mejillas fruto del esfuerzo, pero ahora nadie estaba forzándola, Sandra lo hacía por pura devoción hacia Paula.

—Aguanta ahí un segundo...—dijo Paula— y sácala.

Sandra sacó mi polla de su boca y lo primero que hizo fue coger una bocanada de aire, que llenó sus pulmones, y soltarlo en una especie de gemido, que hizo que se me pusiera más dura, si es que eso era posible.

— ¡Muy bien, zorrita! —le dijo Paula—. Y ahora otra vez desde el principio.

Y Sandra volvió a empezar con mi capullo. Paula la dejó con su trabajo, se levantó y se dirigió a Lucas. Este no había sido aún capaz de empalmarse desde que se corrió abajo, en el patio.

— ¿Qué pasa, Lucas? ¿No te pone ver cómo tu novia se come una polla?

Lucas miraba al suelo. Creo que no se había atrevido a mirar hacia donde estaba yo. Aunque tampoco le presté mucha atención.

—Lucas —insistió Paula—, ¿recuerdas lo que hay que hacer cada vez que yo hago una pregunta?

—No... no me p... me pone —No le salían las palabras.

— ¿No? Pues es una pena... porque te vas a hartar de verlo — Paula empezó a contonearse delante de él, a acariciar sus caderas y a subir ligeramente su vestido— ¿Y esto? ¿Esto te pone?

Lucas volvió callar, pero no dejaba de mirar el cuerpo de mi novia, especialmente sus piernas, que iban apareciendo por completo bajo su vestido, junto con un tanguita negro que dejaba muy poca la imaginación. Lucas no respondía porque, por lo que parecía, le costaba sangre, sudor y lágrimas soltar cada puta palabra por suboca, pero también, porque no sabía hasta qué punto le iba a molestar a Sandra que él reconociese lo que ya era evidente para todos: le volvía loco mi novia. No te pases, Lucas, pensaba yo, queni con el doble de polla serías hombre para ella.

Paula recogió el vestido en su cintura, y se quitó el tanga delante de Lucas. Ya dio igual que Lucas no respondiera, incomprensiblemente para Sandra, por segunda vez aquella mañana, su novio volvió a empalmarse. Paula volvió a dejar caer su vestido, tapando así su coño. Cogió el tanga del suelo y se acercó a Lucas.

—Muy bien, perrito —dijo Paula agarrando a Lucas de la mandíbula y abriéndole la boca— si no quieres responder, no

respondas— Y le metió su tanga en la boca— ¿Ves? Ahora no quiero que lo hagas, no quiero que hables. No quiero ni que abrasla boca. Como vea aparecer un solo hilo de mi tanga entre tus labios, puede que no te desate nunca de donde estás.

Sandra seguía a lo suyo. Vamos, a lo mío. A comerse mi polla, concretamente. Pero cuando se dio cuenta de que su novio se había vuelta a empalmar viendo a Paula, noté que se puso furiosa. No con Paula, claro, sino con el pánfilo de su novio. Gracias a ello, su mamada se volvió más intensa. Como si quisiese hacérselo pagar, demostrándole lo mucho que le gustaba comérmela. No estaba siendo la mejor mamada de mi vida; al fin y al cabo, Sandra llevaba años sin hacerlo, pero estaba poniendo mucho esmero y eso se notaba. Si seguía así, no iba a tardar mucho en correrme. Entonces Paula se acercó y tiró de ella, levantándola.

— ¡No! No la hagas parar ahora...— me salió del alma—. Paula me miró divertida. Si no hubiera sido porque entre Sandra y ella llevaban un buen rato jugando con mi polla, habría pensado que se había olvidado de que estaba allí.

—¿Cómo está tu tanguita, Sandra?

—Uf, empapado.

—Bien, dámelo.

Sandra se levantó la falda. Tenía un tanguita rojo, de algodón, no tan provocativo como el negro de Paula, que ahora estaba en la boca de Lucas, pero la mancha de humedad que lo adornaba le daba un toque de erotismo bastante potente. Se lo quitó, enseñándome su depilado coño durante el tiempo que tardó su falda en volver a caer y se lo dio a Paula.

—Abre la boca —me dijo.

Yo la miré con la boca cerrada. Le sonreí. Le aguanté la mirada. Ella pasó el tanga de Sandra a escasos centímetros de mi cara, como provocándome con ese intenso olor a hembra. Aún la desafié unos segundos más sin abrir la boca. Pero hoy me tocaba ceder a mí. Ella mandaba. Abrí la boca y me metió el tanga, concretamente la parte que había estado en contacto con el coño de Sandra. Cerré

la boca quedando medio tanga fuera. Mañana, pensaba yo,
«mañana va a ser un día apoteósico.

— ¿Te ha gustado comerte la polla de mi novio, putita? —Paula volvió a dirigirse a Sandra y volvió a olvidarse de mí. De momento.

—Sííí —dijo Sandra un poco avergonzada.

— ¿Estás cachonda?

—Desde que terminamos de cenar ayer he vivido las horas más calientes de toda mi vida sin poder correrme. Estoy más cachondade lo que he estado en toda mi vida.

Paula llevó la mano bajo su falda y empezó a acariciarle el coño.

— ¿Cuánto crees que tardarías en correrte si te metieras la pollade Andrés ahora mismo en el coño?

Mi polla pegó un brinco. Por fin iba a follarme a Sandra. Paula ibaa entregarme a Sandra para que me la follara.

—Uf —respondió Sandra— yo creo que ni un minuto.

—Bien —dijo Paula— con eso bastará —Y le soltó la falda que cayó al suelo. Ahí estaba otra vez el culo de Sandra.

Paula puso a Sandra frente a mí. Le acarició las tetas por encima de la camiseta. Las dos me miraban con deseo. Me fijé en su coño. Ya lo había visto ayer. Lo había frotado contra mi polla solo con un bañador entre ambos. Y ahora volvía a tenerlo ahí. A la vista, listo para follármelo. Paula la giró. La puso otra vez de espaldas a mí. La agarró del culo y le dio un azote.

—Inclínate —ordenó Paula—. Aquí viene, pensé. Voy a reventar el coño de esta zorra.

Sandra se inclinó hacia delante. Sin doblar las piernas. Volví a ver el agujerito de su culo. En otro momento, pensé. Y su coño reluciente y abierto por la excitación. Palpitante. Esperándome... Y entonces Paula tiró de ella, la llevó delante de Lucas, le agarró la polla y se la metió a Sandra en el coño. Todo su pollón. De una estocada. El encharcado coño de Sandra lo permitió. Se me cayó el alma a los pies. ¡Será puta! Primero me deja sin mamada, luego

me mete un tanga en la boca y ahora esto. Mañana, pensaba yo sin cesar, mañana se lo haré pagar.

Paula se colocó frente a Sandra, la agarró de los hombros y empezó a empujar el cuerpo de su amiga contra Lucas, que no daba crédito, marcando el ritmo de la follada.

— ¿Recuerdas lo que te dije ayer sobre lo que quería que hicieras cada vez que te corras? —le preguntó Paula.

—Mirarte a los ojos —contestó Sandra.

—Bien, pues no lo olvides.

Y Paula agarró los pezones de Sandra, por encima de su camiseta y los retorció con todas sus fuerzas. Sandra hizo ademán de cerrar los ojos, pero una descarga de excitación recorrió todo su cuerpo, desde sus doloridos pezones a su encharcado coño, y mirando a los ojos a Paula se corrió como no se había corrido nunca. Con la enorme polla de su novio aún empalmada que, ahora sí, tras poco más de un minuto follando, empezó a echar lefa en el coño de su novia. A Sandra le costó mantener los ojos abiertos durante el

largo orgasmo que la abordó, pero consiguió obedecer la orden de Paula. Pero el resto de su cuerpo no la respondía. Sus piernas le fallaron, cayendo al suelo de rodillas, y su boca medio abierta no podía ni contener su saliva, dejando que varios hilillos de saliva se descolgasen de sus labios. Paula se arrodilló junto a ella. Sandra la miraba agradecida. Y se besaron. No fue un beso tierno. Fue un beso húmedo. Lascivo. Paula le preguntó algo al oído, y Sandra asintió.

Paula se levantó, dejando a Sandra en el suelo, desnuda de cintura para abajo, con una camiseta ajustada que aún marcaba sospezones como puntas de flechas. Ella seguía llevando su vestido. Nada debajo, pues su tanga estaba en la boca de Lucas. Se acercó a este. Miró su polla, que se desinflaba por segundos. Era la segunda vez que se corría hoy y había durado poco menos de dos minutos. Qué desastre.

—Sandra me acaba de confirmar que es la primera vez en vuestra vida que se corre con tu polla dentro —Paula le agarró la polla flácida. Pasó un dedo por su capullo del que colgaba una gota de

semen. La recogió y le pasó el dedo por la punta de la nariz. Como cuando te manchas un dedo de nata y le tocas a alguien la nariz, en un gesto cariñoso. Solo que aquel gesto era sumamente humillante —Quiero que sepas que también ha sido la última vez. No pienso consentir que te vuelvas a follar a tu novia en esta casa, y dudo mucho que lo consigas cuando volváis a vuestra vida.

Luego Paula vino hacia mí. Me abrazó, pegando mi durísima polla contra su vientre. Luego me miró a los ojos, con una sonrisa sensualmente maliciosa.

—¿Estás enfadado? —me preguntó.

Yo no lo estaba. Me había calentado hasta llevarme al límite, me había hecho creer que me iba a follar a su amiga, y me había dejado con las ganas. Pero también había hecho a su amiga chupármela y ahora había en casa dos mujeres de bandera sumamente cachondas, y yo era el único capaz de darles polla durante más de unos minutos. A pesar de todo asentí. Los dos

sabíamos que estábamos jugando, y para continuar el juego yo tenía que estar enfadado.

—Mmm —dijo Paula— bien, así me gusta. Mañana cuando tengas la oportunidad de castigarme, recuerda que he sido una chica muy mala— Yo ya no podía estar más cachondo— Pero tranquilo, no te voy a dejar así, le he prometido a mi puta que se iba a correr un montón de veces, y parece que aquí la única polla que va a estar operativa hoy es la tuya— Volvió a mirar de reojo la polla flácida de Lucas— Y si consigo que esa se vuelva a empalmar, quiero probarla yo también.

¿Paula follando a otro? No sé cómo iba a llevar eso... Ya sé, no es muy justo, ella iba a dejar que me follase a Sandra, pero es que ella eso le ponía. Cuando éramos solteros y promiscuos, ella se liaba con tíos y con tías, y a veces conmigo y con otra tía. Le ponía mucho fantasear con follarnos a una tía los dos juntos, y varias veces hicimos esa fantasía realidad. Cuando yo le contaba mis polvos con otra, ella se imaginaba con los dos. Cuando ella me contaba sus polvos con otro, yo me imaginaba que era ese otro.

No fantaseábamos con hacer un trío con otro tío. Primero, porque ella sabía que a mí no me gustaban los tíos, y Paula lo respetaba; y segundo, porque ella también prefería que nos acompañase unatía antes que un tío.

Pero ahora todo eso había quedado atrás. Ahora éramos una pareja y ya no nos liábamos con nadie más. Y entonces miré a Sandra, en el suelo casi desnuda y pensé que habría que darle una vuelta a eso de «con nadie más». En cualquier caso, no estaba celoso de Lucas. Por Dios, cómo iba a estarlo, si no era más que un consolador estropeado, que se quedaba sin batería a los cinco minutos en el mejor de los casos. Pensé que lo mejor era ir viendo cómo se desarrollaban los acontecimientos. Después de todo, mañana tendría yo el poder, y ahora no había mucho que yo pudiese decir: tenía un tanga en la boca.

Paula pareció leerme la mente.

—No te preocupes, vas a desquitarte bien a base de follarte a esta putita —dijo mirando a Sandra—, pero ahora no. No quiero que

manches mi preciosa polla —dijo juntando más su vientre con el mío.

Luego se puso de cuclillas ante mi polla y empezó a comérmela. Llamó a Sandra y la hizo tumbarse en el suelo, boca arriba, con la cara justo debajo de mi polla, junto a mis pies. Paula se puso de rodillas, con una rodilla a cada lado del cuerpo de Sandra y siguió comiéndomela.

—Hazme un dedo, putita —le dijo a Sandra—. Yo también quiero correrme. Y mantén la boca abierta, hoy vas a tragar a base de bien.

Sandra metió las manos por debajo del vestido de Paula y empezó a masturbarla. Mi novia, mientras tanto, me hacía una mamada espectacular. A veces permitía que sus babas cayeran desde su boca, sabiendo que Sandra estaba debajo con la boca abierta. Así, poco a poco, no solo su boca, sino también su cara, su pelo y su pecho se iban llenando de las babas de Paula. A veces se sacaba mi polla de la boca, miraba para abajo y le escupía directamente

en su boca. Sandra tragaba sin parar, sin dejar de masturbar a su amiga. Se había vuelto una adicta a las perversiones de Paula. Yo estaba a tope. No iba a aguantar mucho más. Paula parecía que tampoco.

— ¡Joder! Qué dedo me está haciendo esta puta —me decía mirando para arriba— qué manitas tiene— Y volvía a chupar mi polla, pajeándola a la vez.

Y me corrí. Empecé a echar semen como un loco en la boca de Paula, que dejaba caer a su vez sobre la de su amiga. Escupió hasta la última gota en la boca de Sandra y le ordenó que se lo tragase. Esta lo hizo con deleite, relamiéndose y acelerando sus dedos en el coño de mi novia. Y cuando Paula volvió a meter mi polla en suboca para dejármela reluciente, se corrió. Fue un orgasmo intenso. Ahogó sus gritos con mi polla, que seguía en su boca, hasta que se dejó caer sobre Sandra, quien con la cara llena de semen y saliva, no podía ser más feliz por haber hecho disfrutar a su amiga.

—Ahora sí que te has ganado un buen polvo —le dijo Paula a Sandra— Ayúdame a desatar a estos dos, aquí ya pega demasiado el sol. Vamos a ducharnos y en cuanto Andrés se haya recuperadosabrás lo que es que te follen a la vez un tío y una tía.

Capítulo 4

Bajamos a la planta de los dormitorios y en la puerta del nuestro Paula se detuvo.

—Sandra y yo vamos a ducharnos. Vosotros id abajo y recuperad fuerzas. De momento esta habitación está vetada para vosotros —Cogió el tanga de Sandra de mi boca y le pidió a Lucas que le diera el suyo— Esperadnos en el salón.

Lucas bajó sin rechistar. Yo primero miré a Paula, como diciendo

¿segura que quieres que me pierda esto? Haría que me recuperasem más rápido...

—Obedece —me dijo implacable— ¿O has olvidado quién manda hoy?

Y bajé detrás de Lucas. Nos sentamos en el sofá desnudos. Pero no pasaron ni cinco minutos cuando me levanté para subir.

—Tú quédate aquí —le dije—, y sin rechistar o mañana haré que sea un día muy largo para ti. Y me fui a nuestra habitación a espiar a las chicas.

Entreabrí la puerta del dormitorio y al escuchar el agua de la ducha correr, entré. Vi en el suelo el vestido de Paula y la camiseta de Sandra, y los dos tangas que minutos antes Lucas y yo habíamos tenido en la boca. La puerta del baño también estaba ligeramente abierta. Me situé junto a ella. Asomándome por la pequeña abertura, veía el espejo del lavabo, y reflejada en él la ducha en la que Paula y Sandra se estaban limpiando juntas. Entre la mampara y el espejo, no es que estuviese viendo a las chicas en alta definición, pero se intuía lo que pasaba. Y se oía.

—... Y siempre que follábamos, nos encantaba imaginar que nos lo montábamos con otra chica. Y claro, tú me ponías tanto que casi siempre aparecías por allí —Paula le estaba explicando a Sandra nuestras fantasías con ella— Andrés prefería imaginar a alguna chica que conociéramos los dos, pero después de darse cuenta de

que me volvías loca, cuando quería ponerme a mil solo tenía que nombrarte y me mojaba en el acto.

Sandra estaba de espaldas a Paula, escuchando atentamente. Las dos de pie, las manos de Paula enjabonaban suavemente la espalda de Sandra. Luego su culo se agachaba para enjabonar sus piernas. Después la giró, la puso frente a ella y empezó a enjabonar su pecho.

—Jamás me lo hubiera imaginado...— decía Sandra— Quiero decir, me siento muy halagada, pero yo te veía en la Uni, y... a ver, no es que creyese que eras una monja, pero... y el día que conocí a Andrés lo imaginé follando...—

—El día que conociste a Andrés en aquella fiesta —decía Paula mientras empezaba a enjabonar su vientre— luego me llevó a mi casa y me folló el culo. No lo hacíamos muy a menudo, y por aquel entonces menos, pero supe que tu culo había tenido mucho que ver en aquello.

Sandra gimió. No por la historia, es que Paula ya tenía la esponja frotando su coño.

—Yo nunca lo he hecho...—dijo agarrándose a mi novia—. ¿A ti te gusta?

—Acabas cogiéndole el punto, pero a los tíos les vuelve locos. No sé por qué. Andrés dice que tiene que ver con la posición de poder, con el erotismo que tiene conseguir de una chica algo que les cuesta dar. Y que está más apretadito, también.

Paula dejó escapar entonces un dedo de la mano que enjabonaba el coño de Sandra y acarició su ano. Esto no lo vi, evidentemente, pero lo supuse, por la posición de la mano de Paula y porque Sandra se tensó de repente.

—Tranquila —le dijo—. Le he prometido a Andrés que le iba a dejar estrenártelo. Pero si no quieres que lo haga dímelo y lo intento convencer.

—Uf, no lo sé —dijo Sandra relajándose de nuevo—. Me da un poco de miedo, pero me pone tanto que me someta y que haga conmigo lo que quiera...

—Entonces lo vas a disfrutar un montón. Y tranquila, lo hace muy bien, no te va a doler más de lo que puedas soportar. No te arrepentirás— Paula subió su otra mano al pecho de Sandra y pellizcó uno de sus pezones— Con lo que te gusta que te torture los pezones puede que tengas que pedirle que te lo haga más fuerte...

Ahora sí, con la mano de la esponja frotando su coño, y la otra retorciendo su pezón, los gemidos de Sandra se amplificaron y prolongaron, hasta que se corrió en manos de su amiga, con sus ojos clavados en los de ella por imposición de Paula.

—Joder, hacía tanto que no me corría de esta manera... ¡Uf, qué vacaciones!

Paula le pasó la esponja a Sandra.

—Te toca enjabonarme —le dijo—. Ahora soy yo la que quiere saber. Yo te he explicado lo que escuchaste en la azotea sobre lo de que fantaseábamos contigo, ahora quiero saber qué es eso de que te gusta que te den caña.

Paula se dio la vuelta. Sandra echó jabón en la esponja y empezó a masajear el cuerpo de mi novia.

—Pues, mira, todo empezó... ¿tú te acuerdas de Rocío? No sé si la conociste, era mi compañera de piso en la universidad. A esa sí que le gustaba que le dieran duro. Al principio de vivir con ella me asustaba. Un día que estábamos de borrachera me envalentoné y le pregunté. Me dijo que si el tío con el que follaba no la humillaba y le hacía daño no llegaba a correrse. Que los cariñitos no iban con ella. Durante unos meses se echó un novio, o un amo, no sé muy bien lo que era, que venía todas las noches a follársela. Yo no es que fuera virgen, pero comparada con Rocío, era una mojigata decuidado. Pero los insultos, los gemidos ahogados que soltaba... cada noche me ponían más. Y una noche salí de mi habitación y

me acerqué a su puerta. Oí cómo la follaba, llamándola de todo, ledecía lo que iba a hacerle, que si la iba a sacar a la calle desnuda y atada, y la iba a meter en los baños de un bar... Luego no lo hacía, claro, pero yo no pude evitar correrme sentada en el pasillo junto a su puerta.

Paula escuchaba sin moverse. Sandra seguía enjabonando su cuerpo, rememorando aquello. Paula se giró, poniéndose de frente.

—Sigue —le dijo.

Sandra no sabía si se refería a la historia o al jabón, así que siguió con los dos. Empezó a enjabonar los hombros y los brazos de Paula mientras seguía relatando.

—Al día siguiente empecé a preguntarle a Rocío más cosas sobre su particular filia sexual, y debí de preguntar demasiado, porque empezó a sospechar y acabé por confesarle que estuve escuchando detrás de su puerta. Vuelve esta noche, me dijo. Yo le dije que no, que ni loca, que me moriría de vergüenza. Pero a la

noche siguiente, cuando los gemidos de Rocío inundaban mis oídos, volví. Y vi que había dejado la puerta entornada. Me asomé y pude verlo. Me puse muchísimo. Y empecé a desear que me lo hicieran a mí. Solo quería probar. Pero nunca se lo dije a Rocío. Ella sabía que iba a espiarles, porque empezó a dejar la puerta así todas las noches. Aunque creo que nunca se lo dijo al tío. Y cada noche me corría en el pasillo, viendo cómo sometían a mi amiga. Azotes, pinzas en los pezones, tirones de pelo... La insultaba y la humillaba, y ella se corría como una burra. Y yo también —Sandra ahora enjabonaba el pecho de mi novia. Sus maravillosas tetas— El día que más caliente me puse fue un día en el que el tío puso a Rocío frente a su escritorio. Estaba de pie, solo con las bragas y las manos atadas a la espalda. La inclinó hasta que sus tetas se apoyaron en el escritorio. Las piernas estiradas. Le quitó las braguitas y empezó a metérselas en el coño. Hasta dentro. Toda la tela ahí incrustada. Y entonces le folló el culo. Le oí decir: «me encanta follarme tu culo, aunque no es el culo de tu compañera de piso, a ese sí que le daría con ganas». En ese momento casi me

meo. No sé si de miedo o de gusto. Rocío solo gemía. Gemía sin parar. Y cuando el tío se iba a correr, se la sacó del culo y le metió el capullo en el coño. Solo el capullo y se corrió ahí. Y entonces le dijo: «Ahora te vas a dormir así, sin sacarte las bragas. Las quiero bien maceradas, y mañana cuando te levantes te las sacas, te las pones, te vistes y a clase, guarra». No sé si Rocío llegó a hacerlo, solo sé que al día siguiente, cada vez que veía a Rocío y pensaba que podía tener puestas sus bragas, llenas de sus fluidos y de la lefa de aquel tío, yo me ponía cachonda perdida. Aquel día me masturbé cuatro o cinco veces como mínimo.

— ¿Rocío nunca te hizo participar?

Sabía que a Paula le estaba poniendo aquella historia.

—No y tampoco sé si hubiera aceptado. El curso siguiente cambié de piso y me fui con estas de la Uni, ya lo sabes. Nunca más volví a ver a Rocío, pero me dejó el gusanillo de cómo sería hacer algo así. A mis novios y ligues, a veces se lo proponía, de manera sutil, pero o era demasiado sutil, o no sabían ni por dónde empezar.

Alguno sí me hacía daño, pero el placer ni se asomaba. Luego acabé con Lucas y, bueno, ya has visto cómo es. Cuanto más insatisfecha me dejaba, más ganas tenía yo de probar el sexo duro. Y en dejarme insatisfecha Lucas es el número uno. Por muy grande que la tenga. Cuando me cansé de sutilezas, empecé a darle órdenes. «¡Azótame!» «Muérdeme los pezones» «¡Pero así no, joder! Hazme daño, que no me voy a romper». Así que acabé humillándole yo a él. Sometiéndole. A veces le tenía horas comiéndome el coño. Así al menos me corría. Pero nada comparado con lo de hoy— dijo Sandra pasando por fin a enjabonar el coño de Paula — Y tampoco nada comparado con cómo se corría Rocío aquellas noches. Yo nunca me he corrido así.

— ¿Fue con Rocío la primera vez que te sentiste atraída por una mujer? —La pregunta de Paula fue como una revelación para Sandra. Como si no se hubiese dado cuenta de que estaba duchándose con una chica. De que hacía unos minutos una chica la había masturbado. De que estaba acariciando un coño con una esponja. Sandra, instintivamente, apartó la mano.

—Nunca me había sentido atraída por una mujer. La primera noche que estuvimos aquí no podía dejar de mirarte las tetas, pero supuse que era por las cervezas... No me ponías, pero sentía curiosidad. Cuando ayer en el río vi cómo Andrés te metía mano, me sentí excitada por la situación. Pero fue cuando me agarraste tú del culo y me diste un mordisco, cuando empecé a verte de otro modo. Y cuando por la noche me dijiste que me prohibías correrme y que iba a ser tuya, me pusiste tan cachonda que ni siquiera me había parado a pensar en que era una mujer quién me estaba excitando.

—Pues ahora ya es tarde para echarse atrás —dijo Paula cogiendo la mano de Sandra y llevándola de nuevo a su coño.

—No quiero echarme atrás. No quiero volver a quedarme con las ganas de nada. Soy tuya. Y si Andrés quiere, y a ti te parece bien, soy suya. Soy vuestra. Para lo que queráis, sin límites.

—Me has puesto a mil —Paula se dio la vuelta y se inclinó hasta apoyar las manos en la pared
— Así que nunca te has comido un coño...

Sandra se dejó caer de rodillas y empezó a comerse el coño de mi novia. Después de toda la conversación, después de admirar tamaño espectáculo... Si ahora mismo Lucas y yo nos hiciésemos una paja a la vez, puede que hasta me corriese yo primero. Paula estaba igual de caliente o más, así que solo unos minutos con la lengua de su amiga jugando con su clítoris, y empezó a correrse. Era el momento de salir de allí o me pillarían.

Bajé al salón, con la polla durísima. Ver ahí a Lucas desnudo me bajó un poco la excitación. Mejor, pensé. Tenía que demostrarle a Sandra lo que es un polvo de verdad y estaba que me corría vivo.

—Joder, qué espectáculo —dije—. No te lo tomes a mal, macho, pero voy a reventar a tu novia.

—Dejadlo ya —dijo mirándome por primera vez en todo el día—. Sandra es una chica normal, decente y me era fiel. No es como

vosotros. No intentes follar con ella o le diré a Paula que has subido a espiar.

—Mira, Lucas, te aseguro que no te conviene tenerme como enemigo ahora mismo. No puedes ser tan tonto como pareces. Sabes que Sandra está insatisfecha. Sabes que no le das lo que necesita. Y sabes que Paula te pone más que ella. Eso me molestaría si creyese de alguna forma que puedes ser una amenaza para mí, pero no es el caso. Paula está dispuesta a follarse esa polla que te ha dado la naturaleza. Sé que lo que has aguantado hasta ahora ha sido porque tú también lo quieres. Si hay alguna posibilidad para ti de que eso ocurra, pasa porque yo me folle a tu novia de todas las maneras posibles. No solo su coño. Ni siquiera me voy a conformar con su culo y con su boca. Me voy a follar su alma. Voy a darle tantos azotes en ese culo perfecto que tiene, que cada vez que se lo veas vas a ver mi mano ahí tatuada. Va a tragar tanta lefa de mi rabo que cada vez que la beses va a echar de menos mi sabor. Voy a morderle tanto los pezones que le van a doler cada vez que se los mires. Voy a hacerla gemir tanto,

Lucas, que si alguna vez en tu vida vuelves a conseguir arrancarle un gemidito, solo va a poder pensar en mí. ¿Y sabes qué vas a hacer tú cuando haya hecho todo eso? —Lucas volvía a mirar al suelo— Me vas a dar las gracias. Me vas a dar las gracias porque esta es la única manera de que cuando os vayáis de aquí podáis llegar a ser una pareja feliz. De cualquier otro modo, ¿cuánto tiempo crees que tardará una mujer como Sandra en mandar a paseo a alguien como tú?

En ese momento oímos a las chicas bajar por la escalera. Entraron al salón. Venían vestidas para matar. Para matarme de un infarto, concretamente. Sandra llevaba unas braguitas blancas de encaje que reconocí inmediatamente porque eran de Paula, y una blusa semitransparente que también era de mi novia, que solía ponerse con un sujetador debajo, pero Sandra no llevaba. Sus pezones se veían con total claridad. Paula, sin embargo, llevaba un tanga violeta que no reconocí, como tampoco reconocí la camiseta de algodón que llevaba, corta, cortísima, tanto que se podía ver el

comienzo de sus tetas por debajo. No había que ser un lince para saber de dónde había sacado Paula esa ropa, era de Sandra.

—Bueno — le dije a Paula luciendo mi erección—, como ves ya me he recuperado. ¿Por dónde quieres empezar?

—Lo siento, cariño, pero venimos bastante satisfechas de la ducha y vamos a descansar un poco hasta la hora de comer.

Paula se sentó en una butaca e hizo que Sandra se sentase en el suelo a hacerle un masaje de pies. Está aprovechando bien su día, pensé.

—Haz la comida —me dijo a mí—. Ya sabes cómo me gusta que cocines... solo con el delantal. Y nuestro perrito que recoja lo del patio, esta mañana lo dejamos todo ahí tirado.

Paula ordenaba y nosotros obedecíamos. Comimos en el comedor, fuera hacía demasiado calor. Cuando terminamos, Paula se acercó a Lucas y le acarició la polla, que aún no había sido capaz de levantarla.

—¿Qué pasa, Lucas? ¿Ya no te gusta?

—Anoche se corrió dos veces y esta mañana otras dos —dijo Sandra—. Le pones mucho, pero no haces milagros...

—Lucas, te he hecho una pregunta —le dijo Paula retorciendo su polla, haciéndole daño de verdad— A ver si aprendes de una vez a contestar.

Lucas, tras retorcerse de dolor contestó.

—Sí, me gustas.

— ¿Te gusto más que Sandra?

Lucas miró a Paula, luego miró a Sandra. Sabía que tenía que responder. Las vacaciones acabarían y tenía que volver a casa con Sandra.

—No.

Sandra se levantó y fue ella en esta ocasión la que lo agarró de los huevos y se los retorció sin ninguna compasión.

—Te dije que a Paula no se le miente. ¿A quién pretendes engañar estas alturas?

Lucas se llevó las manos a sus partes y se dobló de dolor.

—Ahora sí que va a tardar en ponerse dura —dijo Paula— Bueno, Lucas, quédate aquí sentado. Andrés y yo nos vamos a follar a la puta de tu novia bien follada. Vamos a hacerlo en el sofá y no quiero que te pierdas detalle. Si te miro y no estás mirándonos, te castigaré. Si acabamos y no te has empalmado, te castigaré. Si nos miras todo el rato y ese pollón que tienes se pone como una piedra, te follaré. ¿Me has entendido?

—Sí.

Paula le oyó porque estaba a su lado. Yo que estaba al otro lado de la mesa solo lo intuí.

—Putita, siéntate en el sofá.

Sandra obedeció de inmediato. Estaba ansiosa. Yo también lo estaba, por fin iba a follarle a la amiga de mi novia. Paula vino hacia mí.

— ¿Estás preparado? —asentí— Espero que estés a la altura, por fin vamos a follarnos a Sandra, quiero que sepa lo que es un polvo

de verdad, quiero que no vuelva a querer follar con nadie más que no seamos nosotros, quiero que se arrepienta de no haber follado con nosotros desde el mismo día en que nos conoció.

Yo me levanté de la silla. Estaba desnudo.

—Tú mandas. Pide por esa boquita, y mi polla y yo lo haremos.

—Así me gusta —Me agarró de la polla y me llevó hacia el sofá.

Sandra estaba sentada, las piernas abiertas, con la braguita blanca de Paula y la blusa transparentando sus tetas.

—No la desnudes. Vamos a calentarla hasta que se deshaga antes de meterle la polla. Tú cómele el coño que yo le trabajo las tetas. No veas cómo le gusta que le castigue los pezones. Toma nota para mañana, estoy segura de que podrás hacer que se corra a base de retorcerlos — me dijo Paula.

Paula se subió encima de ella y empezó a amasarle las tetas por encima de la blusa. Yo me arrodillé frente a ella y empecé a lamer por encima de las bragas.

—Tendrás que esmerarte —me dijo Paula—. Lucas le come el coño durante horas.

Eché a un lado la braguita e introduje mi lengua directamente en su coño. Ya estaba mojada. Sandra quería saber lo que era el sexo duro y ya estaba caliente como una plancha. Con mi lengua no voya llegar a ningún sitio, pensé. Lo primero que hice fue morderle el interior del muslo. Nada insoportable, teniendo en cuenta los pellizcos que Paula le estaba aplicando en sus pezones. Decidí jugar más fuerte. Le mordí el labio exterior de su coño. Sus gemidos se intensificaron. Mejor, pensé. Pasé mi lengua de abajoarriba de su coño y absorbí, y cuando tenía sus labios interiores en mi boca, volví a morder. Esta vez sentí cómo temblaban sus piernas. Pasé otra vez mi lengua a lo largo de su coño, y arrastré sus flujos hasta su clítoris. Luego me separé unos centímetros y escupí sobre él. Lo cogí entre mis dientes sin apretar demasiado, y tiré de él hasta que se soltó. Sandra ya no gemía, gritaba.

Miré para arriba. Paula estaba encima de ella. Vi su culo enfundado en el tanga de su amiga, levanté una mano y metí un dedo en su coño.

—Pregúntale si en las horas que su novio le ha comido el coño alguna vez ha sentido algo como lo que está sintiendo conmigo.

Paula me miró divertida. Yo volví a castigar el coño de Sandra con mis dientes.

—¿Qué te está haciendo? —le preguntó a Sandra.

—¡Uf, mmm, me lo está comiendo...!

—¿Te lo está comiendo?

— ¡Me lo está devorando! —Sandra cerraba los ojos con fuerza, inclinaba la cabeza para arriba y apretaba sus piernas contra mi cabeza. Pero no impedía que siguiese saboreando ese manjar.

Paula dejó sus pezones tranquilos y se agachó conmigo a ver de cerca cómo lo hacía. Empezó a chupar los flujos y la saliva que resbalaban por sus piernas y por su culo. En alguna ocasión,

cuando mi cabeza se lo permitía, Paula pasaba su lengua por el ano de Sandra.

— ¡Paula! —gritó Sandra— Ven, por favor, mírame a los ojos.

Paula se incorporó, agarró a Sandra por la cabeza y se miraron a los ojos. Y Sandra se corrió. Yo empecé a succionar todos los jugos que de ella brotaban.

—Así me gusta, putita, que sigas mis órdenes al pie de la letra — dijo Paula.

Yo me incorporé, miré a Paula con mi boca llena de los flujos de Sandra. Dónde los quieres, le pregunté con la mirada. Paula abrió la boca como respuesta. Y allí se los solté, escupiéndole todo lo que Sandra me había regalado a mí. Y Paula siguió la cadena, escupiéndole a Sandra en la boca.

—Ahora traga —Sandra tragó sus flujos, mi saliva y la de Paula. Un cóctel tan cerdo como morbos. Y había sido todo para ella— Y túmbate.

Sandra se tumbó en el sofá. Yo me coloqué sobre ella, volví a apartar las braguitas y coloqué mi capullo en la entrada de su coño. Paula se puso sobre su cara, mirando hacia mí. Ella también se apartó el tanguita.

— ¿Sabes que antes en la ducha, Sandra se ha comido un coño por primera vez en su vida? —me lo decía a mí, pero miraba a Lucas.

— ¿Sí? —dije yo— ¿Y qué tal lo ha hecho?

—Me corrí como una cerda, pero porque estaba muy cachonda. Pero tiene mucho que aprender.

—No hay nada que la práctica no arregle.

—Eso creo yo — Miró hacia abajo— Chupa, puta.

Sandra empezó a chupar. Yo seguía con la punta de mi polla en la entrada del coño de Sandra. Sabía que no podía hacer nada hasta que Paula me lo ordenase.

— ¿Cuántas ganas tienes de clavársela?

— ¿Tú qué crees? Ahora mismo se la metería hasta por la oreja si me dejases.

—Vas a follarte a Sandra. ¿Te acuerdas cuando me follabas y yo te decía: te gustaría que fuese Sandra, qué me harías si fuese ella, y tú empezabas a bombear como si no hubiese un mañana, con toda la fuerza del mundo y sin compasión?

—Claro que me acuerdo.

—Pues ya lo ves. Es ella. Y le va la marcha. Como se la metas despacio te la corto. Sin compasión.

Y de un solo empujón, se la metí hasta dentro. Tenía la polla ardiendo, más dura de lo que la había tenido nunca, como un hierro al rojo vivo y su coño parecía mantequilla. Entró hasta que mis huevos chocaron con su culo. Si el coño de Paula no hubiera estado tapando su boca, su gemido se habría escuchado en toda la sierra de Madrid. Parecía que se hubiera vuelto a correr. Sabía que no lo había hecho por dos motivos: porque acababa de

hacerlo hacía unos segundos y porque no estaba mirando a Paula los ojos.

Empecé un mete saca a un ritmo frenético. Los gemidos de Sandra eran constantes. Los de Paula iban subiendo poco a poco de volumen. Subí la camiseta de mi novia y empecé a comerle los pezones.

—Sandra no es la única a la que le gusta que se los muerdan,
¿verdad?

Paula me agarró de la cara y me levantó.

—Mañana hazme lo que quieras, ahora bésame.

Y empecé a besar a mi novia. Nos abrazábamos y nos besábamos como dos enamorados. Sonrisitas, arrumacos, besitos y besazos. Miraditas y caricias en las mejillas. Parecería la escena final de cualquier comedia romántica si no fuera porque me estaba follando a su amiga mientras esta le comía el coño a mi novia.

Estuvimos así durante un buen rato.

—Creo que está a punto de correrse —le dije a Paula.

—Sandra, te recuerdo que no te puedes correr sin mirarme a los ojos, y eso no va a pasar hasta que no hagas que me corra yo primero.

—No va a aguantar —le dije.

—Claro que sí, es una zorrita muy obediente.

Las lamidas de Sandra se intensificaron. Necesitaba correrse y para eso tenía que conseguir que se corriese Paula. Yo mantuve el ritmo. Quería saber cómo castigaría Paula a Sandra cuando se corriese sin mirarla a los ojos.

Pero Sandra no se corría. Seguía gimiendo sin parar mientras le comía el coño a Paula. Y entonces Paula se corrió.

—Así... qué bien, putita, vas aprendiendo— Quitó su coño de la boca de Sandra y la miró a los ojos —Ahora, córrete.

Y como si hubiera accionado una palanca, automáticamente Sandra se corrió. Aulló. Sin cerrar los ojos, eso sí. Los mantenía

clavados en los de mi novia. Era impresionante como aguantó. Todo por complacerla. Eso sí es devoción.

—Buena, putita —dijo Paula—, me pones a mil cuando me obedeces, voy a hacerte muy feliz. Tú no pares —me dijo— hace años que esta puta no sabe lo que es encadenar dos orgasmos seguidos sin que le saquen la polla.

—No —dijo Sandra jadeando—. Eso no lo he sabido nunca.

—Pues hoy lo vas a saber.

Y Paula volvió a centrarse en sus pezones con una mano y a acariciar el clítoris de su amiga con la otra, mientras yo seguía follándola sin parar. Ambas seguían vestidas, si es que a llevar unabraga y una camiseta se le podía llamar ir vestida, aunque Paula tenía la camiseta recogida por encima de sus tetas. Pero a Paula le ponía mucho tener a Sandra vestida mientras la usábamos sin parar.

Aún aguanté follándome a Sandra un buen rato más.

—Paula, estoy a punto —le dije— ¿Yo también te tengo que mirara los ojos?

—No, pero espera a que te lo diga para correrme.

—Esto no es un grifo que se puede abrir cuando quieras...

—Tú aguanta, campeón — se dirigió a Sandra—. Ahora, Andrés te va a llenar el coño de su lefa, ¿te supone eso algún problema?

—No, la quiero dentro —respondió su amiga—, pero mírame, porfavor, que yo también voy a correrme otra vez. Esto es increíble.

Paula le sonrió y la besó. Le comió la boca. Solo se veían asomar lenguas entre sus labios.

—Paula —dije—, como alargues mucho el beso me voy...

—Venga, rellénala —me dijo— hasta que le salga tu lefa por las orejas —Empecé a soltar semen en el coño de Sandra, por fin.

Y los ojos de Paula volvieron a cruzarse con los de Sandra. Y esta volvió a correrse. Llegaría un momento en el que con solo mirar a Sandra a los ojos, se correría.

Yo caí rendido en el sofá. Paula y yo acabábamos de follarnos a Sandra. Este momento iba a marcar un antes y un después en nuestra historia de sexo. Sandra también seguía tumbada en el sofá, agotada. Paula se acercó a ella y le dijo:

—A Andrés le encanta que se la limpien después de usarla. Si lo haces bien se volverá a empalmar. Si lo consigues, te dejo que te lo vuelvas a follar.

—Uf, ¿otra vez?

—Te prometí un montón de orgasmos, ¿no?

Sandra sacó fuerzas de flaqueza y se abalanzó hacia mi polla. Pensaba disfrutar de estas vacaciones a tope, ya descansaría después. Y yo pensaba dejarme querer, era una oportunidad difícil de rechazar.

Paula se dirigió hacia Lucas. No había conseguido empalmarse. Debía de ser verdad que no le gustaba que otros se follaran a su novia...

—A ver qué hago yo contigo... —le dijo Paula.

Se quitó la camiseta, aunque ya hacía rato que tenía las tetas al aire. Empezó a contonearse y a amasarse las tetas delante de Lucas. Se giró, enseñándole el culo enfundado en el tanga de su novia. Se dobló hacia delante y se lo bajó. Lucas tenía que tener unas vistas inmejorables del culo y del coño de mi novia. Yo no podía quejarme de las mías. Veía las tetas de Paula colgando y a Sandra lamiendo restos de leche de mi polla.

Paula se arrodilló ante Lucas y se metió la polla flácida en la boca. Entera ahora que podía. Sus ojos empezaron a abrirse a medida que la polla de Lucas crecía. Y fue saliendo poco a poco de su boca, dura como una estaca hasta quedar solo su capullo dentro de la boca de Paula.

Lo había vuelto a hacer. Qué cabrón, se había vuelto a empalmar con mi novia. Entre el *striptease* de Paula y la mamada de Sandra, mi falo también se había puesto firme.

—Sandra, tu novio se ha vuelto a empalmar— le dije para sacar rédito de la situación.

—Imposible...— Se giró hacia su novio y allí estaba, con su polla dura y el capullo en la boca de Paula.

Sandra se iba a levantar. Yo la agarré del brazo y la atraje hacia mí.

—Tienes que correrte mirando a Paula, pero puedes follarme mirándole a él. Que sepa lo que se pierde. Es incomprensible que una mujer como tú no le ponga lo suficiente como para levantársela dos veces en un día. A mí me la pondrías dura cada vez que te lo propusieses y sin proponértelo.

Sandra se sentó sobre mi polla y volvió a clavársela, dándome la espalda, mirando a su novio. Este la miraba, la cara de zorra de Sandra, cómo se pellizcaba los pezones saltando sin parar sobre mi polla y a mí detrás azotando su culo con fuerza para marcarle el ritmo. Sandra le devolvía la mirada con desprecio, pero con una cara de lujuria que Lucas no conocía.

Paula seguía chupándole la polla. Pasaba la lengua a lo largo de su tronco, desde los huevos hasta el capullo. Luego se metía el

capullo en la boca e intentaba bajar más. No conseguía meterse más que dos o tres centímetros de polla a parte del capullo.

—Ni se te ocurra correrte todavía —le dijo Paula—. Quiero metérmela en el coño aunque sea un minuto— Y volvía a chupársela.

Lucas empezó a poner una cara de no aguantar. Esta no era Sandra. Obedecía sin rechistar, pero su devoción no era tan pura. Y mientras Paula tenía su capullo en la boca, Lucas se corrió.

Paula, viendo que ya no había marcha atrás, aguantó toda la corrida en su boca. Cuando Lucas terminó de vaciarse, Paula se incorporó y le escupió en la cara todo su semen.

—Perro malo —le dijo— te has ganado un buen castigo...

Y le pisó sus partes sin piedad. Sandra, que seguía botando encima de mí, se levantó y se unió a Paula.

— ¡Eres un mierda! Me estás haciendo quedar mal delante de mis amigos. No vales para nada.

Lucas recibía sin protestar. Cuando se calmaron, Sandra le dijo a Paula:

—Si quieres polla, Andrés está a tope, yo puedo acabarme con el dedo. O si quieres este perro puede chuparte hasta que se quedese sin lengua. No le dejaremos que se levante ni a respirar.

—Tranquila. De momento hay que lavarle. Está lleno de lefa.

Lucas se levantó sin rechistar, avergonzado. Paula y Sandra salieron tras él. Yo me quedé en el salón con la polla en ristre, y otra vez con las ganas. Me asomé a la puerta del salón que daba al patio, que era un ventanal con puertas corredizas. Hicieron que Lucas se echara al suelo y enchufaron la manguera a presión contra él, con agua fría. Por un momento sentí pena por él. Hasta que recordé que se había corrido en la boca de mi novia.

—Quédate aquí —le ordenó Paula— y no te pierdas detalle de la puerta del salón —dijo señalando hacia donde yo estaba.

Entonces las chicas vinieron hacia mí. Paula ya completamente desnuda. Sandra con las braguitas blancas todavía y la blusa

transparentando sus pechos. Entraron y cerraron la puerta corrediza. Paula se apoyó contra el cristal. Sus tetas bien pegadas contra la ventana. Las vistas de Lucas tenían que ser espectaculares. Dos magníficas peras aplastadas, con sus pezonestán duros que eran capaces de rayar el cristal.

—Espero que te queden suficientes energías para follarnos a las dos —me dijo Paula— Vamos a darle un buen espectáculo a Lucas.

El día había sido extraordinariamente ajetreado, pero, en realidad no me había corrido más de dos veces. Había noches que había superado eso en unas horas. Y en aquella situación parecía que todo me ponía cachondo. Así que sin decir nada, le di un azote a mi novia que aplastó aún más sus tetas sobre el cristal, y se la clavé de una estocada. La agarré de las caderas y empecé a follármela como si no hubiera un mañana. Sandra nos miraba, pero nosotros dos mirábamos a Lucas, empapado y con la polla ya totalmente desinflada, además de dolorida. Mira lo que podrías estar haciendo tú ahora, gilipollas, pensábamos los dos. Para aumentar su humillación, su novia se agachó y se metió entre nuestras

piernas, alternando lametones a mis huevos y al clítoris de Paula. Yo intercambiaba un ritmo fuerte con uno lento, para no correrme enseguida, pues Sandra esperaba. A Paula, sin embargo, eso la excitó más todavía y se corrió una vez más.

—Ahora ella —me dijo señalando a Sandra—. Putita, no pierdas de vista a tu novio mientras te follan, pero cuando te vayas a correr ya sabes qué hacer.

Coloqué a Sandra como estaba Paula. El efecto de sus tetas sobre el cristal no era tan potente como con las tetas de Paula, además de que seguía con la blusa, pero habría pagado por verlo igualmente.

—¿Seguimos por donde lo dejamos? —le pregunté.

—Sí, pero yo también quiero mi azote —me dijo recordando el azote que le había dado a Paula antes de empezar a follarla.

Le bajé las bragas hasta los tobillos y le di. Le dejé el culo rojo. Luego se la clavé y empecé a alternar pollazos con azotes, mientras Sandra miraba a Lucas.

—¿Ves, calzonazos? —le gritó—. Esto es lo que necesitaba.

Al rato, noté que Sandra se iba a correr. Así que la agarré del pelo y la giré hacia Paula. Mi novia se fue directa a pellizcar sus pezones, le encantaban, por lo visto, y Sandra se volvió a correr siendo los ojos de mi novia todo su mundo.

Yo se la saqué, también me iba a correr, pero su coño ya había recibido mi leche y me quedaba mucho cuerpo que cubrir, y apuntando a su glorioso culo, se lo llené de lefa. Empecé a cubrir las marcas rojas que mi mano le había hecho. Bueno, lo que pude, era la tercera vez que me corría ese día. Mis azotes y mi semen le sentaban muy bien a ese monumento de culo que tenía esa chica.

Luego la tarde decayó. Descansamos, por fin. Nos volvimos a duchar, ya sin confesiones ni orgasmos. Por separado. Incluso nos vestimos. Recogimos, hablamos, reímos. Hasta hicimos la cena. Parecíamos unos amigos normales en una casa normal. Si no fuera porque Lucas seguía en el patio.

Cuando salimos al patio a cenar, ya a la fresca de la tarde, Paula le dijo que subiera a ducharse y a vestirse. Cuando bajó, se sentó con nosotros a cenar. Incluso su novia le dio un beso. Como haciendo ver que no pasaba nada, que todo era normal. Como si todo hubiera sido una pesadilla de la que acababa de despertar. Pero mi novia le devolvió a la realidad:

—Me has jodido bien, Lucas, y no literalmente. Mi coño se ha quedado sin probar tu polla, y ya no consigo que te vuelvas a empalmar en lo que queda de día ni de coña. Para una cosa que tienes buena y no sabes usarla.

Y todos seguimos cenando. Como si nada.

La sobremesa de aquel día fue tranquila. Unas cervezas, una conversación normal... Ya habíamos tenido bastante por aquel día.

—Paula —dijo Sandra de repente—, estoy agotada. ¿Me das permiso para irme a dormir?

—Sí, ha sido un día duro. Descansa, putita. Y llévate a Lucas. Podéis dormir juntos, pero ni os toquéis. No se lo ha ganado. Si te

despiertas con ganas de marcha, ven a nuestra habitación. Y recuerda, ya pensaremos qué pasa a partir del lunes, pero mañana manda Andrés. ¿Estás preparada para eso?

Sandra me miró y se ruborizó. Después de todo lo que había pasado...

—Preparada e impaciente... —confesó.

—¿Y tú, Lucas, estás preparado?

Sandra le miró. Le fulminó con la mirada. Al menos ya había aprendido que cuando le preguntaban tenía que contestar.

—Sí, Paula —Fue todo lo que dijo.

Yo no dije nada. Di un trago a mi cerveza y se fueron a dormir. Les dejé que pensarán que se iban a descansar. Pero mi trato con Paula había sido muy claro: de doce de la noche a doce de la noche del día siguiente. Y no pensaba desperdiciar ni una hora. Eran poco más de las once.

Acabamos las cervezas, recogimos y subimos a nuestro cuarto. Me quedé en calzoncillos. Paula en bragas. En verano dormíamos así.

—¿Dormimos o no has tenido bastante? —me dijo cariñosa. Miré mi reloj.

—Sigue siendo hoy, tú mandas — le dije.

—Entonces a dormir. Estoy deseando saber lo que nos tienes preparado para mañana. Solo quiero pedirte un favor. Mañana y solo durante el día de mañana —me miró muy seria— no quiero que hagas distinción entre Sandra y yo. Las dos somos tuyas. Por igual. Quiero que sienta por un día lo que yo sentiré durante toda nuestra vida.

Yo la besé.

—Te quiero —le dije—. Recuérdalo bien porque no volverás a oírlo hasta el lunes.

Paula se puso a dormir. Yo me quedé contando los minutos. Hasta que las tres agujas de mi reloj se unieron en las doce. Empezaba mi turno.

Capítulo 5

Cuando follábamos y Paula estaba muy excitada, me pedía que la despertase algún día metiéndole la polla en la boca, que eso le gustaría, y haría que se levantase cachonda perdida.

En eso pensaba cuando, a las doce en punto me quité el calzoncillo que llevaba puesto y rodeaba mi cama, dirigiéndome hacia el lado en el que Paula dormía plácidamente.

Acaricié sus labios con un dedo, con cuidado de no despertarla, y esperé a que involuntariamente abriese la boca. Entonces le metí mi polla, despacio, pero sin parar. Cuando había metido la mitad, Paula ya estaba despierta, pero solo cuando mis huevos rozaban su barbilla fue plenamente consciente de lo que pasaba.

Paula empezó a participar de forma activa en la mamada. Pero cuando fue a llevar su mano a mis huevos se la aparté con un

cachete. Me retiré y fui a por unos pañuelos que había dejado preparados. Até uno a su muñeca y al cabecero de la cama.

—¿Ves? Yo también sé jugar a este juego.

Até su otra mano al otro lado del cabecero. Paula sonreía, le encantaba esto. Estábamos a oscuras, pero por la ventana entraba luz suficiente para vernos.

—¿Qué hora es? —me preguntó.

—La de callar —Me subí a horcajadas sobre ella— Y la de obedecer.

Con un tercer pañuelo le vendé los ojos. Sus pezones se pusieron duros al momento.

— ¿Hasta qué punto estás dispuesta a seguir con esto? —le pregunté.

—Hasta el final.

— ¿Y si te dejo aquí atada y vendada todo el día, mientras me folloa Sandra aquí mismo, para que nos oigas durante veinticuatro horas dejándote a palo seco?

—Pues entonces el lunes tendrás que follarme mucho, para apagar el calentón que me habrás provocado. Pero hoy tú mandas. Sin límite, sin condiciones y sin consecuencias.

Esa es mi chica, pensé.

—Esa es mi puta —dije—. Y me fui de allí. Dejándola atada sin darle más explicaciones.

Cuando entré en la habitación de Sandra y Lucas lo hice con sigilo. Ahí sí que no se veía nada. Tenían la ventana cerrada y la persiana bajada, por lo que hacía bastante calor. Tuve que encender la luz del pasillo para ver algo. Me gustó ver a Lucas en el suelo, dormido sobre el edredón y un cojín. Sandra seguía castigándole. Ella, por el contrario, estaba sobre la cama. Boca abajo, con un tanguita y un camisón que se le había subido hasta la cintura. Ver ese culo redondo, perfecto, en pompa para mí, casi me hace perder el

control, pero respiré hondo y me contuve de follármelo allí mismo. Tenía otros planes para él.

Le di un azote a Sandra que le hizo dar un brinco despertándose en el acto. Se giró y encendió la luz. Lucas también se despertó asustado. Cuando me vieron allí de pie, desnudo y con la polla totalmente empalmada, no fueron capaces de moverse.

—Baja a dormir al sofá —le dije a Lucas— y oigas lo que oigas, ni se te ocurra subir.

Lucas me miró sin hacer nada. Luego miró a Sandra. Tenía la mirada fija en mi polla. Se le había pasado el susto. Sus pezones empezaban a erguirse por segundos, y una sonrisa pícara se le dibujó en la cara. Ni siquiera miró a Lucas cuando recogió el cojín y salió de la habitación. Me acerqué a Sandra y la agarré del cuello, pegándola contra la pared. Solo entonces me fijé en su camisón. Era muy liviano, de hilo, violeta. Y el tanga a juego. Era el tanga que había tenido puesto ayer Paula. En algún momento lo había recuperado y se lo había puesto para dormir.

—¿Hasta qué punto estás dispuesta a seguir con esto? —le hice la misma pregunta que a Paula.

—Hasta donde estés dispuesto a llevarme, allí llegaré.

—¿Y si me paso el día dándote azotes en el culo al lado de los cuales el que te acabo de dar es una caricia?

Sandra solo gimió por respuesta.

—¿Y si te dejo aquí encerrada todo el día mientras me follo a Paula para que grite como una posesa y te prohíbo que te masturbes?

—Pues me pasaré el resto de mi vida cachonda y pensaré en usted cada vez que me corra —
Me miró y noté una cierta chispa de desafío en sus ojos— Se lo prometí a Paula: soy tuya. Haz conmigo lo que quieras.

Esa es mi puta, pensé.

—Esa es mi chica —dije—. Y me la llevé a mi cuarto.

Entonces sí di la luz. Paula seguía donde la dejé, atada, vendada y cachonda. Sus pezones y la mancha de sus bragas así lo demostraban. Cuando nos sintió entrar, dijo:

—He oído antes un azote que casi hace que me corra. Lo que daría por ver la marca de tu mano en ese culo ahora mismo.

—Buen intento —dije—, pero no te va a resultar tan fácil conseguir que te quite la venda.

Me senté a su lado en la cama. Y le pedí a Sandra que se pusiese sobre ella, a cuatro patas. Paula no veía nada, pero sentía a su amiga encima de ella. Su camisón colgaba y le acariciaba el vientre.

—Ojalá pudieras verlo, Paula —le dije yo—, tu amiga es una cerdita. Anoche sin que te dieras cuenta, cogió su tanga violeta, el que llevabas puesto tú, y se lo puso para dormir. Con un camisoncito a juego que... mmm. Como sé que te gusta follártela con ropa, le voy a prohibir que se lo quite en todo el día. Total, el camisón es tan finito que sus tetas se marcan perfectamente bajo él. Y el tanga es tan diminuto que ni siquiera me va a molestar

cuando le reviente el coño... y el culo, por supuesto. Con apartarlo un poco, ya está. Y puede que al final del día, cuando su tanga esté empapado de sus fluidos y de mi lefa, se lo quite y te lo meta a ti en la boca, como hiciste tú ayer conmigo. ¿Te parecería un buen castigo?

Paula asintió con la boca abierta y la respiración acelerada. Estaba a tope. Sandra escuchaba atenta y miraba a Paula. Su boca, sus tetas... Si por ella fuera ya habría empezado a comérselas, pero no iba a hacer nada que yo no la mandase. Por su propio bien.

—Ahora voy a follarla —Seguí diciéndole a Paula— así, según está, encima de ti. Mientras te gime a la cara. Tú no vas a verlo, pero nos vas a sentir tan cerca que vas a creer que te estoy follando a ti.

Me coloqué detrás de Sandra. Aparté el hilo de su tanga y le metí el capullo dentro. Solo el capullo.

—Vamos, Sandra —le dije—, no seas mala, tu amiga no puede vernos. Cuéntale lo que está pasando.

—Me ha metido el capullo en el coño... —decía Sandra entre gemidos—. Sus labios estaban a escasos centímetros de la boca de Paula. Me la está metiendo poco a poco. Joder, qué gusto. Siento cada centímetro que me entra. Mmm... sííí, me acaba de dar un azote. ¿Lo has oído, Paula? Tengo el culo rojísimo. Sigue metiéndomela. Ya la siento toda dentro. Noto sus huevos pegados a mí. Es perfecta. Qué dura, qué bien me encaja... Me encanta la polla de tu novio.

La polla de tu novio, pensé. La agarré del pelo y tiré de ella para arriba, separándola de Paula.

—Mal, putita —le dije—. Y volví a dejarla caer en la misma posición de antes— Paula, explícale a Sandra en qué se ha equivocado.

—Hoy no soy su novia —le dijo a su amiga—. Soy su puta. Como tú— Pero mañana vuelve a ser mío, lagarta.

Yo seguí follándome a Sandra. Cada vez a un ritmo más rápido. Cada vez un poco más fuerte.

—¿Has oído, Sandra? Durante el día de hoy Paula no es mi novia.No más de lo que lo eres tú. Ella ha renunciado a su novio para que tú puedas sentir lo que estás sintiendo. ¿No vas a agradecersele?Bésala.

Y Sandra se lanzó a comerle la boca a Paula. Y Paula la recibió de buen grado. Se devoraban. Solo separaban sus lenguas para que Sandra gimiese a gusto. El volumen de sus gritos aumentaba a medida que aumentaban mis estocadas. Estaba seguro de que Lucas nos estaba oyendo desde abajo. Llevábamos ya un rato así. Yo ya estaba a punto de correrme. Había aguantado como un campeón. Sandra, acostumbrada al aguante de Lucas, tenía que estar flipando, pero ya no podía más y ella aún no se había corrido.Las otras veces no había tardado ni la mitad de tiempo en correrse.

—Voy a llenarte el coño de leche —le dije yo— córrete conmigo.

—No puedo...— gimió Sandra. Me fijé en que dos lagrimones le caían de sus ojos. Paré de bombear. No me jodas, estaba a punto.

—¿Por qué no?

—No puedo mirar a los ojos a Paula...

—Hoy mando yo. Ya no tienes que mirar a los ojos a Paula cada vez que te corras.

—Ya lo sé, y tienes derecho a castigarme como quieras por no correrme cuando me lo ordenes, pero Paula me ordenó que le mirase a los ojos en cada orgasmo y quiero complacerla.

Paula escuchaba sin dar crédito. Yo no podía dejar que se me subieran a la chepa a las primeras de cambio, así que decidí ser un poco malo.

—Bueno, Paula, tú decides —le dije—. Dejaré que mi puta siga mirando a los ojos a mi otra puta cada vez que se corra, si tú quieres. Pero si prefieres seguir con la venda en los ojos todo el día, dejaré que te empales en Lucas cuando consigas que se le ponga dura.

Y volví a cabalgar a Sandra. La follaba sin descanso, lo más duro que podía, y ella gemía sin correrse aún.

—Quítame la venda —dijo Paula.

Sandra se la quitó, gimiendo sin parar. Y Se miraron a los ojos, unavez más.

—Córrete, cariño —le dijo Paula con una ternura infinita.

Y ahí estaba de nuevo. La palanca que accionaba los ojos de Paula a posarse sobre los de Sandra. La noté temblar, en un orgasmo tan salvaje que mi polla no pudo más que empezar a soltar chorros de semen en el interior de Sandra. El grito que dio fue tan fuerte que si Lucas había conseguido dormir, ya no lo estaba haciendo.

Los ojos de Sandra seguían soltando lágrimas, ahora de felicidad. De alivio. Paula la habría acariciado, pero seguía con las manos atadas. Sacó su lengua y lamió sus mejillas. Sus lágrimas. Sandra le devolvió el cariño con más besos. Luego se volvió hacia mí.

—Gracias. Gracias por todo esto.

—Así me gusta —dije— dejaré que te corras mirando a Paula, pero luego tendrás que darme las gracias cada vez que te corras. Incluso si no soy yo quién te provoca el orgasmo, tendrás que darme las gracias por permitirlo. Y ahora —dije colocando de nuevo la venda

sobre los ojos de Paula— hasta el próximo orgasmo— Sandra, Paula se ha quedado sin probar la polla de Lucas. Sé sincera y explícale lo que se ha perdido.

—Creo que esperas que le diga que se ha perdido una sensación maravillosa, pero si tengo que ser sincera, no es cierto. Sí, es muy grande y con la excitación adecuada, puedes llegar a metértela sin que te haga daño. Pero eso es lo máximo a lo que puedes aspirar, que no te haga daño. Olvídate de sentir otra cosa. No sabe moverse, no sabe tratar a una mujer, mucho menos a una mujer como nosotras, y luego está lo que ya sabes. No conseguiría que te corriese antes que él ni en un millón de años. Y te aseguro que eso no es lo peor, aunque tuviese aguante, confía en mí, vale más la pena un minuto con la polla de Andrés dentro que una hora con la de Lucas, aún empalmada.

El tiro me había salido por la culata, pero, joder, qué bien me habían sentado sus palabras. Si no acabase de correrme se me habría vuelto a poner dura. Seguía con la polla dentro de Sandra. Se la saqué con cuidado, volviendo a colocar el tanga en su sitio.

Si algo de mi lefa se salía de su coño, quería que empapase bien ese tanga. Aún no sabía quién, pero una de mis putas iba a acabar con ese tanga en la boca, y quería que fuese bien cargadito de alimento.

Aparté a Sandra a un lado y llevé mi polla a la boca de Paula.

—Saborea de mi polla el coño de tu amiga, putita, ya verás qué guarra es— Paula degustaba mi polla como si fuera un manjar—
¿Estás cachonda?

—Sí.

Había dejado mi polla reluciente.

—Bien, mañana en el desayuno si te portas bien, dejaré que te corras —me dirigí a Sandra—. Dormirás aquí. No puedes desnudarte. No puedes desatar a Paula, ni quitarle la venda. Y ninguna podéis correr. Aparte de eso, haced lo que queráis. Pero os aconsejo que durmáis. Os aseguro que necesitaréis estar bien descansadas para lo que os espera. Yo me voy a dormir al otro dormitorio.

Apagué la luz y las dejé allí. Me fui a la habitación que habían ocupado Sandra y Lucas hasta hacía solo un rato. Eran cerca de las dos de la mañana. Antes de tumbarme a dormir, estuve echando un vistazo a la maleta de Sandra. Tangas, picardías... y a parte de los biquinis ni un solo sujetador. Cómo le gusta a esta chica sentir el roce en sus pezones, pensé. Encontré también un vibrador. Inusualmente pequeño. De esos con forma de huevo. ¿Pero qué hace una chica a la que no le ponen las pollas grandes saliendo con un tío cuyo único punto fuerte es una polla grande? Me dormí pensando en eso. Y en cómo darle uso al juguetito de Sandra que acababa de encontrar.

A la mañana siguiente, cuando entré en mi dormitorio las chicas aún dormían. Paula con los brazos en cruz, atada, y la venda en los ojos. Vestida solo con sus bragas. Y Sandra a su lado, con la cabeza en su hombro, un brazo sobre sus pechos y una pierna sobre las piernas de Paula. Con su tanguita violeta y su camisón a juego. Era una imagen espectacular. Si seguía mirando me iba a empalmar. Seguí hasta nuestro baño y me di una ducha larga, reparadora. Me

puse un pantalón corto, blanco, de lino, sin ropa interior. Cuando salí al dormitorio las chicas estaban despiertas.

—Necesito ir al baño —me dijo Paula.

Le solté los pañuelos de las muñecas y el de los ojos.

—Dúchate y ponte guapa. Lencería sexi, perfume, maquillaje... vístete para matar. Tómate tu tiempo. Quiero que mi puta parezca una puta.

Al baño de nuestro dormitorio se accede por un pequeño pasillo que lleva a nuestro vestidor. Cuando Paula volviese al dormitorio, ya estaría preparada. Reconozco que me hubiera gustado ver cómo se vestía, pero también me gustan las sorpresas...

— ¿Tú también necesitas ir al baño? —le pregunté a Sandra— Ve al otro, al que has usado hasta ahora. Dúchate, maquíllate y vuelve a ponerte el mismo tanguita y el mismo camisón. Quiero que mi guarra parezca una guarra. Y antes de volver tráete el vibrador ese pequeño, el que está en tu maleta.

Sandra se sonrojó Y se fue sin decir ni pío.

Me tumbé un rato en la cama a esperar. Sandra volvió primero. No había tardado mucho. Venía limpiita, peinada, y con muy poco maquillaje. Muy sutil. Estaba preciosa. El mismo camisón, un poco arrugado, pero tan sexi como siempre. Y su tanguita. Se lo acaricié. Se notaba que estaba usado. Lo aparté y metí un dedo en su coño. Estaba muy húmedo.

—¿No te has lavado el coño, guarra? Se puso roja en segundos.

—Sí, me lo he lavado, pero me he vuelto a excitar...

Dejé el dedo dentro de ella y extendí la otra mano. Sandra supo lo que quería y dejó el huevo vibrador en ella.

—Cuéntame, ¿qué hace una chica que tiene a su disposición una polla como la de Lucas con este juguete tan pequeño?

—A veces, cuando Lucas me deja a medias y se duerme, yo me voy al salón de nuestra casa y juego con él. Lucas no sabe que lo tengo. Me gusta satisfacerme con algo pequeñito, es una especie de

venganza. Me da mucho más placer que su pollón. Me lo he traído por si acaso, pero no lo he usado te lo juro.

— ¿Ni siquiera la otra noche en el patio?

Paula volvió a enrojecer. Una vez más. Aún después de todo lo que había pasado, seguía avergonzándose.

— ¿¡Me visteis!?

— Solo yo. Al final. Ya habías acabado. Pero me pareció escucharte, y mientras Paula estaba en el baño me asomé y te vi tumbada con la mano por dentro de las bragas.

— ¡Qué vergüenza! No lo utilicé. Ese día me fui de la habitación enfadada. Os estábamos oyendo follar y se me ocurrió preguntarle a Lucas si estaba pensando en Paula y se corrió al instante. Fue la primera vez que me di cuenta de lo mucho que le ponía Paula. No quería ni estar a su lado, así que me fui de la habitación y bajé al patio. No pensaba masturbarme, pero vi vuestra ventana con la luz encendida, oí los gemidos y...

—Vale. Tranquila —le dije—. No pasa nada, me gustó verte.

¿Sabes cómo acabé esa noche? Me corrí en las tetas de Paula. Y ella me dijo que le encantaría que fueras a limpiárselas con la lengua.

Saqué el dedo de su coño y lo chupé mirándola a los ojos. Luego miré el vibrador.

—¿Cuántos niveles de vibración tiene?

—Cinco. También viene con esto.

Y de su otra mano sacó un mando a distancia.

—¡Pero qué regalo me acabas de hacer, Sandra!

Vi que se sentía feliz y satisfecha de ver que me alegraba.

—Métetelo, pero solo para calentarlo, esto hoy va a ser para Paula.

—Mmm... me excita que se vaya a correr con mi juguetito.

Se lo metió y yo lo puse al uno. Parecía que era bastante soportable. Fui subiendo poco a poco. Cuando llegué al cinco Sandra me miraba, frotando las piernas.

—Por favor, no... no puedo correrme sin mirar a Paula. Fui bueno y lo bajé de nuevo al uno.

Enseguida salió Paula. Madre mía, qué monumento de mujer. Venía preciosa. Con un vestido corto, negro, de tirantes y con un buen escote. No llevaba sujetador, se notaba. Entallado en la cintura y con una minifalda de infarto. Medias de rejilla y taconazos. Se había hecho un recogido sencillo en el pelo y se había maquillado.

—¿Tu puta parece una puta? —me preguntó con cara de vicio.

—Madre mía, Paula, estás guapísima —Fue Sandra la que contestó.

Yo no dije nada. La miré y sonreí. Estaba espectacular y ella lo sabía. Había cumplido todas mis expectativas, y eso también lo sabía. Luego miré a Sandra.

—Ya sabes qué hacer.

Sandra se metió una mano en su tanga y sacó de su coño el vibrador. Paula lo miró con los ojos como platos. A Sandra le costó un poco, con las medias de rejilla y todo, pero con la colaboración de Paula pudo meterle el juguetito en su coño.

—¿Estaba mojada? —le pregunté a Sandra.

—Sí.

—Pues claro que estoy mojada. Anoche me dejaste con las ganas y aún no me has dejado correrme...

Subí el nivel del vibrador al dos.

—Todavía tendrás que aguantar un poco más. Tengo hambre. Vamos a desayunar.

Cuando bajamos, Lucas estaba despierto en el salón. Le saludamos como si no pasara nada. Cuando vio a Paula casi se le salen los ojos de las órbitas. Disimuló lo que pudo delante de Sandra, pero no se dio nada bien. Sandra, sin embargo, ya ni siquiera se molestó. Sabía que Paula la había puesto al mismo nivel en su relación

conmigo durante el día de hoy, así que hasta mañana Lucas no era nadie para ella. Salimos los cuatro fuera a desayunar.

Fue un desayuno tranquilo. Sandra, Paula y yo hablábamos de todo. De nuestros trabajos, del verano, de cine... Paula casi se había acostumbrado a la vibración en su coño. Casi. A veces la veía pasarlo verdaderamente mal para no correrse. De vez en cuando le acariciaba el muslo. O de vez en cuando pellizcaba un pezón sobre el camisón de Sandra. Con total naturalidad. Lucas asistía impávido a todo. No había la boca.

Mientras Sandra nos explicaba las nuevas ideas que tenía para su empresa, tras la estupenda remodelación de imagen que le había hecho Paula, yo subí el nivel del vibrador al tres. Paula dio un pequeño brinco, pero se recompuso. Solo su respiración se volvió un poco más intensa. Lucas se extrañó, pero lejos de decir nada, se limitó a observar el movimiento del pecho de Paula, con los ojos fijos en su escote.

Tras unos minutos, lo subí al nivel cuatro. Paula ya frotaba sus piernas. Sus gemidos eran bastante audibles. Solo Lucas no entendía nada. Sandra y yo mirábamos a Paula divertidos.

—¿Puedo correrme ya, Andrés?

—Aún no.

Despejé la mesa y senté a Paula sobre ella. Le subí la falda de su vestido y separé sus piernas. Agarré sus medias de rejilla por la entrepierna y las desgarré. Luego sus bragas. De encaje negro. Preciosas. Se las arranqué. Cuando esto acabe tendré que comprarle unas mejores, pensé. Lucas miraba el coño de mi novia sin parpadear.

—¿Quieres probarlo, Lucas?

Él me miró. Se preguntaba si hablaba en serio. Yo no era como Paula, a mí me daba igual que no me contestase. Saqué el vibrador del coño de Paula y se lo di a Lucas.

—Métetelo en la boca. Y no te lo saques hasta que te lo diga. Sin rechistar.

Lucas se lo metió en la boca. Subí el nivel al cinco. Saqué mi polla de los pantalones y se la clavé a Paula. Luego saqué sus tetas por el escote. A Lucas se le caía la baba. Empecé a follarme a Paula y asobar sus tetas. Le pellizcaba los pezones con furia.

—Ya puedes correrte, zorra.

Y Paula estalló en un orgasmo. Dejé que se corriera a gusto, luego saqué mi polla. Me agaché y escupí sobre su ano.

—Ven aquí, Sandra, y no te pierdas detalle. Tienes que saber lo que te espera.

Sandra se acercó y miró con curiosidad y cara de viciosa. Vio como metí un dedo en el coño de Paula, llenándolo bien de sus propios fluidos, y lo llevaba a su culo, mezclándolo con mi saliva, y lo introducía en su ano.

Una falange.

Despacio.

Otra.

Otra más.

Lo sacaba y volvía a repetir. Paula, de espaldas en la mesa, se sujetaba las rodillas para mantener bien abiertas las piernas. Y gemía. Se acababa de correr, pero seguía cachonda y gimiendo porque sabía que le iba a romper el culo delante de Sandra. Y sabía que luego iba ella. Cuando mi dedo entraba sin resistencia en su culo, metí uno más.

—Escupe tú —le dije a Sandra.

Me miró entusiasmada. ¿Puedo? Me preguntaba con la mirada. Saqué los dos dedos y antes de que se cerrara el orificio de Paula, Sandra escupió justo en medio de su ano.

—Ahora métele la lengua. Eso la vuelve loca.

Sandra ni lo dudó. Taladró el culo de su amiga con su lengua, todo lo que podía. Lucas no daba crédito. Su querida novia se estaba comiendo un culo. Paula gemía sin parar.

—Ahora es el turno de mi polla, putita. Pero no querrás que se lameta a tu amiga por el culo sin que esté lubricada, ¿no?

Sandra lo entendió a la primera. Y dejó de comerse el culo de Paula para comerse mi polla. Me la llenó de saliva y pudo ver en primer plano cómo se la introducía a Paula centímetro a centímetro en su culo. Hasta dentro. Paula tenía cara de dolor, pero también de excitación. La dejé un rato dentro hasta que Paula se acostumbró a su tamaño, y entonces empecé a bombear.

Fui subiendo de ritmo. Poco a poco. Y Paula cada vez iba gimiendo más. Vi cómo Sandra se tocaba el coño por encima de su tanga sin poder evitarlo, y con la otra mano se destrozaba los pezones.

A Paula se le saltaban las lágrimas, que estaban corriendo su rímel. Y cuando estuve a punto de correrme, se la saqué del culo. La puse de rodillas en el suelo. Y empecé a hacerme una paja delante de su cara.

—Abre la boca —le dije.

Y empecé a correrme en su boca, en su cara, en su pelo, en su precioso vestido...

—Ahora sí que mi puta parece una puta.

Me senté en una silla y acerqué a Sandra a mi polla.

—Ya sabes cómo me gusta, bien limpia, zorrita.

Y empezó a chupármela mientras yo miraba a Paula. Con la cara llena de lefa, despeinada, con las tetas fuera, las medias y las bragas rotas, el culo abierto, y profundamente feliz.

—Mira a Paula —le dije a Sandra cuando me hubo limpiado la polla— ¿No está preciosa?, ¿no te mueres de ganas por besarla?

Y Sandra se lanzó a besar a su amiga. Le sobaba las tetas, le chupaba la cara, recogiendo mi semen con su lengua y arrastrándolo hacia su boca, para luego entrelazar sus lenguas y tragar cada una lo que podía. Me estaban volviendo a poner cachondo.

Miré a Lucas. Seguía con el vibrador a toda velocidad en la boca. Estaba sentado, babeando y empalmado. Estaba con el pantalón del pijama, tal y como le hice bajar la noche anterior.

—Sandra —Llamé su atención—. Seguía besando a Paula, las dos de rodillas en el suelo, y cada una pellizcando los pezones de la otra. Me parece que volvían a estar cachondas— ¿Por qué no le explicas a Lucas qué es lo que tiene en la boca?

—Es un huevo vibrador —dijo Sandra sin dejar de tocarle las tetas de Paula—. Esta a su vez empezó a frotar el coño de Sandra— Es mío. Lo uso cuando me dejas a medias y ni siquiera me apetece ponerte a comerme el coño. A veces no hay cosa que más placer me dé que ver cómo te duermes y puedo masturbarme a gusto, sin saber nada de ti. Mmm... —El masaje de Paula en su coño empezaba a hacer efecto, y Sandra se estaba viniendo arriba hablándole a su novio— Me lo traje porque sabía que en estas vacaciones ibas a ser incapaz de hacerme disfrutar. Ah, sí, sigue...Pero mira por dónde no lo voy a necesitar. Mmm... —Los gemidos

de Sandra ya apenas la dejaban hablar— He encontrado a dos personas que... ¡Ah! Me satisfacen más con una sola caricia que tú con toda tu polla. ¡Joder! Sí, no pares. Han sabido sacar la zorra que llevo dentro y no sabes cómo me gusta eso.

Y Sandra pasó de Lucas y miró profundamente a Paula a los ojos. Se estaba corriendo. Luego se volvió hacia mí.

—Gracias. Gracias por permitir que me corra.

Solo cuando me hubo dado las gracias apagué el vibrador y permití que Lucas se lo sacara de la boca.

Todos menos Lucas, nos habíamos corrido en el desayuno. Y todos, incluso Lucas, volvíamos a estar cachondos. Como para no estarlo. Pero tenía que hacer durar las energías. Y quería mantener el estado de excitación constante en mis putitas. Me gustaba tenerlas siempre cachondas. Hice que siguieran así vestidas. Sandra con su uniforme oficial que le había prohibido quitarse: sucamión y tanga violeta. Y Paula con su vestido negro, pero con lastetas fuera, su maquillaje corrido, restos de semen en la cara y el

pelo, y con sus medias desgarradas. Las bragas estaban en el suelo, destrozadas.

Ellas no dejaban de mirarse de reojo mientras recogíamos la mesa. Se sonreían, se relamían. Y nosotros tampoco les quitábamos la vista de encima. También, por supuesto, las chicas miraban a Lucas, sobre todo, Paula, empalmado con su pantalón del pijama, y a mí, sin calzoncillos y con mis pantalones de lino que no dejaban mucho a la imaginación.

Hacía bastante calor. Por un segundo se me pasó por la cabeza ir al río a seguir disfrutando de las chicas. Pero era domingo y había bastante gente, incluso en las charcas. Así que seguimos a la sombra en el patio. Cuando ya no podía con el calor, cogí la manguera y empecé a mojar a las chicas. Ellas a su vez me la quitaban y me mojaban a mí. Jugábamos. Lucas, por supuesto, también se llevó un buen remojón. Pero no jugaba con nosotros. Ni él quería, ni nosotros lo permitíamos. Yo trataba a las chicas por igual. No solo besaba, tocaba y era cariñoso con Paula, sino que besaba, tocaba y era cariñoso con Sandra. En sus narices.

No odiaba a Lucas, ni tenía nada en contra de él, pero me calentaba mucho tontear con Sandra delante de él. Darle un azotito, un piquito, hacerla reír... Puede que me pusiera más cachondo que Lucas viera eso, que el hecho de que viese cómo mela follaba. Era una cuestión de morbo y yo soy muy morbosito. Y un poco hijo de puta también.

Las chicas no se quedaban atrás. Paula metía mano a Sandra, tanto o más que yo. Y también la besaba, la acariciaba y jugaba con ella. Eso a Lucas no parecía molestarle tanto. Y Sandra correspondía debidamente a Paula. Y, claro, las dos a mí. Mi pantalón mojado y mi polla morcillona no pasaban desapercibidos para las chicas. Si no me andaba con ojo, sus manos se escapaban y agarraban mi rabo con lascivia. Y entonces yo las enchufaba con la manguera, las agarraba por la cintura y subiendo sus falditas, descargaba una buena serie de azotes en esos maravillosos culos entre gritos y risas.

Acabamos los tres tirados en el suelo y empapados.

—Ha sido divertido —dijo Sandra—. Y están siendo las mejores vacaciones de mi vida, pero —me miró a los ojos— ¿cuándo vas a empezar a usarme sin piedad?

Me quedé mirándola atónito. Luego miré a Paula. También miraba a Sandra, pero mordiéndose el labio de abajo, como queriendo ser ella quien la pusiese en su sitio. Pero me tocaba a mí.

— ¿Estás preparada? Sandra asintió

impaciente.

—Aún puedes echarte atrás. Luego será tarde.

—Destrózame.

No lo dijo gritando. Ni desesperada. Ni en tono autoritario. Lo dijo con una voz tan sensual que casi me corrió allí mismo.

Me levanté, la agarré del pelo y la llevé casi a rastras hasta ponerla frente a Lucas.

— ¿Quién es este? —pregunté.

—Hasta ayer y desde mañana, mi novio. Hoy no es nadie.

—Dile lo que va a pasar.

—Andrés me va a reventar, Lucas. Me va a romper el culo, mi culito virgen. Me va a usar cómo y por dónde quiera. Me va a azotar, me va a arrancar los pezones a mordiscos, me va a hacer gritar, pero tú tranquilo, porque será de placer. Me va a convertir en la puta que siempre he sido. La puta que tú no supiste ver. Me va a hacer todo lo que tú no has sido capaz de hacerme por más que te lo pedía. Ni te imaginas la guarra que te va a devolver mañana. Voy a estar tan usada que no vas a poder ni mirarme a la cara. Y no sabes las ganas que tengo.

—¿Quieres que lo vea?

—Me da igual.

Di un tirón a su pelo.

—Mmm... ¡Sí! Quiero que lo vea. Que vea lo que se ha perdido todos estos años. Hasta dónde estaba dispuesta a llegar.

—¿Para qué aprenda a tratarte?

—No. Tuvo su oportunidad. Ya nunca le dejaré tratarme así. Cuando volvamos a casa, ahora que sabe cuál es su sitio, puede que me busque a alguien que siga dándome caña cuando él me deje a medias.

Seguí arrastrando a Sandra hasta el salón. Cuando iba a entrar, me giré.

—Ya la has oído, Lucas, dentro, y no te pierdas detalle. Y tú también, putita —le dije a Paula — ¿o te piensas que esta es la única guarra que va a recibir hoy?

Paula me sonrió y vino corriendo hasta mí, cogió mi mano, la puso en su cabeza e hizo que llevara a mis dos putas hasta dentro de casa. Lancé a Sandra contra el sofá y quedó con el culo en pompa. Con su tanguita violeta. Su culo perfecto.

Luego me dirigí a Paula y le dije algo al oído. Ella sonrió y salió corriendo hacia la planta de arriba. Puse una silla en mitad del salón.

—Desnúdate —le dije a Lucas— y siéntate.

Me miraba sin comprender. Pero lo hizo. Estaba empalmado. Llevaba todo el día así. Supongo que gracias a Paula. Estaba seguro de que era la vez que más tiempo había aguantado con la polla dura sin correrse. Cuando estuvo sentado llegó Paula con los pañuelos con los que la ató la noche anterior y un par de condones de nuestra mesilla. Paula y yo normalmente no usábamos condones, pero solíamos tener alguno, por si acaso.

Por si acaso se le olvidaba tomar la píldora, no por si acaso venía su amiga de vacaciones y nos la follábamos y la sometíamos sin parar, pero... sorpresas te da la vida.

—Ponte uno —le dije a Lucas lanzándole un condón.

Los condones tienen tallas porque si te quedan muy justos, son bastante molestos, pero un condón normal da bastante de sí, y la comodidad de Lucas me importaba más bien poco. Le costó, pero se lo puso. Mientras tanto yo até un pañuelo a cada muñeca de Sandra.

—Siéntate sobre él —le dije a Paula—, pero recuerda que tienes prohibido follarle. Se ha puesto un condón porque no quiero que te manche. Frótate cuanto quieras y avísame cuando se corra. Y tú

—le dije a Lucas— las manos a la espalda y quietecitas.

Paula se sentó sobre Lucas, de espaldas a él y empezó a moverse. Seguía con su vestido negro y sus medias destrozadas. Coloqué a Sandra frente a Paula, de pie, e incliné su torso hacia delante, con las piernas abiertas y estiradas, hasta que su cara estuvo frente a la de su amiga.

—Voy a hacer que te corras hasta desfallecer, en esta posición podrás mirar a los ojos a Paula todo lo que quieras.

Y estirando sus brazos, ató los pañuelos de sus muñecas al respaldo de la silla en la que estaba sentado Lucas.

Me coloqué detrás de Sandra y le di otro pequeño azote.

—Joder, Andrés —me dijo Paula—, ya se ha corrido. Y le quitó el condón, en el que apenas había unas gotas de semen y lo tiró al suelo.

—Pues sigue moviéndote, hasta que se le vuelva a poner dura.

Aparté el tanga de Sandra y se la metí por el coño. Empecé a follarla bien fuerte desde el primer momento. Ella empezó a gemir y a babear encima de Paula, mientras ella movía su culo sobre el paquete de Lucas. A veces las chicas se besaban. Veía cómo Paula mordía los labios de Sandra, con fuerza, y le escupía en la boca. Dejaban caer sus salivas sobre los pechos de Paula, que lucían turgentes fuera del vestido. Y sobre su falda, su coño y la polla de Lucas.

Yo solo bajaba el ritmo para darle azotes al culazo de Sandra, o para meter mi mano bajo su camión, agarrar alguno de sus pezones y tirar de él, retorcérselo, y seguir tirando hasta que Sandra se quedaba sin voz de tanto gemir.

La primera vez que se corrió, precisamente, tenía un pezón entre mis dedos. Sandra no dejaba de mirar a Paula a los ojos. Yo no solté su pezón hasta que no la oí darme las gracias por correrse. Pero no aflojé el ritmo.

Tenía intención de estar así, como mínimo, hasta que Sandra se corriese tres veces. Por eso, cuando notaba que me iba a correr, se la sacaba y la metía su querido vibrador al nivel cinco. Cuando me recuperaba un poco, sustituía el vibrador por mi polla y volvía a la carga.

Una de las veces que tenía el vibrador dentro, escupí sobre su culo y metí una falange de mi dedo. Sandra estaba tan excitada, que juraría que ni lo notó. Sí notó, sin embargo, cuando metí el dedo entero. Giró su cabeza y me miró.

—Te avisé, putita, ya no hay marcha atrás.

Pero ella no quería marcha atrás. Solo gimió, volvió a mirar a Paulay volvió a correrse.

—Gracias —me dijo después.

Seguí alternando el vibrador con mi polla, y metiendo un dedo en su culo cada vez que tenía el vibrador en el coño.

—Se ha vuelto a empalmar —me dijo Paula de repente, refiriéndose a Lucas.

Yo no le dije nada, pero veía como ella seguía frotando su coño con el pollón de Lucas, sin metérselo, por imposición mía. No sé de dónde sacó el otro condón que había bajado, ni cómo se las apañó para ponérselo. Estaba muy cachonda, se lo notaba. Cuando Paula notó que Lucas iba a volver a correrse, le agarró de los huevos y se los retorció. Gritó como un animal, se le bajó la libido, pero Paula consiguió que siguiera empalmado y se le cortase la corrida.

Conseguí que Sandra se corriese cuatro veces. Lo sé porque cada vez que lo hacía miraba fijamente a Paula a los ojos y luego me daba las gracias. Tras la última, saqué mi polla de su coño y metí el vibrador. Cuando Sandra esperaba que le metiera el dedo en el culo, como siempre, le dije a Paula:

—Pellízcale los pezones, que le voy a desvirgar el culo. Y empálate.

Paula me miró, solo un segundo, me dio las gracias en silencio y se clavó la polla de Lucas hasta dentro, su enorme pollón, al fin.

Retorció los pezones de Sandra sin compasión, y yo se la clavé en el culo de una estocada. Por primera vez, Sandra chilló pero tras el

primer impacto puso los ojos en blanco y empezó a gemir. El primero en correrse fue Lucas, que se vació en un condón que estaba poniendo a prueba la resistencia del látex mejor que en un laboratorio. Luego se corrió Paula, aunque tras desinflarse la polla de Lucas tuvo que ayudarse con su dedo.

Sandra y yo aún estuvimos un rato más con el mete saca. Creo que ella no quería que terminase nunca. Pero mi aguante ya estaba al límite. Y cuando empecé a llenarle el culo de lefa se corrió, de nuevo mirando a los ojos de Paula. Cuando se la saqué, cayó de rodillas sobre su amiga, y solo tuvo fuerzas para mirarme y decir:

—Gracias.

Cinco gracias, cinco orgasmos.

Desaté a Sandra, Paula me ayudó a tumbarla en el sofá. Lucas se fue arriba sin decir nada. Al baño, pensé. O a dar gracias a Dios, pues al fin se la había metido a Paula. No lo sé.

Sandra estaba agotada, la dejamos tumbada en el sofá y solo fue capaz de decir: tienes que volver a darme por el culo, ha sido genial, antes de quedarse dormida.

— ¿Por qué me has dejado meterme la polla de Lucas? —me preguntó Paula.

—Te lo habías ganado. Y no quería que te quedases con las ganas. Sabía que lo estabas deseando.

Me abrazó, me dio un beso maravillosamente tierno en medio de esa orgía de morbo y lascivia, y me dio las gracias.

— ¿Ha sido tan bueno como esperabas o tenía razón Sandra en que mi pequeña polla merece más la pena?

Paula me acarició la polla, riendo.

—No es pequeña. La verdad es que es difícil saber si ha sido bueno o no, en solo unos segundos. Ha estado bien, creo, pero para una vez. Por supuesto que tu polla merece más la pena —me miraba a los ojos—, pero, sobre todo, tu morbosa mente merece más la pena. No la cambiaría por nada.

No sabía hasta qué punto sus amables palabras estaban motivadas por el agradecimiento, pero me dio igual. Me las creí a piesjuntillas. Qué viva la felicidad del ignorante.

Lucas bajó al rato, vestido y con su maleta en la mano. Miró a Sandra, dormida.

—Cuando se despierte, decidle que me he ido. Y se fue.

Qué cerdo, pensé. Por un lado me extrañaba que hubiese tardado tanto; pero por otro, el muy hijo de puta soportó todo tipo de humillaciones y no se fue hasta que se folló a Paula. Era lo único que le mantenía allí.

Eran las tres de la tarde. Dejamos a Sandra dormida y Paula y yo comimos en la cocina. No sabíamos muy bien cómo afrontar la situación que teníamos ante nosotros.

—Hay que decírselo —dijo Paula— y estar a su lado. Si quiere irse, la llevaremos donde haga falta, y si quiere quedarse... lo más

seguro es que tu día de ordeno y mando se haya acabado. Lo siento, te prometo que te lo compensaré.

—No te preocupes por eso ahora.

Le llevamos un sándwich al salón y la despertamos para que comiese algo. Increíblemente se despertó cachonda. Se pellizcaba los pezones y no dejaba de mirar el escote de Paula, que, aunque no se había cambiado, se había guardado las tetas dentro del vestido, y mi polla que descansaba dentro de mi pantalón de lino.

—No sabéis cómo me arrepiento de no haber follado antes por el culo, me ha encantado, pero al menos me consuela saber que me lo habéis desvirgado vosotros —miró a Paula— Porque siento que tú me has follado el culo tanto como Andrés.

—Cariño —le respondió Paula con ternura—, tenemos que hablar contigo— Sandra la miró preocupada— Lucas se ha ido. Ha cogido su maleta y se ha ido en vuestro coche.

Sandra se quedó callada. Seria. Pensativa. Empezó a comer su sándwich. Paula y yo no dijimos nada. Necesitaba asimilarlo.

Sandra se comió el sándwich durante al menos media hora. Masticaba lentamente. A saber qué estaría pensando.

Paula y yo estábamos los dos en una butaca, Paula sentada sobre mi regazo, esperando a que Sandra dijese algo. Cuando terminó el sándwich nos miró. Se echó al suelo y se arrastró hasta nuestros pies. Me miró a mí.

—Espero que cuatro azotes y romperme el culo no fuese todo lo que tenías pensado hacerle a tu puta, porque yo necesito mucho más —Paula y yo nos quedamos a cuadros—. Pero si de repente te has vuelto un amo cariñoso, tu otra zorrita tendrá que compartir tu regazo conmigo, al menos hasta las doce de la noche— Miró a Paula— Me habíais prometido que durante el día de hoy las dos seríamos sus putas por igual y a mí no ha podido dejarme mi novio porque hoy no tengo ninguno. Mañana pensaré si quiero recuperarle.

A mí me la puso dura. Un sándwich. Eso es lo que había tardado en pasar de Lucas y volver a ser mi puta.

—Cielo —dijo Paula—, sabes que las cosas no funcionan así. No puedes desconectar tus sentimientos por un día, aunque juguemos a que lo hacemos.

—Claro que no —le dijo Sandra— si os estoy diciendo esto es porque ya sé que mañana no tendré nada que pensar. Ni siquiera me molesta que se haya ido sin dar la cara justo después de conseguir de ti lo que llevaba queriendo desde que te conocí. Puede que yo no me haya portado muy bien con él, pero al menos he ido de frente. Mañana la única pregunta que me haré será cómo coño estaba todavía saliendo con un tío como él.

Era verdad. Yo llevaba preguntándome eso desde que vi de qué palo iba cada uno.

Paula la miró. Se agachó hasta coger su cara y la besó. Se sonrieron. Y Paula tiró de ella para arriba, hasta subir a Sandra a mi regazo, junto a ella. Nos besamos los tres. El cariño, beso a beso, fue dejando paso a la lujuria de nuevo. Los besos tiernos se fueron convirtiendo en húmedos. Las caricias en la mejilla se

fueron convirtiendo en sobeteos de tetas y pellizcos de pezones. Y la escena romántica de ellas dos encima de mis piernas se fue convirtiendo en una lucha por ver quién de las dos frotaba su culo contra mi polla, que ya pugnaba por salir del pantalón.

—Tranquilas, zorritas, que hay para las dos —les dije bajándolas de encima de mí y quitándome el pantalón—. Se quedaron arrodilladas a mis pies— Sandra, pienso volver a darte por el culo; y Paula, tengo que follarte tu maravilloso coño porque no soporto saber que la última polla que ha estado ahí dentro no ha sido la mía. Pero ahora acabáis de comer y aún no habéis tomado el postre. ¿A qué esperáis?

Las dos se lanzaron a comerme la polla. Mientras una se centraba en mi capullo, la otra lamía mis pelotas. Luego se cambiaban, entreteniéndose en el camino en comerse la boca mutuamente. Estaban ensalivando mi polla a conciencia.

Paula me la agarraba de la base, escupía en mi capullo y usaba mi polla para golpear la cara de Sandra, dejándole un reguero de

saliva en sus mejillas. Luego Sandra cogía la cara de Paula, escupía en su boca y la forzaba a tragarse mi polla, moviendo su cabeza arriba y abajo en un ritmo frenético, que solo paraba cuando Paula retorció sus pezones sin piedad. Entonces cogía una gran bocanada de aire, completamente roja por el esfuerzo, y se lanzaba a besar a Sandra, para que saboreara el cóctel de babas y líquido preseminal que se había generado en su boca.

Estuvieron así un buen rato. Yo estaba en la gloria. Cuando noté que me iba a correr se lo dije. Juntaron sus caras y abrieron sus bocas. Paula llevó una mano a mi polla y empezó a meneármela. Agradecí que fuera ella quién me acabase la paja, pues sabía mejor cómo me gustaba. Y empecé a rociar de leche sus bocas. Jugaron con ella con sus lenguas, y luego empezaron a besarse. A pasarse mi semen de una boca a la otra, mezclado con sus babas, en un espectáculo tan sucio como maravilloso. Mirándose a los ojos. Esos ojos que ya se sabían de memoria la una de la otra. Salvo al tragar. Entonces me miraron a mí. Y tragaron. Y se relamieron. Y

empezaron de nuevo a chuparme la polla, hasta que quedó limpiay reluciente.

Estaba agotado, pero solo podía pensar en volver a empalmarmey seguir follándomelas.

—¿Estáis cachondas? —les pregunté.Asintieron a la vez.

—Bien, pues vais a jugar solitas. Ahora en el sofá, hasta que se me vuelva a poner dura.

Me quedé sentado en la butaca, desnudo, dispuesto a ver el mayorespectáculo de mi vida.

Paula, mi morbosa novia, se quitó su vestido negro. Se quedó con sus medias de rejilla, desgarradas por la parte de su coño, y con sus taconazos, que aún llevaba puestos. Del maquillaje y el peinado que se hizo esa mañana no quedaba ni rastro. Su coño alaire, sus tetas erguidas, desafiando a la gravedad, con los pezones duros apuntando bien arriba. Y la boca medio abierta, provocativa, hambrienta de sexo. Se acercó a Sandra, su amiga. Su eterna

fantasía. La mujer que, sin saberlo, había vivido en la mente de Paula depravaciones solo al nivel de las que estaba viviendo ahora en nuestras manos. La mujer que más cachonda la ponía del mundo. Agarró el camisón violeta de su amiga y empezó a subirlo. Llegó a la cintura. Lo mantuvo ahí y le dio un azote en su perfectoculo. Me miró y siguió subiendo. Aparecieron sus tetas. Sus pezones eternamente duros. Mantuvo el camisón recogido sobre sus tetas. Paula me miraba. Me estaba pidiendo permiso para quitárselo.

—Quítaselo, pero el tanga se lo dejas puesto.

Paula terminó de quitarle el camisón a Sandra y lo tiró al suelo. Por primera vez en todo el día veía sus tetas y su cuerpo desnudo, solo cubierto por su tanguita violeta. Paula estaba tomando el control de la situación. Sabía que mandaba yo, y que para mí las dos estaban al mismo nivel. Pero entre ellas... Mientras yo no interviniese, dejé que Paula sometiese a Sandra. Y Sandra feliz de que así fuese. Paula colocó a Sandra de rodillas en el sofá, con su culo en pompa hacia mí. Los azotes que Paula le daba a su amiga

no tenían nada que envidiar a los míos. Sandra gemía. ¿Cómo podía gustarle tanto que la torturasen así? Cuando el culo de Sandra estaba completamente rojo, Paula se sentó en el sofá antela cara de Sandra. De frente a mí. Abrió las piernas e hizo que su amiga le comiese el coño. Mientras tanto, Paula se amasaba las tetas mirándome a los ojos. Se las agarraba, se las juntaba. Se cogía de los pezones y tiraba de ellos hacia arriba. Las movía. Las hacía bailar en las palmas de sus manos.

Sandra seguía con su lengua castigando el clítoris de Paula.

—Méteme la lengua —decía Paula— Mmm, sí, así. Ahora el clítoris otra vez. ¡Muérdelo! Joder, sí. Ahora baja al culo.

Y mientras Sandra lamía el ano de mi novia, esta llevaba un dedo a su clítoris y seguía estimulándolo.

Mientras, Sandra no tenía sus manos quietas. Veía como una de ellas, entre sus piernas, frotaba su coño por encima del tanga. A veces intentaba meterse el dedito, pero lo hacía sobre el tanga, introduciendo la fina tela todo lo que podía en su coño. Uf,

pensaba yo, ese tanga va a ser un trofeo de oro... ¿Quién de las dos se lo comerá?

Cuando Paula iba a correrse, agarró la cabeza de Sandra y la apretó contra su coño, aplastando la lengua, la boca y la cara de su amiga contra su entrepierna, y estalló en un orgasmo larguísimo. Sus gemidos eran música para mis oídos. Y Sandra consiguió separar su cara del coño de Paula completamente roja y empapada de fluidos. Lo habían conseguido: me la habían vuelto a poner dura.

—Sigue comiéndoselo —le dije a Sandra— hasta que se vuelva a correr.

Paula me miró y sonrió. Esta vez dejó que Sandra lo hiciera a su ritmo y volvió a sobarse las tetas. Sandra respiró unos segundos y volvió a llevar su lengua al coño de mi novia. Yo me puse detrás de Sandra, que seguía frotándose el coño por encima del tanga.

Le aparté la tirita de entre sus glúteos y escupí en su ano para empezar a meter un dedito. Entonces se giró y me dijo:

—Estoy cachonda como una burra, no me lo dilates, ¡rómpemelo!

Y siguió con el coño de Paula. Yo coloqué el capullo en el orificio de su culito. Miré a Paula, que me devolvía la mirada pellizcándose los pezones. Tenía una cara de vicio que no podía con ella. Se acababa de correr e iba camino de otro orgasmo.

—Si te duele mucho —le dije a Sandra— muérdele el coño a Paula.

Y empecé a meter mi polla en su agujerito. Fui despacio, para que sintiera cada centímetro de mi rabo entrando en su culazo. El culo de Sandra, que estaba siendo atravesado por mi polla. Aguantó sin gritar como una campeona, con dos lagrimones cayéndole por las mejillas y la lengua dentro del coño de Paula.

Cuando empecé a follarle el culo, a un ritmo rápido y constante, supe que ya no le dolía porque estaba ahogando gemidos contra el coño de su amiga, que no pudo evitar correrse por segunda vez. Entonces, Sandra despegó por fin su boca del coño de Paula y empezó a comerse sus tetas. Solo las soltaba para berrear cuando yo sacaba del todo mi polla de su culo y volvía a clavársela de un solo empujón.

Y entonces, otra vez el ritual de siempre. Sandra clavaba los ojos en los de Paula, que recibía la mirada como un bálsamo, porque sabía que sus ojos ya solo significaban placer, y se corría. Se permitía besar los labios de mi novia, llevada por el deseo, antes de volverse hacia mí.

—Gracias —me dijo mientras sacaba la polla de su culo—. Aún nome he corrido, pero estoy a punto, y sé exactamente dónde voy aecharlo.

Puse a Sandra de pie y yo frente a ella, pajeándome con fuerza. Me venía. Cogí la gomita de su tanga y lo separé un poco de su vientre. Y allí descargué. Tres fuertes chorros impactaron en su monte de venus completamente rasurado, y resbalaron hasta mojar sus labios mayores. Y solté el tanga, que volvió a su sitio, empapándose de mi semen que mojaba el exterior de su coño.

—Ahora siéntate en el borde del sofá y abre las piernas, que le toca comer a Paula.

Sandra lo hizo y Paula, obediente, se arrodilló ante ella y empezó a lamer por encima del tanga. A estas alturas, los flujos de todo el día de Sandra y mi lefa, impregnaban casi por completo el tanga, y Paula lo devoraba con fruición. Yo llevaba mi polla a la boca de Sandra, que volvía a limpiarla antes de concentrarse exclusivamente en el favor que Paula le está devolviendo.

Paula no había apartado el tanga, lamía el coño de Sandra por encima de él, lo cual no era impedimento para que mi semen se filtrase por la tela, llegando hasta la boca de Paula, que lo recogía gustosa con la lengua mientras, a su vez, llenaba el tanga violeta de abundante saliva, el ingrediente que le faltaba para ser el trofeo perfecto.

Sandra era más rápida que Paula en correrse. Miraba hacia abajo y ahí estaban otra vez los ojos de Paula buscando los suyos, con su lengua todavía sobre su coño. Y se corrió por enésima vez ese día.

—Gracias.

Me dijo una vez más. Y se derrumbó hacia atrás en el sofá.

Todavía tenía que follarme a Paula, pero salimos al patio, donde la temperatura a esas horas de la tarde era bastante agradable y nos echamos en las tumbonas a descansar.

—¿Qué va a pasar a partir de mañana? —Se me ocurrió preguntar.

—Que seremos una pareja de novios fieles y enamorados, y Sandra una amiga de visita —dijo Paula.

—Yo... —dijo Sandra— si queréis mañana me marchó.

—Ni hablar —dijo Paula— desde que hemos retomado el contacto te has convertido en una amiga muy especial, y no lo digo solo por lo que ha pasado aquí. Y eso no va a cambiar. Eres nuestra invitada y siempre serás bien recibida en esta casa. Puede que entre ayer y hoy se nos haya ido de las manos, pero a partir de mañana sabremos poner fin a este juego que hemos creado.

Bueno, Paula tenía razón, todo había sido un juego. Uno muy morboso. Uno que nos cambió la vida, que abrió los ojos de Sandra y la hizo descubrirse a sí misma, pero un juego al fin y al cabo. La relación que Paula y yo teníamos estaba por encima de eso, y era

demasiado sólida para que una fantasía, aunque fuese Sandra, la desmoronase.

—Aunque...—añadió Paula de repente mirando a Sandra— somos una pareja moderna y de mente abierta. Que no te follemos como hemos hecho hoy no quiere decir que no podamos tomar el sol aquí desnudos y darte un azote de vez en cuando... No pienso renunciar al morbo. Y que sepas que pienso seguir fantaseando contigo cuando folle con Andrés.

Sandra sonrió y frotó sus muslos. Creo que volvía a estar cachonda. Y yo también. Paula se levantó y vino hacia mí. Yo estaba sentado en la tumbona y ella se sentó a horcajadas sobre mí. Empezó a acariciarme la polla, que poco a poco se iba empalmando.

—Pero aún no es mañana —me dijo—. Todavía somos tuyas sin condiciones, sin límites. Aunque espero que seas bueno y me folles, creo que ahora le toca el turno a mi coño.

— ¿Bueno? —le dije— Pero si llevo todo el día siendo bueno... Ya es hora de que sea un poco malo. Sandra, ¿recuerdas lo que me hizo ayer Paula cuando mandaba ella?

—Te metió mi tanga en la boca.

—Sí, es verdad —dije sonriendo—. ¿No crees que sería justo que le devolviese el favor?

—Mmm —gimió Sandra— Me encantaría ver eso.

—El tanguita que tienes puesto lo usó ayer Paula, ¿verdad? — Sandra asintió— Luego te lo pusiste tú. Te follé con él puesto, has dormido con él... Te has corrido, ¿cuántas veces sin quitarte el tanga? Y hace un rato lo he llenado de mi lefa, y Paula lo ha ensalivado a base de bien... ¿se me olvida algo?

—También me has dado por el culo dos veces con él puesto, una de ellas corriéndote dentro, por lo que creo que la tirita del tanga que tengo entre mis glúteos también se ha manchado de tu semen.

—Uf, vaya tanga... —dije mirando a Paula—. ¿No se te hace la bocaagua, zorrita?

Paula asintió.

—Sandra —añadí—, por fin tienes permiso para quitarte el tanga. Méteselo a Paula en la boca, quiero que lo saboree mientras se empala en mi polla.

Sandra se levantó y se lo quitó, quedando por fin desnuda. La verdad es que era una pasada verla completamente desnuda, me pregunté si no habría sido mejor tenerla así todo el día. Sandra, tomando la iniciativa por primera vez, escupió en su tanga antes de metérselo a Paula en la boca. Enterito. Paula cerró la boca y lo saboreó. Era algo cerdo, muy cerdo. A Paula siempre le había gustado ser una guarra conmigo, pero tanto... Estaba seguro de que lo que quería era demostrarme que era una buena puta, y no se iba a negar a hacer nada de lo que yo le mandase. Y eso me ponía todavía más. Yo puse mi capullo en la entrada de su coño y ella misma se dejó caer hasta clavársela entera.

Botaba sobre mi polla. Sandra le comía las tetas a su amiga mientras se hacía un dedo.

—No te toques. A partir de mañana no podré follarte, pero pienso aprovechar lo que queda de día y quiero que estés bien cachonda cuando te use por última vez.

Paula seguía follándose con mi polla. Gemía con la boca cerrada, pues no quería que se le saliera el tanga. Sus respiraciones eran frenéticas. Sandra amasaba, chupaba y torturaba las tetas de mi novia; y yo amasaba, chupaba y torturaba los redondos glúteos de Sandra.

Era un momento digno de eternizarse, pero mi polla no estaba de acuerdo, y quería empezar a echar semen como loca. Aguanté como pude hasta que Paula se corrió. Se corrió como una zorra. Mi zorra. Los espasmos que le daban ponían más cachonda a Sandra, que seguía comiéndole las tetas. Yo ya estaba a punto.

—¿Lo quieres en el coño? —le pregunté.

Paula se señaló la boca. Sonreí. Ahí estaba otra vez la putita de Paula. La quité de encima de mí. Se arrodilló en el suelo y abrió la boca, con el tanga dentro. Descargué mis huevos una vez más llenando la boca de Paula de leche, que empapaba el tanga que seguía saboreando. Cuando terminé, Paula cerró la boca y absorbía y tragaba toda la sustancia del tanga.

— ¿Estaba bueno? —gimió mientras asentía— Ya puedes sacártelo —le dije.

Paula lo sacó de su boca. Miró a Sandra, la abrió de piernas y empezó a meterle el tanguita en el coño. Como le contó en la ducha que hizo aquel tío con su excompañera de piso, Rocío.

Sandra se dejaba hacer y yo le dejaba hacer a Paula. Me gustaba cuando era así de guarra.

—Ya sé que mandas tú —me dijo—, pero si dejas que se quede el tanga dentro de su coño, cuando se lo saques para follártela por última vez me lo pondré yo, y dormiré con él toda la noche— Me encantaba cuando era así de guarra— Además, seguro que a

Sandra no le importa que me quede con su tanga. Será un regalo precioso, y tú y yo jugaremos con él muchas veces después de que se haya ido...

Sandra ya estaba bastante cachonda, pero cuando recibió el tanga en su interior y oyó a Paula decirme eso, oleadas de fluido empezaron a empapar de nuevo el tanga.

Estuvimos un rato más en el patio. Luego entramos a hacer la cena, los tres completamente desnudos (Paula se quitó las medias, ya le valían de poco). Aunque se podía decir que Sandra estaba desnuda. Al fin y al cabo, llevaba un tanga puesto, aunque estuviese dentro de su coño...

Después de cenar subimos los tres a nuestra habitación. Tumbé a Paula en la cama y empecé a besarla.

—Mañana te tendré entero para mí —me dijo— aprovecha a tu otra puta.

—Lo haré —respondí—, pero tú me ayudarás. Vamos a despedirnos de nuestra más recurrente fantasía a lo grande. Y primero quiero ponerla bien cachonda.

Paula y yo empezamos a enrollarnos como locos. Nos comíamos la boca, le agarraba las tetas, me sobaba la polla, le azotaba en el culo...

Sandra nos miraba de pie junto a la cama, gimiendo sin parar y sinatreverse a tocarse.

Cuando supuse que no podría estar más cachonda, me levanté y me acerqué a ella. La rodeaba admirando su cuerpo. Su carita era realmente guapa. Sus tetas, su cintura, sus torneadas piernas. Quería memorizar cada centímetro de ese cuerpo que tantas veces había imaginado junto a Paula. Y su culo. El culo. Me arrodillé frente a él. Paula me miraba desde la cama. Llevé mis manos a sus glúteos. Los apreté. Los separé. Vi su ano. Se notaba que ya no era virgen. La mordí en un glúteo fuerte hasta que

marqué mis dientes. Qué durito, joder, qué maravilla de culo. Sandra no se quejó, solo gimió. Cómo le iba la marcha...

Le di un azote en el glúteo que no tenía la marca de mis dientes. Y dejé en él la marca de mi mano. La tumbé en la cama bocarriba, junto a Paula. Esta llevó la mano al coño de Sandra y sacó el tanguita. Estaba chorreando. Paula se lo puso. Estaba preciosa. Qué morbo, joder.

— ¿Lista para volver a ser usada como te mereces? —le pregunté.

Sandra asintió. Agarré sus pezones y se los retorcí. Quería empezar fuerte. Luego se la clavé en el coño. Luego la miró a los ojos e hizo efecto inmediato: Sandra se corrió. ¡Pero si acababa de empezar a follarla!

—Gracias —me dijo Sandra.

Yo seguí follándola. La penetré durante un buen rato y en un momento dado y sin dilatarle el ano, como a ella le gustaba, se la clavé en el culo. La verdad es que ya tenía su agujerito hecho a medida. Fui alternando su culo y su coño hasta que se volvió a

correr. Mirada a los ojos de Paula y un «gracias» entre suspiros. Yo seguía aguantando, pero no me quedaba mucho.

Entonces me tumbé yo en la cama, bocarriba, e hice a Sandra empalarse en mi polla.

—Paula —dije— coge tu consolador del culito y úsalo con ella. Vamos a destrozarla.

Vi brillar los ojos de Paula. Buscó su consolador en un cajón, el que usó el día del juego de beber y le enseñamos a Sandra lo que era una doble penetración. Yo la follaba con fuerza, pero lo que Paula hacía en su culito con el consolador era saña. Usaba su otra mano para frotarse el coño, por encima del famoso tanguita violeta, y se corrió al mismo tiempo que yo.

Sandra, al sentir mi lefa en el interior de su coño, una vez más se giró buscando los ojos de Paula, y se corrió por última vez aquella noche. Paula le sonrió, la besó y cayó rendida sobre la cama. Sandra agotada física y mentalmente se salió de mí y se dejó caer al suelo.

—Gracias —me dijo desde allí— Gracias, Andrés, por dejar que me corra; y gracias una y mil veces, Paula, por haber sacado la zorra que tenía dentro que se moría de ganas por salir.

Yo me acerqué a Paula y se la metí en la boca, para que me la limpiara. El reloj dio las doce.

—Hace veinticuatro horas estábamos justo aquí, haciendo esto mismo —recordé.

Saqué mi polla reluciente de su boca y me agaché a su lado.

—Ya es lunes —le dije—. Te quiero.

Sandra, destrozada y profundamente feliz, se fue a su habitación y los tres nos dormimos.

Epílogo

El lunes, Paula se levantó a trabajar y yo a limpiar la casa. La habíamos dejado hecha unos zorros. Sandra se levantó tarde. Cuando lo hizo me ayudó a limpiar.

Paula se organizó para trabajar el resto de la semana solo por las mañanas. Sandra se dedicó a hacer lo que esperaba hacer desde un principio en sus vacaciones: levantarse tarde y vagar. A veces me ayudaba a hacer la comida, o me acompañaba a hacer la compra. Por la tarde, los tres tomábamos el sol. Casi siempre desnudos en el patio. Miradas lascivas, sonrisas pícaras. Mucho morbo, pero nada de sexo. En casa, ellas solían ir en bragas o con ropa muy ligera y provocativa. Paula y yo sí nos metíamos mano sin control, incluso delante de Sandra, pero no llegábamos a más. Y Paula, para que Sandra no se sintiese mal, a veces la daba un pico o un azote. Yo intentaba contenerme. No siempre lo conseguía.

Más de una vez me sorprendía a mí mismo agarrando a Sandra del culo.

—Perdón —le decía—. Ella solo sonreía.

El lunes por la noche, ya en la cama, Paula y yo nos pusimos a follar. Nos pasábamos todo el día calientes medio desnudos y tener a Sandra así por casa... después de todo seguía poniéndonos muy cachondos. A los dos. Paula gemía, sin hacer nada por evitar que Sandra nos oyese, y nosotros también oíamos gemir a Sandra. Se estaba masturbando.

Solo cuando terminamos de follar, Sandra llamó a la puerta. Le dijimos que pasara. Abrió la puerta y se quedó allí. Venía con la camiseta del pijama y unas braguitas.

—Paula —dijo— lo siento... Lo he intentado, de verdad, pero no puedo correrme si no...

Paula se levantó y se acercó a ella. La agarró de la cara y la miró a los ojos.

—Córrete, cielo.

Y Sandra metió su mano en las braguitas, y con solo rozarse sedeshizo en un orgasmo.

Luego me miró.

—Gracias.

Y se fue.

Y así transcurrió el resto de la semana. Alguna tarde fuimos al río. A bañarnos solo. Bueno, se nos escapó algún beso y algún azote. Pero es que, joder, qué culo.

Después de cenar algún día salíamos a dar un paseo, o a tomar una cerveza o un helado. Y por la noche, Paula y yo follábamos oyendo gemir a Sandra mientras se masturbaba. Cuando ella nos oía acabar, venía y se corría mirando a Paula a los ojos. Me daba las gracias y todos a dormir.

El sábado nos fuimos a hacer turismo a una localidad de Madrid más grande que la nuestra. No pasó nada especial. Solo éramos tres amigos pasándolo bien y de vacaciones. Aunque a veces se nos quedaban mirando. Sobre todo, cuando paseábamos los tres por la calle y yo iba en el medio con una mano en cada culo.

Por la noche, como despedida, Paula insistió en que Sandra se masturbase en nuestra habitación, mientras nosotros follábamos. No fue lascivo. Tampoco romántico. Pero Sandra aprovechó que podía mirar a los ojos a Paula con mayor facilidad que otros días para correrse dos veces. Las dos me dieron las gracias después.

El domingo llevamos a Sandra a la estación. Antes de montar en el tren, Sandra sacó una foto con su móvil a los ojos de Paula.

—Es para una cosa —nos dijo—. Los tres nos echamos a reír.

Sandra volvió a su ciudad. Cuando llegó a su casa nos contó que Lucas había cogido sus cosas y se había largado. No lo sintió.

Sandra y Paula seguían hablando a menudo. Solo como amigas. Pero durante varias semanas, cada vez que Sandra se masturbaba, antes de terminar, no solo miraba la foto de los ojos de Paula, sino que también mandaba una foto de sus ojos a su amiga. Y hasta que Sandra no veía el doble *Check* azul de WhatsApp, que indicaba que Paula la había mirado a sus ojos, no se corría. ¿Que cómo lo sé? Porque cuando Paula abría y miraba la foto, me llegaba a mí un

mensaje: «Gracias». Incluso alguna vez, le confesó a Paula, lo hizo follando con un tío.

Pero hace unos meses, Sandra conoció a alguien, un chico que la quería como era. Y sabía estar a la altura de las expectativas de Sandra. Y las fotos y las «gracias», dejaron de llegar.

Nosotros nos alegramos infinitamente por Sandra, aunque a veces nos acordamos de aquellas vacaciones, y Paula se enfunda el tanguita violeta y nos follamos como nos merecemos, nos corremos mirándonos a los ojos y nos damos las gracias mutuamente.